

LA CIUDAD DORADA

Escrito por: CLARA EISMAN PATÓN

Barcelona, 15 de Mayo de 1987

La ciudad Dorada es la ciudad de mis amores, de mis misterios, mi pasión y comprensión. De mis pensamientos más elevados, donde yo vivo mis días de sol y jardines floreados, con diversos aromas.

La ciudad Dorada vive en mí, con mis deseos, lamentaciones y esperanzas. De que Dios el Creador de toda criatura viviente, no descargue su cólera por cosas que no se hacen bien. Y fije su mirada en el amor y bondad en todo lo que tiene vida, porque fue Él, quién lo creó.

1

La fiesta hacía tres horas que había empezado en el palacio de Oriente. La orquesta tocaba música de ritmo oriental. Las bailarinas ataviadas con vestidos para la ocasión, hacían sus delicias con el movimiento de sus bien formados

cuerpos. Sus rostros bellos igual a rayos de sol, y los ojos negros azabache, iban recorriendo todo lo que en aquella gran sala sucedía.

Los invitados hombres y mujeres que se divertían placentemente en la embriaguez de los mejores vinos cosechados en las tierras de Palacio, bebían hasta perder la razón.

El salón estaba decorado de sofás al más grande estilo moderno, de un dorado radiante, haciendo buena armonía con las largas y anchas alfombras traídas de Persia.

En una mesa larga y ancha de madera color caoba, podían encontrarse los más ricos manjares y frutas de toda la tierra.

La princesa de belleza auténtica y natural, vestía túnica color rosa, cubriéndole los pies. Del hombro derecho cruzaba hasta la cadera izquierda, un chal violeta, ajustado con dos broches de oro y piedras preciosas. Uno en el hombro, y otro en la cadera.

Su abundante cabello negro brillante recogido con gracia y repartido por la cabeza, lo adornaba perlas recogidas del mar. En su mano derecha sostenía una copa de plata que contenía el mejor vino de oriente. Paseaba sonriente por entre los invitados, deseaba que el día de su cumpleaños, todos los invitados estuvieran cómodos, y no les faltara de nada. Ella era feliz, y lo mismo deseaba para todos los asistentes que habían asistido a la ceremonia.

La noche era calurosa, y aún la hacía más las antorchas y candelabros que daban luz al lujoso recinto.

La princesa salió al jardín para respirar aire fresco y alejarse un poco del ruido tumultuoso de sus invitados. Fuera se respiraba aroma de los jazmines que cubrían una parte del inmenso jardín floreado de rosas y azucenas.

En una de las colinas blancas de mármol había apoyada una figura infantil. La princesa al verlo se quedó sorprendida, se fue acercando sin percatarse de prevenir la guardia. Lo que ella estaba viendo era, un niño de aproximadamente tres años, no había peligro alguno - Fue lo que ella pensó - Llevaba puesta una túnica de tela de saco.

El niño miraba directamente a la princesa con la mirada dulce, y en los labios una pequeña sonrisa de inocencia. Ella se acercó, se puso en cuclillas para estar a la altura de él, y luego le preguntó.

- ¿Qué haces aquí?

El niño no respondió, sólo hacía que mirar a la princesa. Estaba tranquilo, y la mirada serena. Su carita de bronce, los ojos negros aceituna, los cabellos negros ondulados y su atuendo de una sola pieza, hacía las maravillas en los sentimientos de la joven princesa. Ella lo examinaba de la cabeza a los pies con mirada dulce. Le hizo otra pregunta.

- ¿Sabes cómo te llamas?

Salió un hilo de voz de la garganta del niño.

- Me llamo José.

La princesa afirmó sonriendo. Le preguntó.

- ¿De quién eres hijo?

José no respondió. Ella cambió la pregunta.
¿Cómo se llaman tus padres?

José negó sin perder la mirada de la princesa.

Lo que ella entendió fue, que José se perdió, y llegó hasta Palacio sólo. Lo que no comprendía, era, cómo pudo entrar en los jardines de palacio, puesto que estaba cuidadosamente escoltado.

La princesa cogió entre sus finas manos, las suaves y delicadas de José, y procedió hacerle otra pregunta.

- ¿Quién te ha traído hasta aquí?

- He venido sólo - Respondió con un hilo de voz.

La princesa lo tenía claro, el niño se había perdido, y lo mejor era introducirlo en Palacio. Entró con él de la mano, al llegar al salón donde estaba dando la fiesta, los invitados se quedaron con la boca abierta al descubrir a la princesa que llevaba de la mano a un niño, para ellos andrajoso, por el modo que iba vestido.

La princesa dirigiéndose a todos los presentes les preguntó.

- ¿Alguien de vosotros conoce a este niño?

La mayoría negaron, y otra parte, respondieron que nunca lo habían visto.

La princesa hizo que la guardia se presentara al salón de fiestas para decirle a ellos y a todos los presentes, que el niño quedaba bajo su custodia hasta que aparecieran sus padres. A la guardia le ordenó que buscaran a los padres del niño.

Buscaron por todo Egipto sin hallar resultado.

Había transcurrido tres meses. Nadie en todo ese tiempo reclamó al niño José. La princesa decidió que se quedara en Palacio a vivir para siempre. Ella lo adoptó como hijo, lo vistió con ricas sedas, y le puso tres nodrizas para que estuviera bien atendido y no le faltara de nada.

José iba creciendo fuerte y sano, era un joven alto, de facciones varoniles, y muy agradable. Todo lo hacía con suma medida, poniendo atención en las cosas más mínimas, para hacerlo todo exacto. Recibió de la princesa no sólo su nombre, también una educación y preparación para ser Rey. Con la espada era muy hábil, aunque su nobleza iba por encima de cualquier cosa. No practicaba para derrotar al enemigo sino para mantenerse en forma. Para José era imposible levantar su espada, o utilizar su fuerza que era mucha, contra alguien. Era un ser bondadoso, carismático y lleno de virtudes. Todas las mañanas al apuntar el alba, salía de Palacio para dirigirse a la montaña, y hacer sus plegarias a la salida del sol. Cuando el astro Rey aparecía, le cantaba hermosas melodías, y se fundía en un abrazo místico y humilde.

El sumo sacerdote que vivía en la ciudad, y que seguía los pasos de José y estaba convencido que era un elegido de Dios. No sólo por lo que hacía, también por la manera que llegó con tres años de edad hasta Palacio, y que la Princesa lo viera y lo adoptara. El sumo sacerdote con sus conocimientos divinos, estaba seguro de que José había nacido para un alto puesto. Como padre que era de cinco hijas lindas como el jazmín, puso su pensamiento en casar a José, con su hija menor, que contaba dieciocho años. Se puso en contacto con la princesa para expresarle sus deseos por mediación de un mensajero. La princesa le devolvió la respuesta diciéndole. Que ella no podía darle la aprobación sin el consentimiento de José, era él, quién tenía que decidir en su propio futuro.

Era cierto, que José vivía independiente, nada le ataba en Palacio. Vida social hacía poca, y la que hacía era para complacer a su madre, o sea a la princesa, porque ella se lo exigía cuando tenía que estar presente en algún acto importante.

Todos los días a media mañana José volvía de la montaña. Vestía lo más parecido a un pastor, portando en su mano la flauta que cada amanecer hacía sonar para darle los buenos días al sol, con una dulce sonata.

José era feliz haciendo esa vida, conocía los manejos de las armas porque tenía que seguir las reglas del protocolo, pero jamás las usaría.

La princesa para él, era como su madre, la quería y la respetaba con suma devoción. Jamás la contradecía en nada, todo lo que era se lo debía a ella. En su infancia le dio mucho amor y mucho tiempo del día lo pasaba con José, fue un niño con una infancia feliz.

La princesa le comunicó a José el mensaje que ella había recibido del sumo sacerdote, y le aconsejó.

- Tengo entendido que las hijas del sumo sacerdote son muy bellas, y en especial aún más, la hija menor. No quiero decirte con eso que la tengas que elegir por esposa, puedes decidirte por una princesa, eso sería lo que te corresponde y lo más adecuado.

José la miraba lleno de ternura, estaba en lo cierto que su madre miraba por sus intereses y por lo que más le convenía. Pero José sabía desde que era un niño, la función que vino hacer a la tierra, y ese día le habló expresando sus sentimientos más sinceros diciéndole.

- ¡Jamás podré ser el Rey que quieres hacer de mí! Soy un hombre honesto y sencillo, y sólo busco y quiero la paz, y el bienestar de las personas que me rodean. No contraeré matrimonio con una princesa, ni tampoco con la hija menor del sumo sacerdote.

La princesa estaba perpleja, y totalmente desconcertada, no entendía las palabras de José. No podría ser que su hijo rehusara a contraer matrimonio. Tenía veinticinco años, y a esa edad, un hombre buscaba una mujer que lo hiciera feliz, y con

hijos a su alrededor creando una familia. Conocía bien a José, y si había decidido no contraer matrimonio, eso es lo que haría. Le preguntó.

- ¿Puedo conocer la causa del por qué no quieres casarte?

José afirmó, y con una sonrisa de sentirse totalmente feliz le respondió.

- Madre ¡Estoy enamorado de una pastora que guarda sus ovejas todas las mañanas! Es a ella a quien amo, y quiero que sea mi esposa y la madre de mis hijos.

La princesa al oír esto no pudo contenerse las lágrimas.

José que era todo amor, con el pañuelito blanco de seda de su madre, le quitaba las lágrimas con sumo cuidado. Le dijo.

- ¡No llores madre! ¿Verdad que quieres mi felicidad?

- ¡Claro que sí hijo! Pero necesito que me digas, de qué conoces a esa pastorcilla.

José sonrió.

- ¡Me gusta que la llames pastorcilla! Es bella como una azucena, e inocente como la sonrisa de un niño.

- ¡La amas mucho! ¿No es cierto?

- ¡Sí madre, mucho!

La princesa estaba triste, pero no iba a contrariar la decisión de José. Le preguntó.

- ¿Cómo has podido enamorarte de una pastora?

José cogió la mano derecha de la princesa, la llevó a su boca y la besó repetidas veces poniendo toda su ternura. Le respondió.

- ¡También yo soy hijo de pastores!

La princesa se llevó la mano a la boca para evitar que saliera un grito de su garganta.

- ¿Cómo puedes saber que tus padres son pastores? - Le interrogó la princesa - ¡Hace veintiún años que te encontré en uno de los jardines de Palacio, y todavía no he llegado a saber quiénes son!

- ¡Perdóname madre por no hacerte saber antes, que los llegué a conocer! Sentí mucha compasión hacia ellos, y preferí callar.

- ¿Quién te ha contado semejante atrocidad?

- Unos pastores me condujeron hasta la cabaña donde viven mis padres biológicos. Cuando estuve frente a ellos recordé cómo eran de jóvenes. Estoy seguro que son ellos, no tengo la menor duda.

La princesa creía en las palabras de José, no las ponía en duda. Pero sí le alertó del riesgo que corría siendo hijo adoptivo de ella.

- ¡Hijo ten cuidado a donde vas y con quién te juntas! Es posible que ahora salgan varios padres.

José sonrió al tiempo que negaba.

- Madre, no padezcas por eso. Mis padres biológicos son mayores y están enfermos. Ellos quisieron hacerse conocer para pedirme perdón, y darme la explicación del porqué me abandonaron.

La princesa escuchaba atenta el relato de José.

- ¿Qué explicación te dieron? - Le preguntó ella.
- Mi madre biológica me confirmó que lo había hecho para que no muriera de hambre. Aprovechó esa noche que era tu cumpleaños, y me aceptaras. Fue un acto de compasión lo que hicieron para que yo viviera. Me da pena, mucha pena. Yo estoy rodeado de lujos, y mi vida es la de un Rey, ahora me doy cuenta todo lo que ellos tuvieron que sufrir para abandonarme. Todos estos años los han pasado con mucho sufrimiento y dolor.

La princesa también sentía lástima por ese matrimonio abatido y desgraciado. Estaba al corriente de que en Egipto muchas familias pasaban necesidades, la nación era grande, y el reino no podía abastecer a todos y cubrir sus necesidades, pero quería ayudar a los padres de José. En el fondo les agradecía haber dejado al único hijo que tenían en la puerta de Palacio. José como un niño de tres años que era, pudo haberse colado por entre las piernas de uno de los soldados que custodiaban la entrada, y no percatarse de nada. Esa sería la razón por la que ningún soldado que hacía guardia viera al niño entrar.

La princesa le preguntó a José, quería conocer sus pensamientos.

- ¿Porqué estás triste? ¿Es por esos padres que has conocido?

José evitaba causar a la princesa toda clase de problemas. Era cierto que estaba triste, pero esa tristeza, no era causada por sus padres biológicos,

como ellos había muchos ancianos y también niños que morían cada día de enfermedad y de hambre. Él hubiese sido uno más si sus padres no hubiesen tomado la decisión de dejarlo en la entrada de Palacio. Sentía la necesidad de transformarlo todo, que los ricos fueran igual a los pobres. El mundo en el que estaba viviendo era injusto y muy cruel. José que era todo bondad, le respondió.

- ¡Madre es cierto de que estoy triste pero no por esos ancianos que he conocido! Todas las mañanas al amanecer salgo de Palacio y me dirijo a la montaña y, en la cima espero a que salga el sol. Con sus rayos brillantes y de todos los colores ilumina la tierra, todo ser viviente están protegidos y alimentados con sus rayos de luz.

La princesa no llegaba a entender a donde quería llegar, y para concluir le preguntó.

- ¿Qué quieres decirme con eso? Todos sabemos que es así, el sol sale para todos.

José cogió la mano de la princesa, y como si se tratara de un mimo la beso. Sin dejar de mirarla le dijo.

- Madre, son las personas de poder las que hacen que los rayos de sol no llegue a todos.

La princesa se echó hacia atrás de su asiento, y con la mirada algo rígida le preguntó.

- ¿Estás reprochándome que no dirijo bien mi nación?

José no quería ofender a la princesa, la quería como madre, y en su interior oía una voz que le decía.

- ¡Defiende todo lo que no se puede defender! Al desvalido, al que sufre en silencio porque su voz no es oída y va muriendo lentamente sin que nadie sienta compasión. Defiende la naturaleza, a todos sus seres queridos, tanto humanos como animales. La naturaleza no habla pero sí actúa, su lenguaje está en sus hechos. Tú eres un hijo de la luz, un alma libre y generosa que puede expresar con palabras todo lo que no está en orden con el cosmos. El universo es de todos, todos los seres vivos son el universo, no importa que sea humano o animal.

José ante todo respetaba a la princesa, a la mujer que había hecho de madre, y que le dio mucho amor. Pero le iba a expresar sus más profundos sentimientos en relación a lo que veía cada mañana al salir de Palacio y dirigirse a las aldeas. Le respondió.

- Madre. Jamás te reprocharé nada ¡Quién soy yo para hacerlo! Es posible que no estés al corriente de lo que sucede en tu nación. Yo he sido testigo de hechos ocurridos por la guardia de recaudadores. En muchas ocasiones me he escondido para que no me reconozcan. He presenciado como a familias de pastores le han exigido una cantidad de dinero, sólo por poseer una cabaña y unas pocas ovejas, que es, el recurso de ellos. Al negarse dar esa parte económica que le exigían por no poseerla, le han

quitado llevándose varias de las pocas ovejas que poseían.

La princesa le rectificó diciéndole.

- ¡Es la renta que todos tenemos que pagar para nuestro país!

José negó, y dijo.

- ¡Ellos no tienen recursos son muy pobres!

- ¡La ley esta hecha para todos igual! - Rectificó ella.

José hizo algo que nunca hacía, enfadarse.

- Madre, ¡Siempre te he creído justa, pero ahora me estás decepcionando! ¡Si realmente la ley es para todos igual! ¿Porqué una gran parte de la nación viven en mansiones extraordinarias, manejan el dinero a puñados, y los ciudadanos de las aldeas viven en cabañas y el dinero no lo ven nunca? ¿Dónde está la igualdad?

La princesa se llevó la mano derecha a la frente, y con los ojos entornados se quejó diciendo.

- ¡Tú me das más problemas que todo mi gobierno! ¡Me duele la cabeza tengo que ausentarme! - Dijo ella poniéndose en pie. Salió del salón y se dirigió a sus aposentos. Su dama de honor entró detrás de ella, había estado presente en la conversación que mantuvo con José, y de sobras sabía que estaba muy contrariada y afectada que su hijo le hablara del modo en que lo hizo. Sabía lo que la princesa necesitaba en esos momentos y fue rápidamente a prepararle, un baño con flores de saúco para que se tranquilizara.

Esa noche la princesa apenas pudo conciliar el sueño. Las palabras de José resonaban en su mente y lo poco que pudo dormir, todo era pesadillas. Ella nunca había visitado los lugares tan pobres que José le mencionó, pero los conoció a través de sus sueños. Venían a pedirle gente pobre y harapienta, con la cara y las manos endurecidas por el trabajo y el hambre.

A la mañana siguiente al despertarse la princesa, se dirigió a los aposentos de José, necesitaba hablar con él. La cama estaba vacía, él cada amanecer salía de Palacio para dirigirse a las montañas.

Cuando estaba anocheciendo José se presentó en Palacio. Fue directamente a sus aposentos, cada atardecer llegaba a la misma hora, su doncel le tenía preparado un baño. No necesitaba un doncel, pero el protocolo así lo exigía. José se vistió con túnica blanca, y como cada tarde hacía, iba a los salones para saludar y conversar con la princesa.

Ella estaba triste y resentida por todo lo sucedido la noche anterior con él. Como cada noche hacía besó la mano de la princesa en acto de saludo y de cariño. Ella necesitaba saber por boca de su hijo, que hacía todo el día fuera de Palacio, y le puso la cuestión.

- Hijo, esta mañana he visitado tus aposentos para hablar contigo, pero te habías marchado al amanecer.

- Sí, madre, cada mañana salgo de Palacio, para tener un encuentro con el sol, es un deber que tengo.

La princesa iba con José de sorpresa en sorpresa.

- ¿Quién te ha impuesto ese deber? - Le preguntó ella.

- ¡Nadie madre! ¡Soy yo quien me lo impongo!

La princesa siguió interrogándole.

- ¿Todo el día lo pasas adorando al sol?

- Todo el día hasta que se pone. Pero durante ese tiempo estoy construyendo mi casa en las colinas con la ayuda de mis amigos los pastores. Cómo bien sabes, amo a una pastora, y quiero que sea mi esposa.

Por los ojos negros de la princesa resbalaron dos lágrimas. Las secó con su pañuelillo de blanco hilo. Luego se dirigió a José diciéndole.

- ¡Sabes que estoy aquí para que me pidas ayuda! Mis obreros pueden construirte la mansión que quieras y a donde desees ¿Tanto orgullo tienes que no quieres pedirme nada?

José levantó los ojos para mirar a la princesa, su mirada estaba llena de humildad y de ternura. Con voz suave le respondió.

- Madre, no es orgullo lo que hay en mi, no sé lo que es, porque de lo más profundo de mi ser me siento alguien igual a otro, yo creo en la igualdad de los seres humanos y en la capacidad de poder ayudarse los unos a los otros. Mi credo empieza ahí. Espero que algún día puedas entenderme. Sería muy fácil

para mí pedirte ayuda, y sé que pronto tendría mi casa construida confortablemente. Pero los hijos de Dios tienen que saber valerse por sí mismos a construir sus propias casas. Mis amigos los pastores están colaborando conmigo en esta hermosa labor.

La princesa escuchaba con atención las palabras de José, creía conocerlo, pero después de haberlo oído, se dio cuenta que para ella era un total desconocido. Ella le preguntó.

- ¿Qué es lo que te ha llevado a remover todo esto?

- Madre, hace años que estoy todo el día viviendo en las montañas. Oigo la voz de Dios que me dice.

- ¡Haz una ciudad entre las colinas y montañas!

La princesa sabía que José no mentía, en eso lo conocía bien. Ella con la mirada triste le preguntó.

- ¿Piensas abandonar Palacio?

- Sí Madre, nada más esté construida la casa. Seguidamente construiremos muchas más, así, hasta que estén poblados valles, colinas y montañas. Será una ciudad de Dios donde todas las personas que no tengan un techo donde cobijarse, puedan vivir dignamente allí.

José había dejado la situación bastante clara. La princesa sobre ese particular no tenía que preguntarle nada más, y le dijo.

- La pastora que has elegido, por esposa, es muy afortunada. Quiero conocerla, tráela a Palacio.

- ¡Gracias madre por tu generosidad! ¿Qué día quieres conocerla? - Respondió José muy emocionado.

- Mañana no me atosiga el gobierno, estaré libre para recibirla ¿Has pensado de qué vais a vivir? - Le preguntó.

- Eso no me preocupa, en las montañas se encuentra de todo. Mis amigos los pastores viven desde siempre y nunca le falta la comida. Dios pone en la tierra lo necesario para la más pequeña de sus criaturas pueda vivir.

La princesa no podía hacerle más preguntas, para ella, ya le había respondido a todas. Sabía que José era un muchacho muy responsable, y por supuesto, haría su voluntad. Ella tenía grandes deseos de conocer a esa pastora de la que José se había enamorado, hasta el punto de hacerla su esposa. Esa joven debía tener muchos valores para que José se hubiese fijado en ella, pero seguro, el más fuerte de todos debía ser el espiritual. José hacia una unión con Dios perfecta, ella debía ser igual.

Al alba de la mañana siguiente José salió de Palacio para dirigirse a las montañas. Este día sus ilusiones eran más grandes, su felicidad más extensa. Su rostro reflejaba alegría, parecía un niño subiendo la montaña para llevarle a la mujer que más amaba, la grata noticia de que la princesa la quería conocer.

Como cada mañana, Sara esperaba a José en una colina al cuidado de sus ovejas. El encuentro entre ellos dos se producía cada mañana allí. Los dos estaban presentes para ver la salida del sol, y juntos hacían la acción de alabar a Dios. Los dos estaban enamorados de lo mismo, el mismo amor iba compartido a lo igual.

Cuando el sol con su alegre baile había salido del horizonte, y continuaba su camino. José y Sara terminaban de cantar sus alabanzas, y cerca de las ovejas se sentaban debajo de un esplendoroso abeto que les servía de hogar.

José estaba encandilao, por el rostro más bello que jamás había conocido, el de Sara. La primera vez que la vio, tuvo que llevarse las manos al pecho para sujetar su corazón, no fuera a salir y perderlo para siempre, entonces, no podría seguir amando a la dulcísima Sara. Eso era algo que él, no iba a permitirse.

José observaba la mirada serena de Sara, como seguía los movimientos del sol, en su bello rostro estaban reflejados. La tez morena y brillante, sus ojos verde mar y sus cabellos largos, rizados y negro como el azabache. Su silueta menuda y

delgada, hacía la delicia de muchos pastores que soñaban por conseguir su amor. Pero Sara amaba a José, su ternura le cautivaba, y su inteligencia. No lo quería por lo que era, hijo adoptivo de la princesa. José la había puesto al corriente de todo, y también, que vivían en las montañas con muy pocos recursos, todo se lo tendrían que hacer ellos con sus propias manos. Sara era de esa manera como amaba a José, sencillo y humilde, como ella.

José la miraba con una leve sonrisa, cuando ella lo miró, él le dijo.

- Sara, mi madre quiere conocerte.

La respuesta de Sara fue de lo más normal.

- ¡No pensaba que pudiese ocurrir! ¿Por qué la princesa de nuestra nación estaría interesada en conocer a una pastora?

José afirmó al tiempo que acarició la larga cabellera de Sara, y luego respondió.

- Se va a producir por ser yo su hijo, y por anunciarle que voy a tomarte por esposa.

- ¡No voy a saber comportarme ante ella! Ella es la princesa y yo ...

José no la dejó terminar la frase. Los cuatro dedos de su mano derecha los puso en la boca de Sara cortándole la palabra. Él dijo.

- ¡Tu eres una Reina! ¿Una Reina puede tenerle miedo a una princesa?

- ¡Creo que no! - Respondió Sara con mirada inocente, y sonrisa en los labios.

- ¡Entonces prepárate que mi madre nos espera!

Un hermano de Sara fue el que se ocupó del rebaño de ovejas y siguieran comiendo hierba.

Sara no tenía un atuendo especial para un día festivo, el único vestido que guardaba con mucho cariño lo había tejido su madre para ella, y lo guardaba en el interior de un baúl. Ese día sería el propicio para estrenarlo.

José la estaba esperando sentado en la puerta de la cabaña, con dos hermanas de Sara. No tardó mucho en aparecer. En ese momento José no la reconocía. La madre de Sara, de su largo y espeso cabello hizo dos trenzas que colgaban con gracia por delante de los hombros. La ayudó a colocarse el vestido tejido de sus propias manos. Era sencillo al igual que ellas, de algodón color marrón claro, cubriendo por encima de los tobillos, recto, manga larga y cuello redondo.

A José se le iluminaron los ojos. El brillo que apareció en ellos, era de amor que sentía por la dulce y bella Sara. Los hermanos de ella advirtieron lo que estaba ocurriendo en José. Uno de ellos le dijo medio en broma.

- ¡El día que os caséis ya tendrás tiempo de mirarla así!

José reaccionó, no miró a su futuro cuñado. La madre de Sara permanecía detrás de ella con mirada tierna mostrando dulzura en sus ojos verde mar. Sara los había heredado de su madre. Ella dirigiéndose a José le advirtió.

- ¡Es la primera vez que Sara sale de nuestro entorno!

- ¡Sé que quieres decir! No tienes que tener ninguna preocupación. Ella está conmigo.

La madre de Sara asintió.

José y Sara se pusieron en camino hacia Palacio, tenían una hora de trayecto a pie. Al llegar a las puertas de Palacio Sara se oponía a entrar, su gran timidez se lo impedía. José la cogió de la mano y estiraba de ella hacia la entrada. Los soldados que estaban haciendo guardia, se les escapaba una sonrisa. La escena era graciosa. Sara musitaba.

- Volvamos a las montañas.

José negaba al tiempo que estiraba de ella. Cuando por fin estuvieron dentro, una doncella de la princesa fue para comunicarle que su hijo la esperaba con una joven en el gran salón.

Al entrar la princesa en el salón, la primera en mirar fue a Sara - Pensó - Realmente su hijo había tenido gusto en elegir a la mujer que compartiría su vida. Se aproximó a ellos. José le dijo.

- ¡Buenos días madre!

- ¡Buenos días! - Respondió la Princesa.

Ella dio una vuelta mirando el rostro y la silueta de Sara, giraba a su alrededor. Era casi una niña la joven que tenía frente a ella. Le hizo gracia las dos trenzas que caían por delante de sus hombros, su mirada inocente, y su boca de niña.

El corazón de Sara palpitaba a cien, no sabía controlar la emoción al encontrarse dentro de Palacio y frente a la princesa, la mirada la tenía baja.

José se inclinó hacia Sara y le susurro al oído.

- Es mi madre, puedes mirarla.

La princesa sonrió, había oído las palabras de José, y con una sonrisa esperaba ver la mirada verde mar de la joven que iba a convertirse en su nuera. Sara alzó la vista, y la clavó en los ojos negros de la Princesa. Ella le preguntó.

- ¿Cómo te llamas?

- Sara, señora - Respondió con tímida voz.

- ¿Qué edad tienes?

- Quince años señora.

- ¿Amas mucho a José?

Sara enrojeció. La Princesa dijo.

- Si le amas.

- Si señora - Respondió luego Sara.

- ¿Con quién vives? - Siguió inquiriendo la princesa.

- Con mis padres y seis hermanos.

- ¿Dónde vives?

- En las colinas.

La Princesa se dirigió a José diciéndole.

- ¡Daré órdenes para que Sara vista y calce bien! ¡Es necesario presentarla en sociedad!

José se negó alegando.

- Sara no necesita vestir de seda, ni calzar zapatos plateados. Ella es una pastora dulce e inocente

¿Cómo crees que podría subir la montaña vestida y calzada de ese modo? ¿Acaso no lo sabías?

José también se enfadó, y dijo a su madre.

- ¡No me gusta el modo en que tratas a Sara! ¡Ella no es una mendiga! ¡Tus palabras es esto lo que están revelando!

- ¡Te prohíbo que la traigas a Palacio si su atuendo no corresponde al rango que le pertenece!

José se enfadó aún más, respondiendo.

- Madre ¡Sara no volverá aquí nunca más, ni yo tampoco!

La Princesa estaba sorprendida en la manera que José le estaba hablando. Era la primera vez que se comportaba con ella de ese modo. Cada día que pasaba lo conocía menos, su comportamiento, era distinto. José era pacífico, siempre lo había sido. Ella no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo. No era para que se enfadara por lo que ella le dijo, eso lo mantenía aunque a José no le gustara.

La Princesa cogió asiento en uno de los sillones del salón. Hizo a José un gesto con la mano para que se retirara.

José cogió la mano de Sara y salieron de Palacio. Ella no entendía que había sucedido en ese tiempo que la princesa mantuvo una conversación con José y de vuelta a las montañas, Sara le preguntó.

- ¿Por qué hemos salido de Palacio sin despedirnos de la Princesa? ¿No quiere que nos amemos?

José tenía que decirle la verdad, jamás le había ocultado nada.

- Mi madre no se opone a que nos casemos. Lo que ella me ha dicho es, que para ir a Palacio tienes que vestir de otro modo, con vestidos de encaje y fina seda.

- ¿Sólo para entrar en Palacio tengo que vestirme de ese modo? ¿No sabe que mi trabajo es el de pastora?

Habían llegado a una colina y se pararon. José miraba los ojos verdes de Sara, era adoración lo que sentía hacia ella. No la amaba por encima de todas las cosas, pero la amaba para terminar sus vidas, juntos, para que estuviera siempre a su lado como madre de sus hijos, los que Dios les quisiera otorgar. Él había nacido para hacer la voluntad de Dios. Sara estaba al corriente, y sabía que José se debía a Dios y obedecería su voluntad.

José la seguía mirando, descansando el momento de inquietud que había tenido con su madre. Los ojos de Sara lo apaciguaban.

José respondió a la pregunta que Sara le hizo.

- Sabe que eres pastora, lo sabe todo de ti, pero ella quiere manejarnos incluso a distancia.

- No necesito vestidos de seda - Dijo Sara - No me servirían para andar por las colinas y subir montañas.

José besó la frente de Sara, y luego le dijo.

- Te amo por tu inocencia, te amo por lo maravillosa que eres, y también, por ser la mejor y la más bella de las mujeres.

Sara se quedó parada ante todas esas frases de amor que José le estaba otorgando. Era cierto de que era una muchacha bastante inocente, y le gustaba ser así.

Cuando llegaron a casa de Sara ya era tarde. Su madre había hecho un caldero de comida, ellos hacia rato que habían comido, y al llegar José y Sara, repartió el resto que quedaba para ellos dos.

La noche llegó. José no quiso volver a Palacio para dormir como cada noche lo hacía, sus pensamientos eran, de no ir más para quedarse a dormir. Esa noche la pasó al raso, con la compañía de dos hermanos de Sara. Era una noche calurosa, y encima de la hierba se dormía bien.

Hacía quince días que José vivía en la montaña, no lejos de la casa de Sara. Había hecho amistad con un ermitaño que ocupaba una cueva de la montaña, y allí hacía su vida. Era un hombre de avanzada edad, y el resto de su vida lo hacía de penitencia. José las pocas veces que habló con él, le pareció un hombre Santo. La mayor parte del tiempo lo pasaba en silencio y para la oración. José tenía gran interés que fuera él, quien bendiciera la unión de él y de Sara. El ermitaño aceptó, y le dijo con humildad.

- Estaré ese día presente, pero será Dios quien bendiga vuestra unión. Yo sólo asistiré como testigo.

La casa que José estaba construyéndose con la ayuda de los hermanos de Sara y de otros pastores, había llegado a su fin. Era una casa humilde y sencilla, como José quería. Entonces decidió hablar con los padres de Sara para iniciar el día que se convertirían en marido y mujer. Tanto los padres como los hermanos veían con buenos ojos este matrimonio. Sara era casi una niña, había cumplido dieciséis años, y José veintiséis.

Aunque José no lo sabía, estaba vigilado las veinticuatro horas por dos mensajeros de la princesa que se turnaban para llevarle noticia de todo lo que ocurría en la vida de José. Ella estaba al corriente de que José y Sara contraían matrimonio ese día por la mañana. Estaba triste de que hubiese ocurrido de esa manera. Ella soñaba que José hubiese contraído matrimonio en Palacio, y con alguien de sangre real. Hacía tres días que José y Sara eran marido y mujer. Uno de los mensajeros de la Princesa le llevó un pergamino para que lo leyera. La Princesa los invitaba a que fueran a Palacio.

Sara asistió con el único vestido que tenía, y que también le había servido para la unión con José. Él hacía tiempo que había elegido túnica blanca como vestimenta, y de esa manera se presentó ante su madre. Ese día la princesa quiso compartir la comida con José y con Sara. De sobras sabía que iba a estar cohibida, ella disimuló en cada detalle que ocurría, y apenas miraba a la joven esposa. Encontraba a Sara muy bella, pero a pesar de

eso, su desconformidad se reflejaba en su rostro. A José lo habían criado con todos los esmeros posibles, había recibido una educación digna de un Rey, y los mejores estudios. No comprendía el cambio que hizo en pocos años. Ni tampoco, la poca ambición que tenía. Se conformaba a no tener nada, y a llevar una vida sencilla y humilde. Ya nada podía decirle, la decisión estaba tomada, ni tampoco lo podía ayudar. José se negaba rotundamente.

La Princesa al despedirse de ellos, sabía que pasaría mucho tiempo para volverlos a ver, aunque diariamente sabía de ellos. Los dos corresponsales que estaban destinados a seguir la vida de José, la pondrían al corriente de todo lo que él hiciera.

José y Sara hacían una vida primitiva en las montañas, y dada a Dios. Sara amaba mucho a José, lo respetaba y hacía su voluntad.

Al año de estar casados, Sara tuvo su primer hijo. José, seguía oyendo la voz de Dios, y le decía lo que tenía que hacer. Un hermano de Sara se unió a José para servir a Dios, también él, oía su voz.

Por la ciudad, pueblos y aldeas, corrió la voz de que Dios le hablaba a José y también a su cuñado. Mucha gente de todos esos sitios, iban a las montañas para estar cerca de aquellos dos hombres santos. La Princesa también fue, quería ver con sus propios ojos, de qué manera vivía su hijo y su familia. Viajó sentada en un trono que los soldados llevaban en andas.

Cuando la expedición llegó a la casa de José, la Princesa fue ayudada por uno de sus sirvientes a bajar del trono. Ella sabía que la casa humilde que tenía delante, pertenecía a su hijo. Sus corresponsales le habían hecho una maqueta y estaba al corriente de cómo era la casa por dentro. La casa de José estaba abierta para todos los que quisieran hablar con él, en las horas que se encontraba dentro, por que la mayor parte del tiempo, lo pasaba en la montaña.

Sara había tenido su segundo hijo.

La Princesa estaba en la puerta de la casa, mirando a dos niños jugando con la tierra. Se fijó en el mayor, le hizo recordar a José, la noche que lo encontró junto a una columna del jardín de Palacio. El niño que jugaba era clavado a él. El más pequeño se parecía a Sara, cabellos negros, rizados y ojos verdes. Ella se aproximó al mayor y con la ternura de una madre, lo levantó en sus brazos, y besó su carita de manzana.

Sara se encontraba dentro de la casa amasando el pan. El alboroto que se oía fuera, hizo que saliera, para ver que sucedía. Sara quedó sorprendida al encontrarse frente a la Princesa. Limpió sus manos de masa con uno de los extremos del delantal. Sara quería hacerlo lo mejor posible, y tenía miedo a equivocarse, e hizo como ella sabía. Invitó a la princesa a que entrara dentro. Le ofreció una humilde silla de madera con el asiento de anéas. La princesa miraba extrañada tanta humildad en todos los enseres que ocupaban el interior de la casa.

Fue Sara la primera en hablar, dijo.

- Señora, no la esperábamos, de lo contrario hubiese puesto orden en la casa, y hubiera preparado algo para comer.

La Princesa sonreía de agradecimiento, y respondió.

- Gracias por tu generosidad. Era así sin avisar, que quería venir ¿Dónde está José?

- En las montañas - Respondió Sara con voz dulce.

El hijo mayor de Sara entró en la casa. El angelito era la primera vez que presenciaba a una mujer vestida de tal rango. Se quedó de pie delante de ella observándola. No estaba tímido ante ella, se adelantó acercándose. Sus manecitas sucias de la tierra con la que había jugado, las posó sobre el regazo de la Princesa. Sara al darse cuenta se apresuró para retirarlo. La Princesa miró a Sara diciéndole.

- Deja que el niño se acerque a mí. Lo vi una vez el día que José y tú lo llevasteis a Palacio con solo seis meses para que yo lo conociera. Desde entonces le tengo mucho cariño.

- Es que no quiero que la moleste, y menos que la ensucie - Contestó Sara tratando de poner las cosas en orden.

En esos instantes el hijo más pequeño de Sara entraba por la puerta. Traía las manos llenas de tierra, y fue a colocarlas cerca de donde las tenía su hermano. La Princesa cogió a los dos en su regazo. Sara fue rápidamente a la cocina, y trajo una palangana con agua, y un paño limpio. Les estuvo lavando las manos a sus dos hijos, y luego, las secó bien, las puso dispuestas para que los niños jugaran con la princesa. Estaba disfrutando con los juegos de sus nietos, compartió los mismos que con José cuando era un niño. El Emperador fue diferente con él, la mayor parte del tiempo estaba fuera de Palacio, viajando de un continente a otro. Era por esta razón que José y también la Princesa, lo veían poco.

En el umbral de la puerta la silueta de José hizo presencia, observaba con una sonrisa la ternura de su madre jugando con sus hijos. Le hizo recordar cuando él era un niño, y un rato al día jugaba con su madre. Ella le contaba bonitas historias, ahora estaba oyendo una que ella le contaba a él, y que estaban oyendo sus hijos con atención. No quería interrumpir ese momento mágico, y se quedó quieto donde estaba. Sara salía de la cocina, con una fuente en las manos que contenía rosquillas que Sara acababa de hacer, y que le salían muy buenas. Ella se quedó parada observando con una sonrisa a José.

La Princesa haciendo una pausa alzó la vista, sus ojos se llenaron de alegría, al descubrir a José cómo la estaba observando. Él avanzó y se quedó delante de su madre, y detrás de sus hijos.

La Princesa levantó las manos para coger la cara de su hijo José y besarlo. Hacía tres años que no lo veía. Estaba muy cambiado, el rostro bastante bronceado por el sol, los cabellos largos con algunas canas, pero no era por la edad. José era joven, mantenía un cuerpo joven y vigoroso. Su manera de vestir no la había cambiado, y de ese modo vestiría hasta el último día de su vida en la tierra.

Sara había depositado sobre la rústica mesa, la fuente de rosquillas. Ella rebosaba de alegría, observaba el cuadro tan extraordinario que hacían la princesa sentada en una silla, los dos pequeños sentados en su regazo, y José con su cara junta a la de la princesa dándose un beso.

Sara amaba mucho a José. Sus hijos y él, hacían de ella una mujer completamente feliz, no nadaban en la abundancia, y tampoco quería más de lo que tenían.

Uno de los tesoreros de la Princesa la acompañaba, portaba en un cofre una gran cantidad de monedas de oro y de plata. Ella quería entregárselas a José, sabía que lo necesitaba. Le dijo. - José, aquí te dejo este cofre. Tienes esposa y dos hijos, y es necesario de que viváis mejor.

José lo agradeció infinitamente.

- ¡Gracias madre! - le dijo - Deseo agrandar las colinas y montañas, hacer una ciudad de luz, estas monedas son las que harán mis sueños realidad.

La Princesa se quedó sorprendida. Claramente se daba cuenta de que José, su mujer y sus hijos necesitaban ayuda económica, y sin embargo, no pensaba en ellos, solo en crear vida espiritual para todo el que lo pidiera. Daría una vivienda a la familia que quisieran unirse a ellos y progresar en el mundo de Dios. Tendrían casa y terreno para sembrar, y vivir de lo que la tierra les diera. Era de esa manera como vivió José y su familia. La Princesa sabía que no iba hacer cambiar a José de idea. Les dejó el cofre lleno de monedas, y regreso a Palacio.

Ese día José ya no volvió a las montañas, se quedó en su casa para hablar de Dios a sus dos hijos, lo iba haciendo desde una edad muy temprana. Decía, que era cuando las cosas se aprendían bien.

4

José y su cuñado Simeón, salían cada mañana a la montaña más alta, donde José y Sara prometieron amarse hasta el final de sus días. Y donde José escuchó por primera vez, la voz de Dios.

Cada día antes de llegar a la cima, hacían una parada en la cueva donde vivía el ermitaño. Desde hacía un tiempo estaba muy enfermo, la avanzada edad le hacía muchos estragos. Este día, no salió el ermitaño fuera de la cueva para saludarlos. Poniéndose en lo peor, José y Simeón entraron en la cueva. El anciano ermitaño, yacía en el suelo tendido boca arriba. Tenía los ojos cerrados como si durmiera. José se agachó, y tocó su frente, el tacto era frío. Entre él y Simeón lo incorporaron para sentarlo, y se dieron cuenta de que había muerto.

El ermitaño era la primera persona que murió en ese lugar. Era el momento de pensar en un campo santo para enterrar a los que fueran muriendo. José y Simeón eligieron una de las colinas dedicada a los difuntos.

Bajaron el cuerpo del ermitaño envuelto en una sabana, y en un agujero que habían cavado en la tierra enterraron al anciano. La inscripción que pusieron encima de la tumba, fue un joven cedro, y en su delgado tronco marcó José con la punta de un cuchillo. Descanse en paz el ermitaño.

Aunque José se había criado en Palacio con la Princesa, él no había nacido en esa ciudad. Su lugar de nacimiento era del país vecino, fue allí donde residían sus padres biológicos, y donde iba de vez en cuando hacerles una visita.

En este país reinaba un Rey tirano, su maldad no tenía límites, hasta el punto de hacer llegar los comentarios y críticas, a los demás países vecinos. En una de estas ocasiones que José fue para visitar a sus padres, escuchó por la calle a gente comentando, el mal trato que los súbditos recibían del rey. Sus padres también le comentaron algo parecido. El estado en que gobernaba este rey, no podía seguir siendo así. José era un hombre justo, y pedía todos los días a Dios, que hiciera de este injusto hombre, un rey bueno. Este rey no creía en Dios, no aceptaba que hubiera un Dios único. Él adoraba a muchos dioses. Esta idea y criterio, lo trabajaba para que sus súbditos creyeran en lo mismo, y cuando sabía de alguien que se revelaba, lo castigaba encerrándolo en las mazmorras y recibía fuertes latigazos a diario.

Una mañana como cada día, José y Simeón subieron a la gran montaña. Tenían muchos seguidores, pero se quedaban en la falda de la gran montaña esperando mientras que oraban, a que José, y Simeón descendieran y recomendaran algo de lo que Dios les había transmitido para que hicieran.

Lo primero que hacían José y Simeón al llegar a la cima de la gran montaña, era, dar gracias a Dios por el nuevo día que estaban viviendo, por la salud tan espléndida que tenían ellos y su familia. Pedían para que la madre naturaleza fuera fecundando bellezas de paraísos. Daban las gracias de ser privilegiados amando a Dios y, a su creación.

Este día había amanecido el cielo gris, anunciando lluvia. José mientras que permanecía sentado en meditación y con el pensamiento puesto en el creador, el cielo se fue abriendo, y justo en el centro donde meditaban José y Simeón, brilló el sol con mucha fuerza, tanto, que los dos hombres parecían que fueran de bronce. José hizo el intento de alzar la mirada al cielo para presenciar esta obra divina.

- ¡Mi querido hijo José! ¡Habla Dios el del universo! Estoy muy afligido con el rey que gobierna la ciudad donde tú naciste. José quiero que vayas acompañado de Simeón, y hables con este rey, y le digas que Dios está muy enfadado con él, porque no me ama, ni deja que me amen sus súbditos. Sólo adora a los dioses que yo creé, y que son el vínculo de hacer que sucedan las cosas en la tierra. Fui yo el que creó al dios del fuego, al dios del viento, a la diosa agua, y a la diosa tierra que es la madre de todo ser viviente.

Deseo que mis palabras sean difundidas. Y que le digas a este rey, que si lo es, es porque yo he querido, y que lo mismo que se lo he dado, se lo puedo quitar.

Le dices, que deje en libertad a todas esas personas que no han hecho nada malo. Y que no les obligue adorar todo lo que él quiere.

No estoy ofendido de que adore a estos dioses y diosas y a muchos más. Mi enfado es, por olvidarse del Dios de la creación que soy yo. Y que someta a su pueblo a la esclavitud del encarcelamiento porque no siguen sus ideas. Un rey no puede ser dictador, un rey es neutral, y lleno de responsabilidades hacia sus súbditos.

Dios hizo una pausa. José miraba a Simeón esta vez no había oído la voz de Dios, pero por lo que estaba sucediendo en aquellos instantes sabía que algo grande, Dios, había revelado a José.

Los rayos del sol brillaban con más fuerza, hasta el punto de entrar en los cuerpos débiles de José y Simeón. Sus cuerpos daban convulsiones. La gran energía solar y divina, estaba iluminando por dentro los cuerpos de estos dos santos hombres.

Con voz débil, José dijo.

- Señor, hoy es un gran día para estos dos humildes servidores. Pero lo que dices que hagamos, lo veo difícil de realizar. Me he criado entre reyes, ellos no escuchan la voz de dos pobres hombres, que van para decirle, lo que tiene que hacer, y lo mal que lo está haciendo. Nos encerraran como a los demás,

José volvió a oír la voz de Dios que le decía.

- José, dices que me amas y que eres mi servidor ¿Por qué pones dudas en lo que te digo? Cuando tú y

Simeón estéis en presencia del rey, no estaréis solos. Yo enviaré a mi embajador que trabaja en la tierra, y que se llama Miguel, él será vuestro acompañante, y nada os ocurrirá, no pongas en duda mis palabras puesto que tienes mucho que hacer junto a Simeón. Quiero que os pongáis en camino mañana al amanecer, id montados en mulas, y llevad vuestras varas de caminantes.

Hubo una pausa. José aprovechó para preguntarle.

- Señor, si vamos subidos en mulas ¿Para qué necesitamos nuestras varas?

Volvió a oírse la voz de Dios, respondiéndole.

- José, haz lo que te digo. Cuando estéis frente al rey, él os preguntará.

- ¿Vosotros quién sois para darme esa orden? Entonces, vuestras varas se transformarán en lirios blancos, y darán mucho perfume, derrocharan un aroma inconfundible a las azucenas. Y diréis.

- La prueba está aquí, de que somos enviados de Dios. El comandante de todos los ejércitos, no se separará de vosotros. No lo veréis, pero estará allí junto a ti y a Simeón, para que el rey no se propase.

Estas fueron las últimas palabras que Dios dijo a José, nada más acabar, el sol fue apagándose, el cielo se fue cerrando, hasta quedarse gris.

José puso al corriente a Simeón de la voluntad de Dios y sus propósitos.

Al bajar de la montaña, los esperaban muchos fieles. Sabían que algo extraordinario había ocurrido en esa montaña. Ellos fueron testigos de la luminosidad del sol. No preguntaron nada, porque de sobras sabían, que nada, les iban a decir. Fue José que se adelantó diciéndoles.

- ¡Mañana salimos de viaje, Simeón y yo! Los días que estemos fuera seguir viniendo a la falda de la gran montaña para hacer vuestras plegarias.

Se oyó el murmullo de la gente afirmando.

José al entrar por la puerta de su casa, Sara notó que estaba cambiado. El color de su rostro no era el que él tenía, era como si hubiese estado una semana tomando el sol. José llegó hasta ella, y como siempre con un gesto cariñoso, le dijo.

- ¡Prepárame las alforjas que mañana salgo de viaje con tu hermano Simeón!

Sara algo extrañada lo miró a los ojos, y le preguntó.

- ¿Has dicho que mañana sales de viaje?

José posó sus manos sobre la cabeza de Sara, y acarició sus cabellos largos y rizados, luego le dio un beso en la frente, y le dijo.

- Dios ha vuelto a hablarme, me ha dado la misión junto a tu hermano Simeón para ir a la ciudad donde

reside ese rey maldito que maltrata a su pueblo y los lleva a la destrucción.

- ¿Qué tiempo estaréis fuera? - Preguntó Sara.

- No lo he calculado, pero es posible que de seis a siete días. Llevaremos dos mulas, esta noche las tengo que preparar dándole una buena ración de pienso, y agua. También, limpiaré sus cuerpos para que estén ágiles para hacer ese largo camino.

- ¡No me gusta la idea que vayáis de mensajero para este rey malvado! Se está corriendo la voz que tiene a media ciudad encarcelada.

- ¡Sara mi amor! No puedo elegir, Dios, es eso lo que quiere que hagamos, son sus deseos.

Sara obedecía en todo a su amado José. Uno no hacía nada sin el otro. Eran dos almas aparte de bellas, gemelas.

Esa noche Sara no pudo dormir. Le pedía a Dios con todas sus fuerzas, que protegiera a José y a Simeón.

Al amanecer, José y Simeón, se despidieron de sus esposas e hijos, y emprendieron el camino hacia la otra ciudad.

El camino era bastante penoso para los dos hombres, y aún más para las dos mulas, que iban subiendo, bajando y atravesando, montes y rocas, y también cargadas con el peso de José y Simeón, aunque sólo montaban cuando estaban cansados de caminar. Tres noches hicieron alto para dormir y descansar, tanto ellos como los animales.

Habían llegado a Palacio, y se encontraban delante de la puerta donde dos soldados montaban guardia.

José se dirigió a uno de los soldados, y le dijo.

- ¡Venimos para hablar con el rey!

Los soldados se echaron a reír ante la propuesta que José les acababa de hacer.

- ¿Por qué os causa risa lo que os he dicho? - Preguntó José.

Uno de los soldados no cesaba de reír, y el otro que podía mantener la risa, respondió.

- ¿Cómo te atreves a pedir audiencia con el rey? ¿No te has fijado en lo pobremente que vais vestidos y las mulas que van llenas de moscas? ¡El rey no pierde el tiempo con gente como vosotros!

Los soldados seguían riéndose fuerte, y ante tal alboroto, salieron dos soldados más, para verificar qué era lo que sucedía. Uno de estos soldados, se fijó en José, y dijo señalándolo.

- ¡Es José! El hijo de la Princesa de la ciudad vecina.

Los dos soldados que hacían guardia, reían aún más, creyendo que se trataba de una broma.

José y Simeón seguían quietos delante de los soldados que montaban guardia.

- ¡Éste es José el hijo de la Princesa que antes os he mencionado! ¿Le habéis preguntado qué quiere?

Los soldados pararon de reír, y poniéndose firmes respondió uno de ellos.

- ¡Dice que quiere ver al rey!

Los soldados hicieron que José y Simeón entraran en Palacio. Los dos iban siguiendo a los soldados que los conducían a uno de los salones en espera de que el rey los recibiera. José y Simeón se habían quedado de pie, cogidos de sus varas, con la punta reposando en el suelo. Así estuvieron un buen rato hasta que otros dos soldados vinieron para acompañarlos hasta el recibidor del rey.

José observaba el físico tremendamente horrible de este hombre, con el rostro erguido, la mirada perversa clavada en José y Simeón. Después de examinar a los dos, preguntó con voz grave.

- ¿Qué queréis de mi?

José humedeció sus labios, y luego dijo.

- ¡Somos mensajeros de Dios! Es él quién nos ha enviado para decirte que dejes a tu pueblo en libertad, y que seas un rey justo.

El rey lanzó una carcajada que hizo eco en el gran recinto. Miró a su derecha donde se hallaban algunos de sus ministros, luego miró a su izquierda donde se encontraba un astrólogo y dos magos. Se dirigió a sus ministros diciéndoles con ironía.

- ¿Habéis oído lo que ha dicho este memo?

Los ministros rieron sin hacer comentarios.

El rey giró la vista y miró a José, le preguntó.

- ¿Tú no eres José el hijo bastardo de la Princesa que habita la ciudad contigua?

José seguía sereno. Las palabras del rey no lo ofendieron, se sentía fuerte como una roca. Respondió.

- ¡Soy hijo de pastores! La Princesa es una buena mujer que me acogió cuando yo era un niño.

El rey hizo un desaire moviendo la mano, como no interesándole la respuesta de José, y luego pasó a preguntarle.

- ¿Para qué dices que habéis venido?

- ¡Dios está muy enfadado contigo! - Respondió José

- Somos sus mensajeros, nos ha elegido para decirte que seas un rey bueno, justo y bondadoso.

El rey se echó hacia atrás de su asiento, pasó la mano derecha por su barbilla, y luego preguntó.

- ¿Cómo se llama vuestro Dios?

- Elohim. El Poderoso, el Fuerte, el Sabio, el Divino. Todos estos nombres y muchos más, se le atribuyen al Dios del universo.

- ¡Qué nombre raro tiene vuestro Dios! - Dijo con crítica el desaborido rey - Nosotros tenemos muchos dioses y diosas, ellos tienen más fuerza que un solo Dios.

- ¡Cuando he dicho que nuestro Dios se llama Elohim, me estaba refiriendo, a que dentro de nuestro Dios habitan dioses y diosas, el masculino y el femenino! El masculino sin el femenino no puede fecundar, y quien fecunda es el femenino. Es quien da la vida a todo ser viviente. De esta manera el

masculino da la fuerza, para que todo pueda ser creado.

El rey miró a su derecha y luego a su izquierda, y comentó con un tono de ironía a sus aliados.

- ¡Es demasiado complicado todo lo que dice!

Se oyó haciéndose eco afirmaciones de los dos lados.

El rey dirigiéndose a José lo desafió diciéndole.

- ¡Nadie está de acuerdo con lo que dices! ¡Dame una prueba para que yo te crea!

Antes de que José y Simeón reaccionaran, las varas que sostenían con sus manos se convirtieron en tallos de lirios blancos, emanaban abundante perfume, tanto, que el recinto que era grandioso, quedó perfumado de este delicado aroma.

El rey no se impresionó de tal milagro, y creyendo que se trataba de un truco de magia, dijo.

- ¡No sirve esto que habéis hecho! ¡Mis magos hacen mejor magia que la vuestra!

El rey se dirigió a los dos magos que trabajaban para él, y les ordenó.

- ¡Hacer lo mismo que ellos han hecho!

Los magos habían apercibido que lo que había ocurrido con las varas transformándose en lirios, no era un truco, y pidiendo la benia para explicarle al rey, uno de ellos dijo con voz temerosa.

- ¡No estamos seguros de conseguir lo que ha sucedido!

El rey lanzó un grito que retumbó en el techo y paredes. Les amenazó diciéndoles.

- ¡Si no conseguís hacer lo mismo que ellos, mando a que os maten!

José intervino preguntándole al rey.

- ¿Te sientes feliz siendo malvado?

El rey señalándolo con el dedo, y con la cara llena de furia le amenazó también diciéndole.

- ¡El segundo en morir serás tú! ¡Haz una plegaria a tu Dios para que ese truco les salga bien a los magos!

Dios se apiadó de estos dos magos. Tenían que hacer eso que el rey les pedía, y si no les salía, serían decapitados.

Los magos colocaron sus varas en la misma posición que José y Simeón, se concentraron en sus varas, y ante la expectación de todos, las dos varas se convirtieron en dos tallos de lirios, pero sin que dieran perfume.

El rey dio dos carcajadas, y con burla se dirigió a José y a Simeón diciéndoles.

- ¡Sois unos tramposos! ¿Pretendíais engañarme?

Solo acababa de decir esta frase cuando los lirios de las varas de los magos se secaron, y las flores cayeron al suelo, arrugadas y marchitadas. El rey al ver lo ocurrido, se llenó de ira, y mandó a los magos a que se retiraran.

El rey se levantó del asiento que ocupaba, y avanzó hasta quedarse delante de José y Simeón. Los miraba desafiante. Cogió la iniciativa de tocar

los lirios de las varas de José y de Simeón. Las flores estaban frescas, con un color blanco inmaculado radiante, y el perfume había aumentado. El rey sin poderse contener preguntó con rabia.

- ¿Qué truco es este? ¿Quién es el maestro que os lo ha enseñado?

Era José quién llevaba la iniciativa en hablar. Fue así como Dios se le dijo para que todos entendieran.

- ¡Nuestro maestro es Dios! - Dijo José.

- ¡Quiero que me presentes a ese Dios! - Exigió el rey.

- ¡Si quieres conocerlo hablarle como nosotros lo hacemos!

El rey levantó la mano para pegarle a José una bofetada, pues, pensaba que la respuesta que le había dado era incorrecta.

En ese instante, una voz retumbó en el cerebro del rey, tan fuerte fue que tuvo que taparse los oídos. Esta voz le advirtió.

- ¡No se te ocurra tocar a ninguno de mis hijos!

El rey retrocedió tres pasos, con los ojos como platos y la cara llena de espanto, les preguntó.

- ¿Quién sois? ¿Quién es el que me ha hablado con la voz de trueno?

El rey se había vuelto loco, no sabía que hacía ni qué decía. Y dándole una orden a Simeón porque era el que no decía nada, le dijo.

- ¡Tira los lirios al suelo!

- ¡No puedo hacerlo! - Respondió Simeón - Es nuestro Dios que los ha puesto en nuestras manos.

El rey aún con más furia y gritando con más fuerza inquirió.

- ¡Es una orden que te estoy dando! ¡Tira la vara al suelo!

Simeón negó. Tenía la cabeza alta, y su mirada puesta en la del rey.

- ¿Me estás desafiando? - Dijo el rey con gran enfado.

- ¡Estoy haciendo la voluntad de Dios! - Respondió Simeón.

El rey no podía por más tiempo soportar la humillación por la que esos dos hombres lo estaban haciendo pasar, estando presentes sus ministros, el astrólogo, y los dos magos. No respetaban la orden que les estaba dando, parecía un muñeco de feria en manos de ellos.

Paseaba de punta a punta del gran recinto, buscando una solución al problema que el mismo se había buscado. Se paró en seco delante de José y de Simeón, y ordenándolo de nuevo le dijo.

- ¡Soy el rey tienes que obedecerme!

- ¡Sólo Dios es nuestro rey! - Respondió Simeón.

- ¡Guardias! - Pidió ayuda el rey.

Se presentaron al instante dos soldados.

- ¡Arrestar a estos dos hombres!- Ordenó el rey.

Los soldados retrocedieron, al tiempo que negaban. Sus miradas las tenían clavadas en José y en Simeón.

El rey les pegó un grito ordenándolos de nuevo.

- ¡Os he ordenado que arrestéis a estos dos hombres! ¿Estáis sordos?

Uno de los soldados se atrevió a decir.

- Majestad, no podemos acercarnos a ellos.

El rey estaba aún más confundido. No podía creer lo que estaba oyendo. Y le preguntó al soldado.

- ¿Les tenéis miedo?

- Majestad, aunque no lo creáis, así es.

El rey se giró hacia sus ministros. Ellos seguían sentados y observando lo que estaba ocurriendo.

El rey les preguntó.

- ¿Alguno de vosotros sentís miedo hacia estos humildes hombres?

El silencio era absoluto. EL rey volvió a girarse hacia los soldados, y les preguntó.

- ¿Podéis responderme por qué les tenéis miedo?

El mismo soldado de antes fue el que respondió.

- Majestad, estos dos hombres brillan por dentro, y el resplandor les sale hacia fuera. Tienen el mismo brillo que la vara de lirios.

El rey se dio la vuelta, y observó detenidamente a José y a Simeón. Él no veía tal brillo en ellos, tampoco sus ministros se habían querido pronunciar. Sólo le quedaba hacer lo siguiente, diciéndoles.

- ¡Iros de aquí! - Le dijo a José y a Simeón.

Cuando se daban la vuelta para marcharse, el rey los detuvo preguntándoles.

- ¿Qué Dios es el que adoráis que tanto poder tiene?

- Es el Dios de todos, también el tuyo - Respondió José.

El rey estaba más calmado, y para probarlos les preguntó.

- Si también es mi Dios ¿Por qué yo no sé hacer el truco que habéis hecho aquí?

- ¡No es un truco! - Respondió José - Es la mano de Dios que lo ha hecho, para manifestarse de que existe, y de que puede hacer todo lo que se proponga.

- ¡Ah sí! Ahora recuerdo - Dijo el rey con ironía - ¿Para que os ha enviado a mí?

- ¡Para que dejes a tu pueblo en libertad! - Dijo José - Y no sometas a nadie a hacer tu voluntad, no los acoses con tus derechos por ser rey.

El rey que se enfurecía por nada dijo.

- ¡Tenéis un Dios muy extraño! ¡No creo que él sea mi Dios, porque yo a mis dioses les doy órdenes, para que hagan las cosas que yo quiero!

- ¡Tú no estás hablando de dioses! - Dijo José - ¡A los dioses no se les manda!

- ¿Pues para qué sirven los dioses sino? - Contestó el rey.

- ¡Estos dioses que tú mencionas están dentro de Dios todopoderoso! Ellos sólo reciben órdenes del

Dios Supremo ¡Vamos, que tú no eres nada al lado de ellos!

El rey al oír esto último dijo enfurecido.

- ¡Fuera de aquí! ¡Y no volváis nunca más!

José y Simeón salieron de Palacio, con las varas todavía en flor llegaron a donde habían dejado atadas a las mulas.

El rey los había seguido hasta la puerta, y al comprobar que habían viajado en mulas, dijo burlándose de ellos.

- ¿Tan pobre es vuestro Dios que os ha dado estos pobres animales para el viaje? ¿Por qué no os ha puesto camellos?

José se volvió y respondió.

- En este animal tan pobre que ves, viven en él tres animales.

El rey ignorante soltó una carcajada, y luego preguntó sin dejar de reírse.

- ¿Qué animales hay dentro de este? ¡Yo veo sólo uno!

José acarició las cabezas de las dos mulas, y luego respondió diciéndole.

- ¡Está el caballo elegante y poderoso! ¡También la burra humilde y callada! ¡Y la mula trabajadora incansable! ¡El camello no puede contribuir a tanto poder y labor!

El rey estaba a una distancia de José, lo señaló con el dedo al mismo tiempo que le preguntó.

- ¿Estás diciendo que el camello no es bueno para viajar?

- ¡El camello es bueno para el viaje y muy resistente! ¡Yo te he respondido a la pregunta que me has hecho!

El rey no entendía la cuestión que José le puso, y con un alarde de desaire dijo.

- ¡Iros antes de que me arrepienta!

Después de dos días y tres noches, llegaron a las montañas de donde ellos vivían. Había mucha gente para recibirlos. Los gritos de - ¡ya llegan! - Los escuchó Sara desde dentro de su casa que estaba elaborando la comida para cuando llegaran. Agarró a cada hijo de su mano y salió de la casa al encuentro de José y de su hermano. La esposa de este ya había llegado hasta ellos. Sara se hizo un hueco entre la gente y de esa manera pudo llegar hasta José. Se abrazó a él, se miraron a los ojos. Los de José estaban cansados y tristes. No hacía falta que Sara le preguntara cómo había ido el encuentro con el rey, el rostro triste de José lo decía todo. José cogió a cada uno de sus hijos en sus brazos.

Dos hermanos de Sara se ocuparon de las mulas.

José y Sara elaboraban cerveza que extraían directamente del jugo de la cebada. Era un buen reconstituyente, José lo necesitaba para reponerse de tan penoso viaje.

Sara era muy cariñosa con José y con sus hijos. A José lo llenaba de atenciones, le cocinaba la mejor comida que ella sabía hacer. Siempre tenía una frase cariñosa para él, y también para sus hijos.

A la mañana siguiente José y Simeón subieron a la gran montaña. Esperaban poder hablar con Dios, y aunque él, ya lo sabía, el deseo de José

era poder decirle a Dios, que aunque hubiesen fallado en el intento, el sacrificio que hicieron fue mucho.

Hacía poco que habían subido a la cima de la montaña. El sol estaba brillando, repartiendo sus dorados rayos por la tierra.

La voz de Dios esta vez la extendió para que José y Simeón la escucharan, les dijo.

- Hijos, no os sintáis humillados por cómo ha ocurrido la entrevista con el rey. Él mismo vendrá a buscaros para que solucionéis el problema que van a tener. Voy a mandar a esa ciudad rayos y truenos, mandaré una tormenta seca, no caerá una sola gota de agua. De esa manera los tendré, hasta que el rey venga para pedirnos ayuda. Y se dará cuenta de lo torpe que ha sido con vosotros, no darse cuenta que ibais mandados por mí. Se arrepentirá de no haber dejado los prisioneros en libertad. Esos prisioneros también son mis hijos, y no permitiré que a ninguno de mis hijos les hagan daño. Se arrepentirá de no haberos escuchado. Esos prisioneros quieren seguirme, y todo el que lo hace, me ama, es por eso que pertenecen a mi pueblo.

Esto fue lo último que Dios dijo. Todo quedó en silencio. José y Simeón se miraron, los dos habían oído las palabras de Dios.

En la ciudad donde vivía el rey empezaron los rayos a caer por todas partes, y de cada relámpago se oía un tremendo trueno que hacía temblar la ciudad. Hacía dos días que no cesaban los relámpagos y los truenos. La gente estaba atemorizada, no quería salir de sus casas, y pedían a los dioses para que ese horrendo terror parara lo más pronto posible. Los hombres no salían a trabajar, las mujeres rezaban todo lo que sabían, y los niños lloraban de miedo. Había quién se atrevía a salir de sus casas para plantarse delante de Palacio y pedirle al rey que saliera al balcón. Esta gente estaba al corriente del daño que estaba causando a los presos y a sus familiares, y se percataban de que era un castigo de Dios. El rey estaba pasando mucho miedo.

El rey reunió a los magos y astrólogos para que encontraran una solución lo más pronto posible. Los magos miraban los oráculos, y los astrólogos por otra parte, miraban la carta del cielo. Ninguno encontró el porqué de ese fenómeno, y llegaron a una conclusión. Dios los estaba castigando.

La gente seguía asustada en la puerta de Palacio, y gritando para que el rey saliera. Hizo su aparición. Extendía las manos llamando a la calma, y se protegía la cabeza con las manos, al pasar los rayos cerca de Palacio. Estaba hecho un lío, y decidió hablar, diciendo.

- ¡Los hombres de ciencia están buscando el porqué de todo esto!

Estaba engañando al pueblo. Los magos y astrólogos lo habían puesto al corriente de la verdad de todo.

Los súbditos gritaban cada vez con más fuerza.

- ¡Eres tú quién tienes que encontrar la solución!

Al rey se le habían acabado todos los argumentos, y no sabía qué decir. Llamaba a la calma pero ya nadie lo obedecía.

Un hombre dando un grito le preguntó.

- ¿Conoces a esos dos hombres que viajaron para verte?

El rey enfureció por las preguntas que le hacían sus súbditos, respondió de mala gana.

- ¡Uno es el hijo bastardo de la princesa del país vecino!

Un hombre gritó diciendo.

- ¡Se llama José, es un hombre de paz, un santo que hace milagros! Gente de muchos lugares van a visitarlo, para que les cure la enfermedad del cuerpo y la del espíritu.

El rey al oír esto se asustó más, y su nerviosismo creció. Preguntó.

- Alguno de los que estáis aquí ¿Habéis ido a verlo?

Todos quedaron en silencio, sabían que el rey castigaba por este hecho, por seguir y amar a un solo Dios. Les había repetido en muchas ocasiones, que un solo Dios no tenía la fuerza de varios dioses juntos.

De toda la gente que había, se encontraban bastantes que habían ido a las montañas a oír predicar a José. Muchos de los que fueron iban enfermos, y volvían a sus casas curados.

El rey volvió a preguntarles por segunda vez.

- ¡Quiero saber si alguien de vosotros habéis estado en las montañas para estar cerca de José!

Los súbditos conociendo al rey lo malo que era, nadie se atrevió a decir la verdad.

El rey de nuevo se dirigió a ellos diciéndoles.

- ¡Os prohíbo que veáis a José! ¡Es él, quién nos está mandando esta desgracia! Id a vuestras casas y pedir a los dioses, ellos nos escuchan, y os aseguro, que mañana, toda esta pesadilla habrá terminado.

La gente se dispersó, pero no confiaban en las palabras del rey. Estaban seguros de que era un castigo enviado por Dios, y hasta que el rey no cediera, no cesarían los rayos y los truenos.

Había llegado la madrugada, nadie podía dormir con todo lo que estaba sucediendo.

De pronto, un enorme rayo cayó en Palacio, y empezó a arder. Los habitantes de palacio habían enloquecido, todos corrían para salvarse del fuego en diferentes direcciones. Sus gritos se podían oír fuera de Palacio. Los soldados que hacían guardia huyeron perdiéndose en la noche.

La gente salió de sus casas espantadas y temblando de miedo, gritaban llamando a los dioses mientras repetían a gritos.

- ¡Es un castigo para el rey! ¡Nos está mintiendo y siempre nos ha mentido!

El rey y toda su familia se habían apresurado a salir de Palacio. El servicio trataba de apagar el fuego cómo podían, y en vista de que no podían hacer nada, salieron todos huyendo. El Palacio se había convertido en una antorcha ardiendo.

La muchedumbre se agrupó cerca del rey, lloraban y gritaban diciéndole.

- ¡Hemos pedido a los dioses! ¡Todos nosotros pensamos lo mismo! ¡Este castigo es para ti y tu familia!

El rey no escuchaba lo que le decían, sólo estaba preocupado de ver cómo su Palacio ardía. Y se echó a llorar. En ese momento se dio cuenta de que estaba siendo castigado. Llamó a gritos a los soldados para que se presentaran inmediatamente. Los que no huyeron, obedecieron la orden, y cuando estaban frente al rey, él, les dijo.

- ¡Liberar a los prisioneros!

Los prisioneros fueron todos liberados, pero los rayos y los truenos aún seguían, y con más fuerza. El Palacio estaba acabándose de quemar, el rey lloraba a lágrima viva. Sus tesoros y todo lo más preciado, estaba desapareciendo entre las llamas. Su desesperación era horrible.

Todos los que habían sido liberados y sus familiares, huyeron hacia las montañas para encontrarse con José y quedarse allí.

Estaba amaneciendo. La esposa del rey le pedía a él, que fueran también a las montañas para encontrarse con José y quedarse allí.

Estaba amaneciendo. La esposa del rey le pedía a él, que fueran también a las montañas para hablar con José, y pedirle que cesara ese calvario. El rey cedió, no veía otra salida a tal infierno por el que estaban pasando, y se pusieron en camino. Para el transporte utilizaron caballos. La dificultad fue grande hasta llegar a la ciudad de José.

A José le fueron avisar de la llegada del rey y de los que iban con él. José y Simeón tardaron en bajar a la ciudad. Sara y las demás mujeres salieron de sus casas al escuchar tal algarabía, y se encontraron con un rey totalmente destrozado por la tragedia que estaban viviendo por su culpa.

Tanto a José como a Simeón, no vieron extraño que le fueran avisar de la llegada del rey, lo estaban esperando. Dios lo anunció, les dijo que sería él quien fuera en persona, para pedirles disculpas, y para que pidieran parar la gran catástrofe que invadía la otra ciudad.

José llegó acompañado de todos los que lo seguían. De lejos vio una multitud de hombres que esperaban con el rey y la reina sentados todos sobre una pradera de hierba, y donde los caballos comían reponiendo fuerzas.

Al llegar José a ellos todos se pusieron de pie.

José dirigiéndose al rey le dijo.

- ¡Seas bien venido! ¿A qué se debe tan grata visita?
- ¡Sabes bien del porqué estamos aquí! - Respondió el rey con la cara desencajada y con las lágrimas resbalándole por las mejillas - ¡Quiero pedirte en el nombre de tu Dios que paren los rayos y los truenos! ¡Mi Palacio ha ardido, y sólo quedan las ruinas! ¿Que es lo que quiere tu Dios de mí? ¿Desea verme muerto?

- ¡No! - Respondió José - ¡No hace muchos años recibiste en tu Palacio a Simeón y a mí! ¡Fuimos en son de paz llevándote un mensaje de Dios! ¡No quisiste escucharnos y nos echaste casi a patadas!

El rey lloró amargamente, y con los ojos encharcados por las lágrimas, pidió clemencia.

- ¡Dile a tu Dios que me perdone! ¡Y también dile que tengo que reconstruir mi Palacio! ¡Y las casas de muchos de mis súbditos han perecido por el fuego!

José lo tranquilizó diciéndole.

- ¡Tus plegarias han sido oídas! ¡Iros en paz, porque los rayos y los truenos han cesado! Si de aquí en adelante eres un rey justo y generoso con tus súbditos, de nada tienes que temer.

El rey ya más tranquilo le preguntó a José.

- ¿Cómo puedes saber que todo ha terminado?
- ¡Es Dios quien lo ha dicho! Nos habló a Simeón y a mí diciéndonos, que todo cesaría en el momento en que vinieras para pedir perdón.

El rey confiaba ahora en las palabras de José, pero sus cimientos eran malos y perversos.

José se dirigió a los súbditos que acompañaban al rey y les dijo.

- ¡No adorar lo que el rey adore, cada uno de nosotros tenemos libre albedrío para creer en lo que creemos verdadero!

José dirigiéndose al rey le aconsejó diciéndole.

- No obligues a tu pueblo a seguirte en tus ideas, si lo sigues haciendo estarás arrastrando tu alma hacia el mal. Si quieres que tus tierras sean fértiles y tus cosechas ricas, no obligues a nadie a que haga tu voluntad.

Nadie respondió. El silencio permitía oír el silbido del viento que atravesaba las colinas.

El rey, la reina y sus súbditos estaban cansados del viaje difícil que habían tenido, y decidieron pasar la noche en donde se habían quedado.

Los caballos comieron toda la hierba que le apetecieron, y también les dieron de beber agua hasta que se hartaron.

Las mujeres hicieron comida para todos.

Al día siguiente al amanecer, el rey y sus súbditos regresaron a su ciudad. A los dos días siguientes cuando llegaron, todo había vuelto a la tranquilidad. El rey liberó a los presos, y estos dijeron de ir en busca de José para darle las gracias por todo lo que había hecho por ellos y su familia.

José como hombre de Dios que era, les dijo, que las gracias se las tenían que dar a Dios, que era el que había hecho milagros.

Todos estos hombres, sus esposas y sus hijos decidieron quedarse a vivir en las tierras de José.

Dios volvió hablarle a José. Le dijo, que construyera un templo en la cima de la gran montaña. Que fuera José el primer sacerdote, y que vistiera con túnica de color escarlata, y así todos los que le sucedieran. El templo cuando estuviera construido, todos los oficios se celebrarían dentro.

Todos se pusieron manos a la obra y empezaron a construir el templo. Eran muchas manos las que había, y el templo tardó sólo unos meses en construirse. José era el que hacía de arquitecto, y el templo se construyó según él dijo. Se hizo un templo grandioso, por dentro era de mármol blanco y por fuera también. Arriba en el techo, José había dicho que dejaran un círculo abierto para que el sol se filtrara dentro en el interior.

6

Había pasado años, y José era ya un hombre mayor, un sabio en palabras, en ideas y en actos. Su vida entera la había dedicado a Dios, a ese

Ser Supremo que tanto adoraba y amaba. Sara era también una mujer mayor. Los dos hijos que tenían se habían casado, y seguían los pasos de José. Se construyeron sus casas cerca de la de sus padres. También ellos eran sacerdotes, y vestían con túnicas color escarlata, y también los demás sacerdotes.

Dentro del templo habían hecho un altar de mármol color rosa. Las dimensiones eran grandes según José había ordenado que se hiciera. Estaba ricamente vestido con candelabros de oro, que la princesa les había conseguido. Ella antes de morir le dejó a José una gran fortuna, que José supo bien distribuir en hacer viviendas para todas las familias que se unían a él. También administró esta herencia en comprar tramas, urdiembres e hilos para que las mujeres tejieran telas, también tintes de los mejores para conseguir los colores preferidos. También compraba semillas en abundancia para que tuviesen buenas cosechas todo el año. En esta gran ciudad, porque era una ciudad, de nada faltaba, claramente se veía que estaba bendecida por Dios.

La fiesta más grande que se celebraba era en honor a Dios, el primer día del verano. El altar lo adornaban de lo mejor que había, le daban gracias a Dios por las cosechas abundantes que habían tenido. Ese día cada agricultor llevaba en su mano un puñado de semillas que había recogido, y lo depositaban como ofrenda sobre el altar. Este día todo el acto se hacía cantando canciones al universo.

Sara había llegado al grado de sacerdotisa, y Dios le otorgó el mando de dirigir a las mujeres con el propósito de llegar por sus valores a ser también sacerdotisa. No había ningún mandato que dijera que, tanto el hombre cómo la mujer debían estar casados o solteros para ejercer el sacerdocio.

La mujer sacerdotisa vestía con túnica blanca. De esa manera se podía distinguir al sacerdote vistiendo túnica color escarlata, y la sacerdotisa con túnica blanca. No era fácil el camino para llegar al sacerdocio, los valores que tenían que poseer tanto hombres como mujeres, eran grandiosos. Tenían que tener una gran fortaleza y fuerza espiritual para saber combatir los obstáculos, poder y saber aconsejar a las demás personas que buscaran ayuda de la categoría que fuera.

La fiesta del solsticio era única, la presencia de Dios podían verla todos. Por encima del templo se posaba una gran nube blanca resplandeciente, entraba la luz brillante por el círculo que había en el techo del templo. Durante el día, la luz era plateada, y al llegar la noche, la nube se transformaba en color de fuego, y al amanecer, la nube desaparecía, y no volvía hasta el año siguiente.

El día del solsticio el templo resplandecía de amor, desde que salía el sol hasta que se ponía. Los agricultores después de depositar un puñado de semillas de las que daban sus tierras sobre el altar, luego salían del templo para ir a buscar a sus animales, y los introducían en el templo para que

fueran bendecidos por los sacerdotes y sacerdotisas, para que no cogieran enfermedades y vivieran largos años trabajando con los amos.

José hacía todo lo mejor posible para agradar primero a Dios, y luego a las personas que habían decidido vivir con sus familias en la ciudad que se estaba construyendo. Cada familia que llegaba construía su casa, y cada vez, la ciudad era más grande, estaba más poblada.

José había entregado a todas estas personas parte de su herencia, y lo que es más su apoyo y cariño. Pero no todos estaban contentos con todo esto, los más cínicos lo criticaban a sus espaldas. José era ya viejo, y de nada de esto quería oír hablar, cuando alguien iba a contarle lo que otros decían de él, levantaba la mano y decía - ¡No quiero saber nada, he hecho lo que tenía que hacer!

José no tenía nada que reprocharse, todo lo que hizo fue a gusto de Dios.

Simeón también era ya viejo, las fuerzas lo estaban abandonando hasta el punto de no poder mantenerse en pie. Su esposa que también era anciana, tenía que darle la comida, él no podía llevarse la mano a la boca.

Una mañana, su esposa lo encontró muerto en la cama. Le había quedado el semblante sereno y lleno de paz.

El rey de la ciudad donde habitaba ese rey malo y perverso, había muerto y gobernaba otro que era todavía peor, sus aberraciones y sus crímenes eran conocidos en las ciudades más cercanas. Todos le tenían miedo, y hacían todo lo que les pedía, quien tenían hijas jóvenes y bellas, las pedía para sus caprichos. Exigía a sus súbditos que hicieran ver que vivían bien, y que todos eran felices.

José aunque era viejo hacía su trabajo para Dios lo mejor que podían dar sus fuerzas. Y después de la muerte de Simeón, preparó al hijo mayor de éste para sacerdote, era Balac hijo de Simeón.

En la ciudad donde gobernaba el rey malo, se preparó con su maldad y sus guerreros para dirigirse a la ciudad de las montañas, y apoderarse del templo y de sus tierras. Por todos sitios se oía decir que, las tierras de José eran buenas en cosecha, y todo gracias al gran templo donde se hacían bendiciones.

Un día al amanecer, José y todos los habitantes de las tierras de las montañas, se vieron rodeados de soldados guerreros, con las espadas empuñadas, pedían a voces, que abandonaran las tierras.

José estaba viejo y apenas sin fuerzas, trató de detener a todos los habitantes de las montañas, pero ellos muertos de miedo porque todos eran pacíficos, huyeron con sus familias y se refugiaron en el desierto.

Los soldados guerreros se apoderaron del Templo, y habitaron las casas que los demás habían abandonado.

José se negaba a abandonar las tierras que Dios le había regalado, pero no podía luchar él sólo contra un batallón de soldados armados.

Sara tenía también muchos años, y además, estaba enferma. Los dos se quedaron en el templo, al refugio y al amparo de Dios. Se negaban a abandonar el lugar que Dios pidió a José que levantara en su honor. Sara necesitaba medicamentos para la enfermedad que padecía, y nadie se los podía dar, pues, quien se ocupaba de estos menesteres también había huido con los demás, nadie de ellos quedaban en la ciudad, todos habían huido. José sabía la clase de hierbas que Sara tomaba para su padecimiento, y sabía a donde encontrarlas, pero no quería dejarla sola en el templo con toda esa banda de soldados que aunque no vivían entro, hacían sus apariciones cuando les apetecían.

Los dos hijos de José y Sara, cuando fueron mayores se despidieron de sus padres y se marcharon hacia otro lugar, ninguno de los dos hijos querían vivir al estilo que vivían sus padres y todos los demás. Hacía años que José y Sara no sabían nada de ellos. Esto fue terrible para ella, y su salud se fue deteriorando cada día más. Sara no quería separarse de José, él, era su único amparo.

Los soldados que aparecían en el templo de vez en cuando, respetaban al matrimonio por ser ancianos, pero tampoco hacían nada para que pudiesen sobrevivir.

Una noche de madrugada se descargó una gran tormenta. El fuego de los relámpagos entraba por el círculo que había en el techo del templo, los truenos lo hacía temblar, el agua que caía a mares también se filtraba por el círculo, y el templo se iba inundando. José y Sara permanecían abrazados en uno de los rincones del templo. Sara temblaba de miedo, José que tenía su pecho junto al de ella, sentía su corazón como latía acelerado mientras pedía perdón a Dios, por todo lo que ella hubiese hecho mal, y no sabía qué podría ser.

José estaba desesperado y no podía más con la situación. Se despegó de Sara y se puso en pie lentamente, lo que sus fuerzas le permitían. Andaba despacio por el dolor y cansancio que sentía en todo su frágil cuerpo, con el agua que le cubría por encima de los tobillos llegó hasta ponerse debajo del círculo. La lluvia empapó rápidamente su cuerpo, y sus vestiduras estaban para retorcer. Levantó el rostro y los brazos hacia arriba, con toda la fuerza que le permitían sus pulmones, gritó al cielo diciendo.

- ¡Señor, perdona mis pecados! ¡Haz de mí lo que quieras, pero no hagas que Sara siga sufriendo!

José escuchó la voz de Dios que le dijo después de oírse el trueno.

- ¡Estoy muy enfadado contigo y con todos los demás! ¡Han huido como cobardes, y tú no has hecho nada para impedirlo! ¡Te di estas tierras para que las trabajarais y vivierais en ellas! José, sobretodo tú me has decepcionado, no esperaba que hicieras esto, son muchos años los que hace que estás a mi servicio ¿Cómo has podido dejar estas tierras sagradas en manos de paganos?

José lloraba amargamente. Mantenía los brazos levantados, la cara hacia arriba y los ojos cerrados por el llanto. José respondió a Dios diciéndole.

- ¡Señor, haré lo que me pidas! ¡Y te prometo que hasta el último día de mi vida no te voy a defraudar! ¡Dime qué tengo que hacer!

Dios volvió hablarle, y le indicó.

- Estás en el templo, en la cima de la montaña, dirígete al altar, coge la trompeta de plata. Sal fuera del templo, haz sonar la trompeta cinco veces. Esta es la señal de llamada para que todos los que se han huido vuelvan.

José temblaba de miedo ante esa decisión que Dios había tomado. Él, ya era viejo, y lo que Dios le estaba pidiendo que hiciera, era que volvieran todos los habitantes de la ciudad y lucharan contra los soldados hasta ganarla. Él conocía a todos demasiado bien, y todos sin excepción, eran pacíficos, ninguno había cogido una espada para luchar contra alguien. Le parecía casi imposible llegar a conseguir la decisión de Dios.

José seguía llorando de la impotencia que sentía al verse tan mayor sólo y sin fuerzas. A lo largo de sus años con las conversaciones que había mantenido con Dios, esto era lo más difícil que le pedía de hacer.

Volvió a dirigirse a Dios y le preguntó.

- Señor, ninguno de esta ciudad poseemos una espada ¿De qué manera se va a combatir al enemigo?

Dios respondió diciendo.

- Cuando ellos oigan las cinco llamadas de trompeta, dejaran el desierto para reunirse contigo. Traerán una gran fuerza, ¡tan grande, que todo el miedo les habrá desaparecido! Todos juntos son muchos más que los soldados, y también, más fuertes que ellos.

De súbito, ocurrió algo que José no se esperaba y que permaneció por unos instantes parado, congelado. Frente a él, se hallaba Sara, joven y sonriente, cómo cuando era pastora. Los ojos de José que ya apenas los abría por la vejez, se le quedaron como platos al contemplar a su amada Sara bella como los rayos del sol. José miró en el rincón donde la había dejado, y allí se hallaba el cuerpo de Sara sentada en el suelo, con la espalda apoyada a la pared, y la cabeza reclinada a la parte derecha de su hombro.

Sara la que estaba frente a José, se dirigió a él diciéndole mientras extendía su mano derecha para coger la de él.

- José, amado mío, mi cuerpo se queda en la tierra para que le des sepultura, y mi espíritu que es, el que está hablando, es libre como una paloma. La paz que siento es grande, y el amor infinito. No tardaremos en encontrarnos, y allí donde estemos, nos seguiremos amando hasta el final de los tiempos.

Sara se fue acercando a José hasta llegar a sus labios, le depositó un beso, y luego se alejó hasta desaparecer.

La tormenta había cesado. El tiempo había pasado tan rápido, que estaba amaneciendo.

Cuando José reaccionó del suceso que acababa de ocurrirle, lo primero que hizo fue ir al rincón donde se hallaba el cuerpo sin vida de Sara. Con la mano abierta acarició el rostro de ella, y luego le dio un beso en la mejilla, y musitó.

- ¡Hasta pronto mi amor!

Se despojó despacio del cuerpo de Sara, y se puso en pie. Tenía una misión que cumplir, y estaba seguro, de que esta sería la última. Se dirigió hasta el altar, la larga trompeta de plata estaba en la parte de la derecha, la miró unos instantes antes de cogerla, y seguidamente lo hizo, seguro de lo que iba hacer salió del templo, los cinco sonidos que pronto se iban a producir serían el comienzo de una batalla sin cuartel. Soldados armados y preparados para la guerra, contra otro batallón de hombres sin armas ni preparación.

José estaba en la cima de la montaña más alta, desde arriba se veían las casas de la ciudad

pequeñas, no se veían soldados fuera de ellas, era posible que fuera por el agua que había caído durante la noche, que las calles aún estaban inundadas. Cuando se oyera el sonido de la trompeta todos los soldados saldrían fuera y, a partir de ahí, podría ocurrir cualquier cosa.

El sol estaba haciendo su aparición dando los rayos del día. José buscó el lado donde quedaba el desierto, y sin pensarlo más cogió la trompeta con fuerza, la colocó en la boca, y levantándola hacia arriba cogió fuerza en los pulmones, e hizo el primer sonido, se oyó fuerte y muy agudo haciendo un largo eco en el espacio de las montañas.

Los soldados no tardaron de aparecer saliendo de las casas, estaban enloquecidos mirando de qué montaña procedía el sonido de la trompeta, pero antes de descubrirlo, otro sonido agudo como el primero se escuchó. Los soldados enloquecieron aún más, y entraron en la casas para coger sus escudos y espadas. Al tercer sonido, todos estaban en guardia, y se dispusieron a subir la montaña. Descubrieron que era el viejo sacerdote del templo quien llamaba. El cuarto sonido, iban por la mitad de la montaña con escudos y espadas en las manos. Al quinto sonido no pudieron llegar hasta la cumbre por el barro que había en la montaña, y todos resbalaron, y rodaron hasta llegar abajo. Corrían de un lado a otro dispuestos a matar al primero que se les pusiera enfrente. El miedo se apoderó de ellos, lo que estaba ocurriendo no era normal. Volvieron de nuevo a

subir la montaña, el barro se había mezclado con la hierba y resbalaban cada dos pasos. Clavaban las espadas, prácticamente todas se partieron por la mitad con el peso de sus cuerpos. Los gritos y maldiciones, que echaban eran para echarse a temblar, prediciendo, que no quedaría nadie con vida, e incluso el templo lo derribarían y las casas les prenderían fuego. Maldecían todo lo que sabían. Si no actuaban lo más pronto posible algo iba a suceder, puesto que un mensajero partió a caballo y a galope para anunciarle al rey de la otra ciudad lo que pronto se avecinaría, no sabían lo que podría ser, pero lo imaginaban. Sería la muerte para todos ellos si fracasaban en esa misión tan importante que les había designado el rey. No les perdonarían que un anciano casi moribundo pudiera con todos ellos.

José al terminar los cinco toques de trompeta, entró en el templo, y la depositó en el lugar en que estaba, luego fue al rincón donde estaba el cuerpo sin vida de Sara. Después de acariciar su larga cabellera blanca, besó su mejilla. La cogió de la espalda y por debajo de los brazos, y estiró de ella hasta sacarla del templo. Su deseo era que los primeros rayos de sol bendicieran su cuerpo. La dejó estirada boca arriba. José la miraba con dos lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Sara tenía el semblante sereno, parecía que durmiera. José empezó a cantar una canción de despedida, y que hablaba de amor y de volver a encontrarse de nuevo.

Nada más acabar la canción oyó un gran griterío que procedía de las colinas. Sus ojos se iluminaron al ver todo su pueblo que volvía con sus animales y con todos los enseres que se habían llevado. Sintió que venían con mucha fuerza. Desde la cima de la montaña pudo ver perfectamente cómo los soldados impedían que avanzaran para entrar en la ciudad. Pero los hijos de la ciudad no retrocedieron, no sentían compasión por los soldados que les impedían el paso, y cuerpo a cuerpo lucharon hasta conseguir que huyeran.

Lo primero que hicieron fue buscar a José, habían oído el sonido de la trompeta, y lo primero que iban hacer era pedirle perdón por abandonar las cosas que ellos mismos con sus manos habían construido, y lo que es más, dejar la ciudad que para ellos era santa.

Cuando todos se reunieron en la cima de la montaña, no podían contener las lágrimas de encontrarse a Sara y a José echado en la hierba junto al cuerpo de su esposa y abrazado a ella.

A Sara le dieron sepultura con los honores que le correspondía por todo el trabajo espiritual que había llevado acabo junto a José.

Había hecho un mes de la muerte de Sara, y todos los hijos de la ciudad volvieron a sus casas. Los sacerdotes habían ocupado sus puestos, y también las sacerdotisas. Los sábados era cuando todos se reunían en el templo para hacer la gran oración de la semana. Llevaban flores al templo y lo

adornaban. Este era el último sábado para José, sólo él, lo sabía que el próximo ya no estaría con ellos.

José ocupaba el asiento que siempre había ocupado. Balac el asiento continuo, y todos los demás el suyo, incluyendo a mujeres y niños.

José con la voz cansada, y la mirada turbia se dirigió a todos diciendo.

- Balac se quedará ocupando mi puesto cuando yo me haya ido. Él será el que represente mi pueblo, y se llama desde estos instantes, la ciudad dorada. Esta ciudad la hemos levantado entre todos, sólo se la conocía por la ciudad de las montañas, pero desde estos momentos seréis todos hijos de la ciudad dorada.

Mientras que José hacía una pausa para respirar, uno de los sacerdotes le preguntó.

- ¿Cómo las demás ciudades sabrán de que esta se llama dorada?

José señaló al herrero, al que se encargaba de hacer las herraduras a los caballos, palanganas u otros utensilios, respondió.

- Él será el encargado de hacer una gran columna de hierro, con el nombre de ciudad dorada, marcada en letras a fuego. Se colocará a la entrada de la ciudad en tres partes, en medio, derecha e izquierda. Atrás están las montañas tan altas como las nubes. Todos los viajeros que entren en esta ciudad, leerán que se encuentran en la Ciudad Dorada.

Todos asistieron. En sus rostros se podía ver la satisfacción inmensa que sentían, y el amor profundo hacia José.

José siguió diciendo.

- Esta noche mientras dormía he oído la voz de Dios que me decía el nombre de esta ciudad, es por eso que os lo comunico. Es él, quien quiere que se llame así.

José por los años que tenía se quedó a vivir en el templo. Se ocupaban de que nada le faltara, varias mujeres, tenían que darle de comer porque él, ya no podía sólo, las manos le temblaban, y apenas veía.

El viernes por la mañana cuando las mujeres llegaron al templo, encontraron a José muerto en su lecho. Todos lo lloraron como a un padre, y realmente fue un padre para todos.

Le dieron sepultura junto a Sara. Lo dejó escrito que así fuera.

Balac se quedó en el puesto de José. Con cuarenta años que tenía permanecía soltero, era bastante tímido y la entrega que tenía a Dios lo dejaba sin tiempo para cortejar a ninguna joven. También dedicaba mucho tiempo en ordenar y trabajar para que el orden y el bien, reinara en la Ciudad Dorada. Mandó hacer en los dos laterales de la gran montaña, escaleras para subirla y bajarla bien. Después de la muerte de José iban gentes en peregrinación al templo, y todos sacaban la misma conclusión, era un lugar santo y sagrado.

A la salida del sol cada mañana Balac salía a dar un paseo por las colinas, disfrutaba viendo las tierras de cultivo. Las flores en los tallos cómo se abrían. Los caballos y las ovejas cómo comían hierba, las aves cómo levantaban su vuelo para ir en busca de comida. Los árboles como crecían hasta llegar a una gran altura. Balac no se había fijado en un joven que desde hacía rato estaba observando. Era apuesto y bien vestido. Se fue acercando a Balac, el joven le tocó el hombro derecho. Balac se dio la vuelta, y miró sorprendido al joven que tenía delante. El joven ante la sorpresa de Balac, le dijo.

- Balac, hijo de Simeón, no temas.

- ¡Quién sois, no os conozco! - Dijo Balac - ¿Cómo sabéis mi nombre?

- Soy un mensajero de Dios - contestó el joven - Me manda para decirte, que hagáis seis trompetas de

plata, y con la que ya tenéis, serán siete. Cada mañana con la salida del sol hacéis sonar una. La primera será la que ya tenéis, y dará un sonido grave, este sonido hará, que los demás sonidos se despierten. Empezaréis en domingo, y el lunes la siguiente trompeta, de las primera de las seis que hayáis hecho, y así hasta llegar a la séptima, y esta la hacéis sonar en sábado. Cada trompeta dará un sonido diferente.

Balac escuchaba con atención las palabras del joven mensajero de Dios. No se atrevía a preguntarle, pero la curiosidad hizo que lo hiciera.

- ¿Son importantes para Dios estos siete sonidos de trompetas?

- ¡Mucho! - Contestó el joven emisario - Cada sonido representa un estado de Dios y de la creación.

Balac se postró ante el joven y le dijo.

- ¡Perdóname, soy torpe! Deseo saber mucho acerca de Dios. Nuestro padre espiritual José, se marchó de la tierra llevándose con él, los secretos más profundos. Me dejó ocupando su puesto, pero yo no sé, si soy digno.

El joven mensajero posó su mano derecha en el hombro izquierdo de Balac, y pasó a decirle.

- Eres el elegido para llevar adelante la ciudad dorada, de lo contrario, José no te habría elegido. Sigue como lo estás haciendo, y en cada paso que des encontrarás la respuesta a todas las cosas.

Con estas palabras el joven mensajero se despidió de Balac diciéndole.

- Te saludo y te dejo la paz de Dios.

Balac no supo qué responder, sólo puso su vista en el joven caminando con paso lento, hasta que desapareció al rodear una colina.

Balac fue rápidamente a la ciudad, y reunió en el templo a sacerdotes y sacerdotisas. Los puso al corriente del mensaje que un ángel de Dios vino a darle, y pronto se pusieron a trabajar en lo decidido por Dios.

Balac había fijado sus ojos en Débora, una joven que iba con sus padres y con frecuencia al templo. Era delicada como una rosa, su bondad y su belleza hacían un conjunto de armonía.

Débora cruzaba su mirada con la de Balac, que aunque era bastante mayor que ella, su atractivo de hombre podía atraer a cualquier mujer.

Balac tenía que casarse, era necesario que hiciera una familia, no podía pasarse el resto de su vida viviendo en casa de una hermana suya.

Un día fue a casa de los padres de Débora para pedirles en matrimonio a su hija.

Todo fue acordado a la perfección, y pronto construyeron una casa para Balac y Débora. Cuando estuvo acabada contrajeron matrimonio en el templo de la alta montaña.

A los nueve meses, Débora dio a luz a un niño guapo y fuerte. Le pusieron de nombre Rubén. Este niño había nacido para una misión importante.

Según Rubén iba creciendo, Balac su padre lo entrenaba a saber luchar y combatir contra el enemigo. Era consciente de que Rubén no era como los demás niños. Su altura, corpulencia y fuerza era sobrenatural, y estaba seguro de que si había nacido con esas tres gracias eran para hacerlas servir en algo que vendría después. Balac lo iba preparando en la mayor fortaleza.

Rubén había alcanzado su mayoría de edad. Era un joven atractivo, de cabellos negros abundantes y rizados, de ojos negros y mirada serena. Un cuerpo maravillosamente bien marcado por los músculos que desde que era niño había trabajado con el esfuerzo del combate, se había convertido en un gladiador.

La ciudad que gobernaba el rey malvado, estaba en guerra con la ciudad donde se había criado José. El rey que la gobernaba defendía las tierras de la ciudad dorada, que el rey malvado quería conquistar de nuevo. Estaba seguro que todo el

poder que los sacerdotes y sacerdotisas poseían, les venían del templo de la gran montaña, y la meta de este rey era derribar el templo, y echar de la ciudad dorada a todos los habitantes, y quedarse con esas tierras.

El rey de la ciudad donde José se había criado sabía que allí en la ciudad dorada, sólo había gente pacífica que la habitaba. Este rey había conocido a José siendo anciano, y les tenía gran respeto a todos los habitantes, y no iba a permitir que un rey tirano y sin corazón, conquistara esas tierras que eran sagradas, y que en vida de José trató de conseguir pero que no pudo. El porqué lo desconocía, puesto que había enviado a muchos soldados preparados para la lucha, y que incluso echaron de sus casas a toda esa gente noble, y conquistado el templo.

Mientras que estas dos ciudades luchaban, Rubén se preparaba para que nadie pudiesen echarlos del lugar donde todos ellos habían nacido.

Desde hacía un tiempo Rubén hablaba con Dios, esto lo mantenía en secreto, pero los ancianos cuando se reunían con Balac le preguntaban.

- ¿Has conseguido hacer de tu hijo un buen luchador? ¿Pero como va él sólo a enfrentarse contra un ejército que está dispuesto a morir por su rey?

Balac ya era mayor, y a esta pregunta como a muchas más que le hacían los ancianos respondía.

- ¡Tiene la fuerza de cincuenta hombres juntos! El día de su nacimiento advertí, que no iba a ser un

hombre como nosotros, y lo preparé para todo, pero lo más importante que hice con él, fue enseñarle desde un principio, que nada conseguiría sin la fuerza divina. Y cada mañana al amanecer cuando íbamos a entrenar a las colinas, lo enseñé cómo dirigirse a Dios para mantener la fuerzas y el equilibrio durante todo el tiempo que durara un combate, y también después.

Las dos ciudades seguían enfrentadas, y estaba ganando terreno el ejército del rey tirano. Les quedaba poco trecho para llegar a la entrada de la ciudad dorada. Los habitantes estaban temerosos, y recordaban la primera vez que tuvieron que abandonar sus hogares, pero ahora, todos renunciaban marcharse de sus tierras, y estaban dispuestos a luchar contra el ejército tirano. Todos tenían las esperanzas puestas en Rubén, que fuera él quién iría al frente de todos.

Rubén pasó toda una noche en las colinas. Cuando amaneció regresó a su casa. Tanto Balac como Débora no pudieron dormir esa noche, sabían que Rubén se estaba preparando con el debido respeto de Dios, a un combate. Balac estaba seguro de la fuerza de su hijo, pero también como padre tenía temores. Débora no hablaba, sólo lo observaba en silencio, no deseaba que Rubén notara su angustia, era el único hijo que tenían, y si lo perdían se quedarían solos y destrozados.

Rubén que era un hombre sabio, advertía todos los días el temor de sus padres, y esa mañana les dijo.

- Padres, voy a coger mi caballo preferido, y me dirigiré a la ciudad, me voy a enfrentar con el rey maligno para que pare de inmediato el ataque contra la ciudad dorada.

Balac guardó silencio, y luego abrazó a su hijo.

Rubén se dirigió a su madre diciéndole.

- ¡No paséis miedo por mí! He aprendido todas las cosas que Dios y, mi padre me han enseñado.

Seguidamente besó la frente de su madre y se marchó.

Galopaba rodeando las colinas, de esa manera no se encontraría con el combate de los soldados.

Después de estar tiempo galopando llegó a la otra ciudad. Se paró en un pilón para que el caballo bebiera agua, luego lo llevó a la hierba para que comiera y descansara.

Rubén se encontraba en las puertas de Palacio. Pidió hablar con el rey. Los soldados que hacían guardia no lo tomaron en serio, puesto que no tenía una entrevista con el monarca, y le aconsejaron que se fuera. Rubén dio a conocer su nombre a los soldados, entonces fue cuando lo dejaron entrar. El rey había sido advertido, y quería entrevistarse con Rubén lo más pronto posible. Los dos estaban frente a frente. El rey que ya era mayor, mantenía una

sonrisa irónica, estaba convencido que todos los habitantes de la ciudad dorada les sería pronto entregados, y ahora para más, tenía en su poder al más fuerte de todos.

Rubén observaba las facciones secas y envejecidas del malvado rey. Su rostro lo decía todo, su perversidad y maldad. Rubén permanecía de pie y delante del anciano rey. Este se recreaba con desprecio en la figura fuerte y esbelta de Rubén.

El rey con sarcasmos empezó diciendo.

- ¡Muchacho, hace tiempo que estaba esperando este momento! Vienes a entregarte ¿No es cierto?

Rubén le respondió con voz tranquila.

- ¡Estoy aquí para decirte que ceses el combate contra la ciudad dorada! ¡Nadie de nosotros se va a rendir!

- ¡No podéis seguir habitando esa ciudad! - Dijo el rey con un ademán de desprecio.

- ¿Por qué te interesan tanto nuestras tierras?

El rey rió con malicia, y respondió.

- ¡Quiero construir un Palacio en el lugar del templo!

- ¡Esas tierras son santas! - Contestó Rubén - ¡Tú eres malvado y traidor, Dios no te dejaría hacerlo!

El rey se levantó de su asiento, y señalando a Rubén con el dedo le dijo con voz áspera.

- ¡No tenéis escapatoria! ¡Esas tierras serán mías!

- ¡No lo serán! - Respondió Rubén con voz firme.

- ¡Soldados! - Gritó el rey.

Rápidamente se presentaron cuatro. El rey les ordenó.

- ¡Arrestar a este hombre y metedlo en una mazmorra!

Los soldados tenían que cumplir el mandato del rey, pero antes de iniciar el arresto, se fijaron en la corpulencia y en la fuerza de Rubén. El rey al ver que no se acataban sus órdenes al instante, gritó a los soldados diciéndoles.

- ¡He mandado que lo cogáis!

Rubén se encontraba en medio del rey y de los cuatro soldados. Se aproximó al rey y le dijo.

- ¡Nadie podrá nada contra mí! Mi misión no es la de matar a nadie, porque todas las criaturas hemos nacido por decisión divina. Pero sí puedo echar abajo este Palacio.

El rey soltó una carcajada, y respondió.

- ¡Para derribar mi Palacio hace falta cien hombres tan fuertes como tú! ¡Eres un fanfarrón! ¿Lo sabías?

Rubén se trasladó a una de las cuatro columnas que sostenía el techo y que eran de mármol macizo, se abrazó a ella, y apoyando toda su fuerza la arrancó de cuajo. El trozo de techo de esa parte cayó al suelo, y quedó en pequeños trozos.

El rey asustado corrió a refugiarse junto a sus soldados, y desde ese punto, dirigiéndose a Rubén le dijo.

- ¡Lo que acabas de hacer es un truco bien hecho! Mi antepasado dejó escrito que tu Dios mandó rayos y truenos a esta ciudad, ardió prácticamente toda, y también este Palacio. Ahora vienes tú y con el truco que tu Dios te ha enseñado, quieres demostrarme

cómo puedes dejar este Palacio en ruinas
¿Comprendes ahora la razón del porqué no podéis
seguir viviendo en la ciudad dorada?

Rubén señalando al rey con el dedo
respondió.

- ¡Nos tenéis miedo! ¡De ahí el porqué queréis que
nos marchemos! Vamos a seguir viviendo en la
ciudad que hemos nacido por los siglos de los siglos.

El rey se sublevó, y respondió con rabia.

- ¡Enviaré toda mi escolta, aunque me quede sólo!
¡Quiero ver con mis propios ojos cómo morís todos!

Rubén hablaba alto pero sin perder la
calma.

- ¡Retira de inmediato el batallón de los campos!

El rey al oír esto gritó pidiendo ayuda.

- ¡Venir a mí todos los soldados!

Se presentaron unos treinta soldados,
empuñando las espadas. El rey se decepcionó al ver
tan pocos hombres guerreros, y gritó al superior de
ellos preguntándole.

- ¿Dónde están mis soldados?

- ¡En los campos de batalla mi rey! - Respondió.

La cara del rey se transformó, y dijo con
miedo.

- ¿Nada más que estos hombres tengo yo para que
me defiendan de el hijo de Balac?

El superior se limitó a guardar silencio.

- ¡Quiero que lo arrestéis de inmediato! - Gritó el
rey.

El superior dio la orden de acorralar a Rubén, y todos fueron a por él.

Rubén que era un auténtico acróbata, de un salto se colocó en la otra punta de la columna que acababa de tirar, y con el mismo gesto que utilizó con la primera, arrancó también esta columna. El techo del cobertizo se tambaleó y se cayó a trozos, la parte delantera.

Rubén estaba frente a los soldados, y con el entrecejo fruncido dijo dirigiéndose al rey que lo miraba muerto de miedo.

- ¡Igual que he tirado esas dos columnas, tirare las otras dos! También echaré abajo este Palacio. No trates de jugar conmigo ¡Que si tú eres un tirano, yo soy un justiciero!

El superior de los soldados, se giró hacia el rey y le dijo.

- Mi rey, este hombre está hablando en serio, cumplirá lo que acaba de decir.

El rey que era perverso y cobarde, es por eso que lo era. Respondió gritando de ira.

- ¡Que clase de hombres guerreros tengo! ¿Treinta soldados no pueden con un solo hombre?

El superior advirtió que su cabeza estaba en peligro, y sin esperar a más dio la orden a sus soldados.

- ¡Cogedlo, lo quiero vivo!

Rubén quería llegar hasta más lejos pero tenía que hacer lo siguiente. Se escabulló por entre los soldados, y salió de Palacio, corrió hasta donde

esperaba su caballo, de un salto lo montó y salió a galope.

- ¡Traédmelo vivo! - Grito el rey muy enfurecido.

Los soldados salieron de Palacio, se dirigieron a las cuadras, y como no le quedaban tiempo de poner montura a los caballos, los montaron a pelo. Iban a galope buscando a Rubén. Él se había salido del camino, y se fue a esconder con el caballo detrás de una gran roca que se encontraba a la derecha. Habían pasado como diez minutos cuando oyó lo que esperaba oír, el galopar de los caballos del rey. Esperó algunos minutos para salir de detrás de la roca. Montó en su caballo, y volvió a Palacio a gran galope.

El rey al verlo quedó sorprendido. No se esperaba encontrar a Rubén de frente, y con el pánico encendido grito.

- ¡A mí la guardia!

Faltaban dos columnas para tirar el cobertizo. Rubén se dirigió a una, y la arrancó antes que las dos primeras. El techo del cobertizo se había venido abajo. El rey salió corriendo a refugiarse en algún sitio seguro, pero Rubén lo alcanzó. Lo agarró fuerte por delante de los hombros, y esta vez dándole un grito le dijo.

- ¡Haz que pare de inmediato el combate que has comenzado contra la ciudad dorada! ¡Da la orden rápidamente para que tus tropas vuelvan aquí!

Los pocos soldados que quedaban en palacio acudieron al grito de auxilio del rey, pero no pudieron hacer nada, fue Rubén quien les dijo.

- ¿Queréis con vida a vuestro rey?

El rey al oír esto ordenó a sus soldados a que se retiraran.

Rubén y el rey quedaron solos, Rubén le dijo.

- ¡Te perdono la vida a condición de que hoy mismo retires tus tropas de los campos de batalla! Y otra cosa te voy a decir ¡Olvídate de que existimos!

Rubén salió de Palacio, montó en su caballo, y se fue a galope.

El rey reunió a sus astrólogos y magos. Una vez todos reunidos, les habló de lo que quería hacer. En total eran tres astrólogos y tres magos. Estaban atentos los seis hombres en los requisitos que el rey les iba a exigir, y el rey comenzó diciéndoles.

- Os he reunido para que hagáis entre todo un conjuro mortal contra Rubén hijo de Balac. Que lo que hagáis sea eficaz y rápido, y quiero que muy pronto me den la noticia de que está muerto.

Uno de los astrólogos se adelantó para hablar y dijo.

- Mi rey, los astrólogos no hacemos conjuros, ese trabajo es de los magos y hechiceros.

El rey señaló con el dedo al astrólogo que había hablado, y le respondió enfurecido.

- ¿Para qué os pago, y os doy techo y comida?

Otro astrólogo respondió humildemente.

- Mi rey, nuestra labor no es la de hacer hechizos.

El rey agitó la mano derecha con desprecio, y dirigiéndose a los magos les dijo dándoles una orden.

- ¡Quiero que hagáis el hechizo más grande que conozcáis, para que acabe de existir Rubén hijo de Balac!

Los tres magos se miraron. Ellos sabían hacer hechizos, pero de lo que no estaban seguros era, si esos hechizos tendrían poder en la persona de Rubén. Lo conocían bien, porque ellos viajaban, incluso habían visitado en varias ocasiones la ciudad dorada, y habían entrado en el templo. Conocían a Balac, a los demás sacerdotes y sacerdotisas, y también a Rubén. Todos ellos eran hijos de Dios, no se les podía tocar, puesto que todo el mal que alguien les hiciera, recaería en ellos mismos.

El rey algo desesperado porque ninguno de los tres magos decían nada, volvió a repetir furioso.

- ¿Habéis oído mis deseos? ¡A ver si ahora vosotros tampoco sabéis hacer hechizos!

Uno de los magos con voz débil dijo.

- Mi rey, sabemos hacer hechizos, pero de lo que no estamos seguros, es, si van a tener poder en la persona de Rubén.

El rey más enfadado que antes y, lleno de rabia respondió diciendo.

- ¡Sois todos unos inútiles! ¡Retiraos inmediatamente, y poneos a trabajar! ¡Si en tres días

no recibo la noticia de que Rubén está herido de muerte, seréis vosotros los que vais a morir!

Los astrólogos y magos se retiraron, el miedo que sentían era incontrolable. Conocían la maldad del rey, y sabían que cumpliría sus amenazas.

Rubén había llegado a la ciudad dorada. Descendió de su caballo, y lo dejó en libertad para que el animal descansara a sus anchas, y comiera hierba.

Muchos jóvenes de la ciudad dorada lo vieron llegar y fueron a decírselo a sus padres. Ellos con la preocupación que tenían salieron a su encuentro. Débora su madre, se abrazó a él, le revisaba el rostro, y las manos, buscaba un síntoma o una herida que pudiese tener, que alguien le hubiese producido. Rubén para que su madre no se preocupara le dijo.

- ¡Madre, me encuentro bien!

Débora respiró aliviada, y dijo.

- ¡Gracias Dios mío que me lo has devuelto sano y salvo!

Balac posó su mano derecha en el hombro izquierdo de su hijo en señal de saludo y le dijo.

- ¡Hijo, estoy muy orgulloso de ti! ¿Cómo ha transcurrido la entrevista con el rey?

Al tiempo que iban andando para entrar en la casa, Rubén respondió.

- ¡Este rey aparte de ser malvado es terco! Le gusta ver la sangre correr. Si no acepta lo que hemos convenido, este final lo veo triste para él.

Débora hizo comida en abundancia para que Rubén que hacía dos días no había comido, cobrara fuerzas.

Rubén quedó satisfecho de la buena comida que su madre había cocinado. Decidió acostarse y descansar, y rápidamente se durmió. Débora cerró la puerta del dormitorio para que Rubén pudiese descansar lo bastante como para recobrar las fuerzas.

Hacía veinticuatro horas que Rubén seguía dentro del dormitorio. Débora lo vio extraño que Rubén estuviese durmiendo todo ese tiempo, y sin poder esperar más, empujó la puerta de la habitación y entró. Sobre la cama seguía acostado. Débora se aproximó a la cama con la intención de despertar a su hijo, y su sorpresa fue grande al verlo encharcado de sudor y delirando. Pronto salió del dormitorio, busco en la cocina una palangana, la llenó de agua, y entró con el utensilio en la habitación, y con la ayuda de un paño le ponía paños de agua fría en la frente de Rubén.

Débora se desesperó al ver que su hijo no reaccionaba. Salió corriendo de la casa buscando a Balac, y cómo no lo encontró, pidió a un joven que por allí pasaba, que fuera en busca de su marido al

templo, para que se encontrara inmediatamente con ella.

A todo esto, Rubén empezó a moverse, y querer ponerse en pie. Su madre se lo impidió diciéndole.

- Estas muy enfermo, y necesitas descansar.

Rubén negaba al tiempo que dijo balbuceando.

- Los soldados de la otra ciudad están entrando en la ciudad dorada. Tengo que salir a impedirlo ¡Déjame madre!

- ¡No hijo! - Respondió Débora - Esta vez no voy a escucharte.

Débora se sentó a un lado de la cama, y con sus frágiles brazos impedía a Rubén que se pudiese levantar. Otra vez Rubén quedó inconsciente, pero estaba más tranquilo. Débora cambio el agua de la palangana, y esta vez, retiro la ropa del cuerpo de su hijo, y con los paños fríos de agua fue limpiando su cuerpo de la sudor, hasta dejarlo fresco.

Balac llegó lo más pronto que pudo. Comprobó en el estado en que se encontraba su hijo. Sin mediar palabra, salió de la casa, y se dirigió al campo, sabía las hierbas que Rubén necesitaba para que se pusiera bien.

Los sacerdotes fueron a visitar a Rubén, cada uno quería aportar y predecir lo que sabía. Alrededor de la cama de Rubén se pusieron los sacerdotes más ancianos. Todos coincidían con el

mismo pronóstico. Rubén pronto moriría, un mal traidor se había apoderado de él.

Al llegar la noche, Balac y Débora se quedaron en el dormitorio de Rubén, cuidando de él, en todo detalle.

El sueño los invadió, y se quedaron dormidos en sus respectivas sillas.

Rubén empezó a removerse en la cama, una fuerza superior y poderosa vino a él. La habitación se llenó de luz que cegaba los ojos. Rubén los abrió y vio sorprendido por encima de su cama a un ser bellísimo alado que, le sonreía. Rubén lo miraba fijamente. Este ser que iba vestido hasta los pies con sedas finas blanca y azul, le dijo mientras tocaba su rostro.

- Rubén hijo de Balac y Débora, no temas por tu salud puesto que ya estás curado. Nada más yo haya desaparecido de esta estancia, puedes levantarte y luchar contra el enemigo que quiere apoderarse de estas santas tierras que son heredadas porque Dios así lo dispuso. A partir de estos instantes, tus fuerzas aumentarán, y serás más fuerte que antes.

Este ser se despidió de Rubén diciendo.

- ¡Os dejo mi amor y mi paz!

Al terminar de decir estas frases, desapareció. El dormitorio volvió a quedarse a oscuras.

Rubén se sentó en la cama. Echó la vista a los dos lados, allí estaban sus padres sentados cada

uno en su silla de madera y el asiento de aneas, durmiendo con la cabeza echada a un lado.

Saltó de la cama, y miró su cuerpo desnudo, no tenía ropa, y lo primero que hizo fue dirigirse al ropero y empezó a buscar ropa adecuada para ponerse.

Balac y Débora al ruido que Rubén hacía, se despertaron, lo primero que hicieron fue mirar en la cama, y al no encontrar en ella a Rubén, se alarmaron. Débora fue la primera en gritar diciendo.

- ¡Nos han robado a nuestro hijo mientras dormíamos!

Rubén ya vestido se aproximó a sus padres y les dijo.

- ¡No gritéis, estoy aquí!

Débora con lágrimas resbalándole por las mejillas, cruzó las manos en señal de oración y dijo.

- ¡Gracias Dios mío! - Seguidamente dirigiéndose a Rubén le preguntó - ¿Hijo, cómo te encuentras?

Rubén se abrazó a sus padres diciéndoles.

- Mientras dormíais, un ángel de Dios ha venido y me ha curado. Ahora soy otro hombre, y más fuerte.

Estaba amaneciendo, y tanto Balac como Débora querían salir fuera de la casa para gritar a todos de que Rubén estaba curado. Muchos fueron, y se acercaron a la casa para congraciarse de la curación tan rápida que Rubén había tenido.

La ciudad donde José se había criado, los soldados combatientes le habían ganado terreno a los otros de la ciudad del rey malvado, y los hicieron retroceder bastante terreno. Mientras tanto, Rubén seguía entrenándose en las colinas.

Esa mañana como todas, Rubén salió de su casa al amanecer, se dirigió a las colinas y empezó su entrenamiento.

El sol iba saliendo por el horizonte, y en este momento Rubén se quedaba para darle los buenos días, y seguir los movimientos danzarines del astro rey. Se dio la vuelta porque había notado una presencia, al mirar en esa dirección su asombro fue enorme al comprobar que se trataba de un león. El animal venía hacia él, caminando pausadamente, pero sin quitar la mirada de Rubén. Él, se mantuvo en alerta, midió la fuerza del león con la de él, y musitó.

- ¡Con suerte podré vencerle en caso que me ataque!

Rubén se colocó en posición de defensa, mientras que el león se iba acercando. Al llegar a él, se quedó a sus pies, y luego se sentó. Rubén más tranquilo respiró profundamente, y relajó sus músculos. Miraba al animal, y también el lugar por donde había aparecido. Era una colina alta, la más alta que allí había. Aunque no comprendía el porqué

de esto, hizo como el león, se sentó a su lado. El animal miraba a Rubén, y dio un bostezo en señal de sentirse acompañado y a gusto.

Rubén posó su mano sobre la cabeza del león, y lo estuvo acariciando. Según lo hacía le preguntó al animal.

- ¿Quién te manda?

El león miraba en dirección del sol, y luego su mirada se ponía en todo lo que había a su alrededor.

- ¿Estás indicándome que te han enviado para que cuides de mí? - Le preguntó Rubén.

A media mañana como de costumbre, Rubén regresó a su casa, el león, lo acompañaba, iba andando a la derecha de Rubén. Las gentes con las que se iba encontrando, echaban a correr al ver al animal, y desde lejos miraban a Rubén, y al león andando a la par. También fue una sorpresa para Balac y Débora, que al ver entrar a su hijo acompañado del león, fueron a esconderse al fondo de la casa. Rubén los llamó para que se acercaran a él, y les dijo.

- ¡Padres, no tengáis miedo!

Balac y Débora se fueron acercando despacio, y cuando estuvieron al lado de su hijo, Balac, le preguntó.

- ¿Qué hace este animal aquí?

- Ha venido a mí esta mañana mientras le daba al sol los buenos días.

Débora que era la que más miedo tenía y que pronto quedó curada, nada más acercarse al león, dio su opinión diciendo.

- El león es el rey de los animales, puede que Dios lo haya puesto para que te defienda.

- ¡Madre, eres sabia! - Contestó Rubén - Lo mismo he pensado esta mañana yo cuando se ha acercado a mí.

- ¡Voy a prepararle un sitio en el fondo del patio! - Dijo Débora.

- No madre - Respondió Rubén - Gris, dormirá en la habitación conmigo. Es mi ángel guardián, y como tal, debe de estar día y noche a mi lado.

- ¿Cómo lo has llamado? - Preguntó Débora.

- ¡Gris, así se llamará!

Débora no dijo nada más, y fue para la cocina a preparar la comida.

Balac se quedó acariciando a Gris, le gustaba su piel suave, y su color amarillo claro.

Gris hacía días que vivía en casa. Los habitantes de la ciudad dorada habían tomado contacto y confianza, el miedo se les había ido. Rubén dijo a todos, que Gris era manso con la gente buena y pacífica, y nadie tenía nada que temer del animal, puesto que Rubén lo llevaba a todas partes, incluso entraba en el templo, y se quedaba quieto al lado de Rubén.

Llegó el día que Rubén tenía que enfrentarse al rey, pues, no paraba la guerra, y tanto

de una parte cómo de otra, morían cada día, soldados.

Una mañana antes de que amaneciera, Rubén salió de su casa acompañado de Gris. Esta vez no iba a caballo para dirigirse a Palacio del rey tirano. La guerra estaba durando demasiado, y esta vez, la iba a parar, Rubén llevaba esta convicción.

El camino era largo, que duraría varios días. Rubén no llevaba alforjas, de esa manera iba más ligero, se iba parando en los matorrales de frutas salvajes, y comía. También en los ríos, y bebía agua, se bañaba dos veces al día para quitarse el cansancio. Al llegar la noche dormía acompañado de Gris debajo de la copa de un árbol grueso.

El alimento de Gris era también vegetal, desde que estaba con él, se había alimentado de frutas y otros vegetales. El miedo que sentían los habitantes de la ciudad dorada, era que alguien fuera devorado por el león. Desde un principio Rubén se dio cuenta que Gris era vegetariano, de lo contrario no lo hubiesen puesto a su lado como guardián, y hacer una labor muy importante junto a él.

Habían llegado a la ciudad del rey malvado. La gente corría a esconderse encerrándose en sus casas. Se armó un gran griterío por donde pasaban, que tanto hombres, mujeres y niños escapaban asustados a cobijarse en el lugar más seguro.

Rubén no prestaba atención a las personas que se iba encontrando, caminaba seguro al lado de Gris.

Habían llegado a las puertas de Palacio. Los soldados que hacían guardia, habían recibido órdenes del rey, de tirar a matar a Rubén si lo veían aparecer por allí. Ellos al verlo que iba acompañado con un león, desobedecieron las órdenes del rey, y dejaron sus puestos para ir a esconderse. No lo hicieron porque se trataba de un león, si no porque ese león antes de llegar a las puertas de Palacio, les rugió mostrándoles los colmillos afilados.

La entrada a Palacio quedó libre. Por la hora que era, ya de noche, el rey debía encontrarse en sus aposentos, y ahí fue donde Rubén se dirigió. Al cruzar galerías y jardines, se iban encontrando con soldados, estos corrían a meterse en algún lugar al amparo de un escondite. Habían reconocido a Rubén, pero ya era tarde para avisar al rey puesto que Rubén, estaba llegando a sus aposentos.

El rey escuchaba gritos que procedían de los soldados. No podía imaginarse lo que le esperaba. Ante todo ese griterío, el rey asomó la cabeza por una de las ventanas de su dormitorio. Su desesperación fue terrible al comprobar que se trataba de Rubén que iba acompañado de un león, y hacia la entrada en su aposento.

Cuando el rey se vio frente a Rubén y a Gris, empezó a llamar como un desviado mental a sus guardias pidiendo auxilio. Rubén le dijo.
- ¡No llames a nadie porque todos se han ido huyendo!

El rey se había quedado desquiciado, y no oía lo que Rubén le estaba diciendo, y seguía gritando.

- ¡Que toda la guardia venga a mi!

Rubén lo cogió por delante de los hombros, y zarandeándolo le dijo.

- ¡Los soldados que te quedan aquí y que son pocos, han huido! Los he visto cómo salían de Palacio corriendo. Aquí estamos tú y yo ¡Así es que, deja de gritar!

El rey tenía los ojos desencajados mirando a Gris. Había pegado su cuerpo a la pared, y sólo hacía que repetir.

- ¡Saca esta fiera de aquí! ¡Sácala rápidamente!

- ¡No recibo órdenes tuyas! - Dijo Rubén - ¡Quiero que retires tus tropas de los campos, y nos dejes en paz!

El rey mientras lloraba y mordía sus puños, decía gritando.

- ¡Vete de aquí! ¡Te has convertido en una pesadilla para mí! ¡Por las noches te sueño, y te veo convertido en un guerrero, alto y fuerte, y la armadura que llevas es dorada y brilla como el sol!

El rey dejó dicho este sueño que se le repetía varias noches seguidas, y más que sueño era, una visión. Sólo tuvo tiempo de contarle a Rubén los sueños que tenía, porque en esos instantes Gris se acercó a él con la intención de olerlo, pero el rey no lo pudo resistir y cayó al suelo muerto. El corazón no resistió la impresión y el miedo que sentía en

esos instantes fue aterrador ¡Tan malo era cómo cobarde!

Rubén se acercó al cuerpo del rey que yacía en el suelo. Cuando comprobó que su corazón no latía, salió de Palacio acompañado de Gris. Ahora estaba seguro que la guerra cesaría y la ciudad dorada vivirían en paz.

Rubén y Gris se dirigieron a la otra ciudad donde José se había criado, y que estaba en guerra con la otra del rey muerto.

El rey nada más recibir la noticia de que Rubén le pedía audiencia, se la concedió inmediatamente, y lo recibió en uno de sus salones privados. Este rey al ver a Gris se detuvo, y miró con cautela. Rubén le dijo.

- Gris sólo atacará a los que huela que son malos. No tengas miedo de Gris, pues, se comportará contigo cómo un cordero.

El rey tomó asiento y Rubén también con Gris sentado a sus pies. Rubén anunció.

- El rey de la otra ciudad ha muerto.

- ¿Cómo lo sabes? - Le preguntó el rey.

- No ha podido soportar la presencia de Gris, y le ha dado un infarto.

- ¡Entonces! ¿Esto quiere decir que la guerra ha terminado? - Preguntó el rey algo aliviado.

- Esperemos que sí - Dijo Rubén - Sólo pedimos vivir tranquilo y que nos dejen en paz.

- Ya sabes que siempre estaré apoyándoos, y siempre que la ciudad dorada me necesite, ahí estaré.

- Gracias - Respondió Rubén - Todos sabemos lo justo que eres.

El rey y Rubén se despidieron, y volvió con gris a la ciudad dorada. Los habitantes al recibir la noticia de la muerte del rey tirano, quedaron más tranquilos y vivían más en libertad, puesto que la guerra se paró, y la ciudad dorada era la de antes.

En la ciudad del rey muerto, había subido al trono otro rey bastante más joven pero igual de malvado como el anterior, o quizá más. Rubén siempre decía, que esa ciudad estaba maldita, y era por esa razón que la gobernaba reyes horriblemente malos y traidores.

En este Palacio, había una hermosa mujer que servía de doncella a la reina. Tenía una gran belleza acompañada de una gran sencillez y sensibilidad. El rey pensó que ella era la adecuada para conquistar el corazón de Rubén, él, sólo al verla, caería rendido a sus pies, y la seguiría hasta donde ella quisiera. De esa manera podría coger prisionero a Rubén, y la ciudad dorada la haría suya. Con ese sueño vivía desde que reinaba de rey. Hizo que se reuniera todo su gobierno para tratar de este asunto. Todos dieron el visto bueno por la estrategia tan sencilla que se le había ocurrido, y que podía ser eficaz. Todos se frotaban las manos de poseer la ciudad dorada, y que era un lugar mágico. Esperaban sacar el máximo provecho de estas santas tierras.

El nuevo rey habló con su esposa la reina. Le contó el proyecto que tenían, y que estaba seguro no iba a fallar.

Llamaron a la doncella para que se presentara en los aposentos de la reina. El rey se

quedó para comprobar que su esposa cumplía con la orden que le había dado.

La reina puso al corriente a la bella Rut de la misión que se le había asignado. Y sobretodo, la reina le repitió dos veces, que no podía fallar en este proyecto, y si ocurría, la encerrarían en una mazmorra hasta que muriera de hambre y de sed.

El esbelto y frágil cuerpo de Rut, tembló. No podía negarse ni pronunciar palabra, si no acatar la decisión de su reina. Con sólo dieciocho años que tenía, y sin experiencia de ningún joven que hubiese hablado en plan amoroso con ella, no estaba segura de que ella fuera la joven adecuada para esa misión. El miedo que sentía era tremendo, y sólo pensaba que acabaría en una mazmorra como la reina le aseguró.

De Rubén no había oído hablar nunca, no sabía quién era, ni con quién se iba a encontrar. Era al día siguiente que tenía que partir. Toda la noche Rut la pasó hablando con los dioses para que la ayudaran y la protegieran en todo.

Antes que el sol saliera, un pequeño carruaje tirado por dos caballos, y un soldado para conducirlo, se dirigía a la ciudad dorada. Dentro de ese carruaje iba sentada y rezando todo lo que sabía, la joven Rut. Vestía túnica larga color violeta, un escote corazón, viéndosele el canalillo. Sus brazos suaves y delicados quedaban al descubierto. El color del vestido iba a juego con el color de sus ojos. Sus cabellos dorados, largos y rizados, con brazaletes que

llevaba de oro por encima de su muñeca derecha, adornado de rubíes, como el rojo de sus labios. La belleza de Rut era única, no había por aquellos contornos una mujer más bella.

El soldado que conducía el carruaje, tenía órdenes de dejar a Rut a la entrada de la ciudad dorada. Era por la tarde cuando estaba anocheciendo. Rut descendió del carruaje, y con tacto y miedo entró en la ciudad dorada, por las colinas. Sabían que Rubén a esas horas podían encontrarlo en ese lugar. Las referencias de él, que Rut llevaba eran, de un joven de veinticinco años aproximadamente. Alto, fuerte, bien parecido, de ojos negros, cabello largo y rizado. También, que iba acompañado de un león.

Las colinas estaban bordadas de flores, y los árboles majestuosos mostraban sus ramas floreadas y los frutos a punto de salir.

Rubén se hallaba sentado a los pies de un árbol, y Gris haciéndole compañía. El animal apercibió rápidamente aunque estaba aún lejos, la presencia de Rut. Ella andaba buscando al joven que el rey le había descrito. No lo había visto por la razón que Rubén se hallaba a espaldas de ella.

Gris lanzó un rugido. Rubén lo calmó diciéndole al tiempo que se giraba y, apercibía la silueta de Rut.

- Quieto Gris ¡Vas a asustar a la hermosa joven que se aproxima!

Rubén se puso en pie. Observando a la joven que se iba acercando, no la conocía, de la ciudad dorada no era, tampoco su modo de vestir correspondía a los habitantes. Encontró extraño que una mujer joven y bien vestida fuera sola caminando por las colinas, y además, casi de noche que era. Según iba aproximándose, Rubén descubría la gran belleza de la recién llegada.

Rut caminaba en dirección a Rubén, en su delicioso rostro se podía observar el pánico que sentía, y que estaba a punto de caer al suelo desvanecida. Rut se detuvo a tres metros de Rubén, las fuerzas le flaqueaban. Estaba segura de la misión que los reyes le habían encomendado, no iba a salir bien. Ella jamás había seducido a un hombre, y no sabía cómo hacerlo ni por donde iba a empezar. Se había fijado en el físico de Rubén, era un hombre demasiado atractivo como para que cayera rendido a sus pies.

Rubén observaba a la joven con detenimiento, y muy extrañado de ver lo que estaba sucediendo, revisó las colinas esperando encontrar algún indicio de algo que la hubiese llevado hasta allí. Todo lo halló tranquilo, sólo se oía la brisa suave del viento rozando las ramas de los árboles. Rut quedó quieta, lo más parecido a una estatua de la diosa Venus. Rubén se adelantó diciéndole.

- ¡Vamos acércate y no tengas miedo! Gris es bueno, sólo ataca a quién viene para hacerme daño.

Rut se fue acercando a paso lento. Al llegar a un metro de distancia de Rubén, se paró. Gris se aproximó a la joven, y olió sus manos que caían a lo largo de su gracioso y esbelto cuerpo. Ella temblaba de miedo. Rubén llamó a Gris diciéndole.

- Gris, estás asustando a esta bella joven ¡vuelve aquí!

Gris escuchó a Rubén y fue a sentarse a su lado.

A todo esto, Rut no había abierto la boca, pensaba que, iba a decirle a Rubén cuando le preguntara.

- ¿A dónde vas sola? - Le preguntó Rubén.

Rut tragó saliva y luego respondió con voz tímida.

- Voy al otro lado de la ciudad dorada.

Rubén sonrió, y negando dijo.

- Es imposible que vayas al otro lado de la ciudad, allí sólo hay montañas y en la más alta se haya el templo ¿Es al templo donde te diriges?

Rut estuvo dudando en decir si a esto o, decirle lo que tenía pensado, y se decidió por esto último.

- Busco a uno de mis hermanos que es pastor.

- No lo creo - Respondió Rubén amablemente - Todos los pastores los conozco, y también a sus hermanos y hermanas, y ninguna me recuerda a ti, y aún menos del modo en que vistes y de tu porte.

Rut guardó silencio, era el único modo para poder seguir su misión adelante, y según Rubén le

preguntara, así ella respondería, ya que este plan no le había salido bien.

Rubén sintió compasión por la joven, su comportamiento no era normal, y pasó a preguntarle.

- ¿Cómo te llamas?

- Rut - Respondió con un hilo de voz.

Rubén se había quedado prendado de ella al instante de verla. El corazón que tenía lleno de amor, sólo lo había dado para todo lo bello que había a su alrededor, y para los sentimientos espirituales que sentía hacia Dios. En esos instantes su corazón acababa de abrirse como una rosa en primavera. Lo que sentía en aquellos instantes era inexplicable para él. Sentía un deseo loco de sentir a Rut más cerca de él, y aspirar el perfume de sus dorados cabellos.

Se había hecho de noche. Rubén decidió regresar a su casa con Rut, sus pensamientos eran, que ella estaba enferma con la cabeza perturbada, y no sabía bien lo que hacía o decía. La llevaría a su casa hasta saber más de ella, a donde se dirigía y a quién buscaba exactamente.

Débora se sorprendió al ver entrar por la puerta a su hijo con una joven desconocida. Antes que ella le preguntara, Rubén le explicó lo ocurrido.

Balac también quedó sorprendido al reunirse con su familia y ver que había una joven hermosa sentada en una silla. Antes de que Balac la interrogara, Rubén le advirtió, que la dejara tranquila.

Rut se sintió arropada por Rubén, al parecer, todo iba a salir mejor de lo que ella pensaba, y el miedo que sentía le fue desapareciendo.

Rut era sencilla y buena, hasta el punto de creer que ella no enamoraría a un hombre en la manera que lo estaba haciendo, y sentía mucha pena por Rubén, por todo lo que estaba escondiendo. Se sentía traidora y miserable, pero no tuvo más remedio que aceptar la propuesta del rey y la reina, su vida por la de Rubén.

Débora había preparado una buena cena. Pensaba, que la invitada no merecía menos.

Estando en la mesa cenando, Balac echaba mirada a Rubén y a Rut. Él por la experiencia que tenía, y cómo conocía a su hijo, y aún más, a un hombre enamorado de una mujer, la manera de mirarla y de protegerla. Estaba seguro de que su hijo había caído rendido a los pies de la joven desconocida. Tenía que saber de donde era y de qué familia venía, y pasó a preguntarle.

- ¿De donde eres?

Rut agachó la cabeza sin saber que responderle.

- ¡Padre, deja de hacerle preguntas! - Intervino Rubén.

Balac desaprobó la intervención de su hijo.

- ¡Es justo que sepamos de donde viene! ¡Sigues estando y estarás toda la vida en el punto de mira de ese nuevo rey maldito que reina en la otra ciudad!

El amor es ciego, y en esos instantes Rubén tenía una venda en los ojos. Se negaba oír hablar de ese nuevo rey que él ni siquiera conocía.

Rut pensaba en esos momentos, que justo antes que amaneciera y sin que nadie la viera saldría de esa casa y se marcharía muy lejos a donde nadie la conociera, Rubén no se merecía eso.

Dos lágrimas resbalaron por las mejillas de Rut. Rubén que estaba al tanto de ella fue a quitárselas con las yemas de sus dedos.

Débora había preparado un dormitorio para Rut, era posible que quisiera pronto irse a dormir y estar sola. Ella no había hecho preguntas aunque no le gustaba el modo en que se presentó. Confiaba en su hijo, y si él la había llevado a su casa era porque le había gustado la joven. Sabía que Rubén nunca se había enamorado, desconocía la razón, puesto que en la ciudad dorada había jóvenes encantadoras y que suspiraban por encontrar el amor con Rubén. Débora estaba segura que su hijo se había enamorado. Lo conocía demasiado bien, como para que le pasara esto por alto. Se fijó en cómo la miraba, sus ojos negros brillaban. Y la atención que tenía con Rut jamás había visto que lo tuviese con alguna otra joven de las que conocía.

Rubén seguía atento a los gestos de Rut. Quería que todo funcionara bien a su alrededor. La notó algo cansada, y dirigiéndose a Débora le dijo.

- Madre, Rut necesita descansar.

- Si hijo, su habitación está preparada - Respondió Débora.

Rut se puso en pie, y dirigiéndose a los padres de Rubén les dijo.

- Gracias por acogerme, siempre les estaré agradecida.

Débora respondió con una sonrisa. Rubén se puso en pie y preguntó.

- Rut ¿Te encuentras a gusto aquí?

Rut afirmó mientras sonreía.

- Me he encontrado bien, muy bien. También a ti te doy las gracias.

Balac guardó reserva y calló, prefería no decir nada para no herir los sentimientos de su hijo. Lo veía demasiado enamorado, y no era el momento de contradecir sus decisiones.

Cuando Rut entró en la habitación y cerró la puerta, Rubén se dirigió con una sonrisa a sus padres, les preguntó.

- ¿Verdad que es hermosa?

Balac no respondió y salió de la casa. Rubén se dirigió a su madre diciéndole.

- ¡Parece que padre está enfadado! ¡No le gusta Rut!

Débora miró con ternura a su hijo, acarició su rostro, y luego respondió.

- Rubén, no es eso. Es extraño, la manera en que Rut ha llegado hasta aquí. Yo te pido, que tengas precaución.

- Madre ¿No te has fijado en su cara de ángel? ¡Qué daño puede hacerme ella! ¡Es una mujer!

Débora volvió a acariciar el rostro de Rubén, y dijo.

- Hijo, sobre armas de mujer no se nada. Tu padre y yo, hemos nacido en esta ciudad que sólo conoce quién la habitamos, la paz, la sencillez y la sinceridad es lo que nos ha enseñado.

Rubén se había enamorado perdidamente.

- Madre, yo te aseguro que Rut posee esos mismos dones. Lo siento dentro de mi pecho, y mi corazón siempre me ha dicho la verdad.

- Hijo, así lo creo yo también. Hay que esperar a que pasen los días, y entonces veremos los que ocurre.

Rubén salía todos los días de su casa antes del amanecer con su inseparable Gris. Se dirigía antes de nada al templo, hacía sus oraciones, y luego se marchaba a las colinas. Los árboles frutales necesitaban descargarlos de sus frutos.

A la mañana siguiente de llegar Rut, hizo la misma operación. Al salir del templo divisó la silueta de Rut que andaba aprisa para salir de la ciudad dorada. Rubén no entendía porqué huía, eso fue lo que pensó. Empezaba a amanecer, estaba seguro que sus padres no la habían visto salir de la casa. Bajó de la gran montaña, y Gris a su lado. Sus deseos eran alcanzarla, hablar con ella y hacerle varias preguntas.

Rubén aceleró el pasó, y cuando estaba llegando a Rut, ella se dio la vuelta al sentir que la seguían, y se vio frente a Rubén. Rut se llevó la mano al pecho para contener la agitación. Rubén la tranquilizó diciéndole.

- Rut, no tengas miedo.

Rut se derrumbó y echó a llorar. Rubén no soportaba verla de ese modo, y le preguntó.

- ¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras?

El corazón de Rut era como la flor y nata. Ella no servía para la misión que le habían encomendado. Y suplicó a Rubén.

- ¡Déjame marchar!

- ¿Por qué razón estabas escapando? ¡Apenas hemos hablado, no sabemos nada el uno del otro!

Rut no podía calmar su llanto, los sollozos eran tan fuertes que no podía responder. Rubén lo más que deseaba era verla tranquila y feliz. La asió por los hombros rodeándolos con su brazo derecho, y cariñosamente le dijo.

- Cuéntame que te ocurre ¿Confías en mí?

Rut afirmó, y seguidamente dijo.

- ¡No vayas a la otra ciudad, jamás!

Rubén para comprender mejor eso que Rut le estaba advirtiéndole, la llevó a un lado del camino y se sentaron bajo la copa de un grueso árbol.

Rubén y Rut se miraban a los ojos, el color violeta de ella entró en los negros azabache de Rubén. Rut también se había enamorado de él, y por nada del mundo lo iba a traicionar.

Rut se sentía protegida en los fuertes brazos de Rubén. Él le preguntó.

- ¿De qué me has querido advertir? ¿Cómo sabes tú lo de la otra ciudad?

- Rubén ¿No me vas a guardar rencor? - Preguntó Rut.

Rubén negó al tiempo que respondía.

- No sé lo que es el rencor, y aunque tratarás de traicionarme tampoco sentiría odio hacia ti ¡Algo tenías que comunicarme! ¿No?

Rut estuvo unos instantes pensando el modo en que a Rubén le diría la verdad del porqué ella estaba allí. Y empezó diciendo.

- Ayer tarde cuando te encontré en las colinas, yo sabía quien eras. El rey de la otra ciudad me ha encomendado una misión, pero no puedo llevarla a cabo.

Rut empezó a ponerse algo nerviosa, y agachó la cabeza ruborizada.

Rubén la miraba con ternura, pero aún no podía imaginarse de que misión se trataba, puesto que ella era una mujer lindísima, como para que le hiciera algún daño irreparable. Rubén con su mano derecha asió la barbilla de Rut, y fue levantando su rostro hasta conseguir que ella lo mirara de frente. Rubén sonrió, y seguidamente le preguntó.

- ¿Qué era lo que tenías que hacer conmigo?

Rut se volvió a ruborizar. Echó la vista a un lado para evitar la mirada enamorada de Rubén que la estaba acechando. Rubén la buscó, y dijo.

- Rut, quiero que me digas toda la verdad. Creo en ti y en tus palabras, sea lo que sea te voy a creer.

Rut miró los ojos de Rubén, y luego dijo.

- El rey me ha enviado para que te enamores de mí.

Rubén quedó sorprendido al oír esas palabras, y no pudo retener la risa. Cuando estuvo más sereno dijo.

- Esa misión la has cumplido a la perfección ¿Dónde está el mal?

Rut sonrió y mirando fijamente los ojos negros de Rubén, respondió.

- En que yo también me he enamorado de ti. Entonces la misión queda sin cumplirse, puesto que yo tenía que llevarte a esa ciudad, los soldados del rey te prenderían y te darían muerte.

Rubén quedó aún más sorprendido, y con miedo de que ahora fueran a por Rut y ella ocupara su lugar.

- ¿A dónde te dirigías ahora? - Le preguntó Rubén.

- ¡Quería marcharme lejos! - Respondió Rut.

- ¿Lejos dices? ¿Qué quieres decir?

- Hay muchas ciudades, y es posible que en una de ellas pueda quedarme para trabajar. Si no hago el trabajo que el rey me ha pedido, me encerrará en una mazmorra hasta que muera.

La inocencia de Rut no tenía límites. Rubén la previno.

- ¿Piensas que los soldados del rey no te están vigilando?

Rut se sorprendió al oír esto, y recapacitó diciendo.

- ¿Piensas que están por los alrededores?

- ¡Estoy seguro! - Respondió Rubén - Cada día llevarán instrucciones al rey de lo que ocurre entre tú y yo.

- ¡Es cierto! - Contestó Rut - ¿Qué podemos hacer?

Rubén se quedó pensando, y nada más encontrar la solución, dijo.

- Le diré a mi padre que reúna en el templo hoy, a los sacerdotes y sacerdotisas. Tú y yo estaremos allí, y diremos la verdad de todo, y también les anunciaremos que nos vamos a casar.

Rut se sorprendió, y luego preguntó.

- ¿Es cierto que nos vamos a casar?

- ¡Así es! - Respondió Rubén acariciando la larga cabellera de ella.

Rut volvió con Rubén a su casa. Débora estaba alarmada al descubrir la puerta del dormitorio de Rut abierta, y dentro no estaba ella. Balac hablaba con su esposa, la tranquilizaba. Al ver que Rubén y Rut entraban por la puerta, el semblante de Débora cambió, y dijo más tranquila.

- ¡Gracias Dios mío! - Y dirigiéndose a Rut le preguntó - ¿Criatura a donde has ido tan temprano?

Rut la miró tímidamente sin saber que iba a responderle. Fue Rubén quién habló por ella, y dirigiéndose a sus padres les dijo.

- Voy a coger a Rut por esposa.

Débora se quedó parada, no esperaba oír eso de boca de su hijo. Balac se quedó igual que estaba, era como si esperara que su hijo lo dijera. Débora no sabía qué decir ni qué hacer, y reaccionó con lo primero que imaginó. Y dirigiéndose a Rut le dijo.

- Ven conmigo y ayúdame a preparar el desayuno.

Ellas entraron en la cocina. Balac y Rubén salieron a la puerta. Balac quería hablar con su hijo en privado aún que había decidido hacer a Rut su esposa. No lo cogió por sorpresa, la noche anterior mientras cenaban, se dio cuenta de lo enamorado que estaba de ella. Sus ojos lo delataban, su brillo tenso cuando lo miraba, sus labios con deseo de besarla.

- Hijo no conoces a Rut, pero estoy seguro que la decisión que has tomado es la correcta - Dijo Balac.

- Padre, tienes razón. No sé de qué familia proviene Rut, pero me ha demostrado tener un corazón, fuerza y valentía fuera de lo normal. Ayer cuando la encontré en la colina traía una misión, que el rey de la otra ciudad le había encomendado.

Tampoco Balac se sorprendió al oír esto, y preguntó.

- ¿Qué le ha encomendado el rey ese maldito que hiciera?

- Rut tenía que seducirme, hasta enamorarme de ella, y punto seguido, llevadme con ella a la otra ciudad, y los soldados del rey prenderme y matarme.

- ¿Es así como ella te lo ha contado? - Preguntó Balac.

- Sí padre, y creo cien por cien en sus palabras. De lo contrario no se hubiese confesado a mí, toda la trama del rey. Ella ahora está en peligro, tengo miedo por lo que le pueda suceder. Es una niña muy inocente. También ella se ha enamorado de mí.

- ¿Te lo ha dicho? - Preguntó Balac.

- Sí padre. Tu bien sabes que yo nunca he sentido miedo por nada, y ahora tiemblo de pies a cabeza por lo que a ella le pueda suceder. En cada colina de nuestra ciudad habrá un soldado escondido y espiando los movimientos de ella y míos.

Balac quedó pensativo. Un nuevo problema, se les avecinaba.

- ¡Hay que dar una solución rápida! - Expuso Balac.

- Sí padre, de eso quería hablar contigo. Quiero que reúnas para mañana a sacerdotes y sacerdotisas en el templo. Mis deseos son los de presentarles a Rut, y que en tres días nos casen. Tengo que velar por ella para que nada malo le ocurra.

Balac tenía toda su confianza depositada en su hijo, y acataría sus decisiones.

Débora y Rut habían preparado un succulento desayuno que consistía, en pan recién sacado del horno, miel y leche de cabra ordeñada por la mañana y hervida. También en el centro de la mesa siempre había un frutero lleno con frutos que daban los campos.

Rubén dirigiéndose a su madre le dijo.

- Madre, Rut necesita vestimenta para vivir en la ciudad dorada, no quiero que la miren como a una extranjera. Hoy vas a comprar ropa para hacerle una túnica, que ella te acompañe, y de esa manera empezará a conocer gente de aquí.

Débora mostró su alegría con una sonrisa.

- Nada más acabemos el desayuno nos ponemos en camino - Respondió Débora siempre dispuesta a todo.

Rut hablaba poco pero en su manera de mirar a Rubén, mostraba estar contenta, y en él, estaba su destino y su seguridad.

Su familia habitaban la otra ciudad, aunque no tenía mucha, sólo dos hermanas mayores que ella. Habían quedado huérfanas siendo adolescentes. Las dos hermanas mayores habían contraído matrimonio a una edad temprana, y tenían hijos. Rut era una carga para ellas. A los diecisiete años, la reina, la eligió para que fuera su doncella personal. En su rostro y en su silueta, podía apercibirse la humildad con que miraba, la sencillez con la que se movía al andar. Su carisma en estas dos cualidades se hacía ver, y su belleza que era mucha sobresalía irradiando luz.

A la noche siguiente, Rut fue presentada en el templo a los sacerdotes y sacerdotisas. Débora en

un día le confeccionó a Rut una túnica blanca cubriéndole los pies, manga larga y ancha, y cuello redondo. Era similar a la vestimenta de las sacerdotisas, a excepción de que ellas llevaban un manto color rosa cubriéndoles la cabeza, espalda y hombros, y caía a lo largo de los brazos.

Los cánticos y salves a Dios, hacían eco por toda la gran montaña, que estaba iluminada con el resplandor de luna llena. La iluminación del templo también era grande y calurosa, con la luz color escarlata que daban el fuego de las antorchas que ardían con fuerza.

La presentación de Rut en el templo fue celebrada con cánticos de victoria... victoria para los futuros esposos.

Rubén vestía igual que los demás sacerdotes. Su rostro radiaba de felicidad, y no cesaba de dar gracias a Dios por la dicha que le estaba dando. Gris permanecía sentado a su derecha, quieto y silencioso.

Los habitantes de la ciudad dorada también celebran el enlace entre Rubén y la bella Rut. Aunque el templo era grande, todos no cabían, y la mayoría de gente seguían el acto desde la falda de la gran montaña.

Todos estaban ausentes de lo que se tramaba por encima de las colinas de la ciudad dorada. Había diez soldados del rey vigilando las veinticuatro horas, los pasos y acontecimientos que hacían Rubén y Rut. Estaban al corriente de que se

encontraban dentro del templo haciendo una celebración, y era, dando la bienvenida a Rut. La habían visto en la cima de la montaña vestida de sacerdotisa y entrando en el templo. Todo lo que vieran o supieran tenían que hacérselo saber al rey.

El rey estaba de muy mal humor desde que sabía que Rut iba muy pronto a contraer matrimonio con el valiente y valeroso Rubén. Sus planes se les habían venido abajo. La reina había perdido su mejor doncella, y el rey no podría llevar a cabo su traición contra Rubén. Maldecía una y otra vez el haber enviado a Rut, él se había percatado de lo romántica y sentimientos amorosos que ella poseía. Pero se jugó la última baraja que le quedaba, y al parecer, le había salido mal el juego. Tenía que buscar otra estrategia, pero ahora para vengarse de los dos. Rubén y Rut tenían que pagar por burlarse de él, y lo recordarían como a un rey malvado hasta el resto de sus vidas.

El día que Rubén y Rut iban a contraer matrimonio había llegado. La ceremonia era la misma que para todas las demás parejas que se casaban. Tenían que estar limpios de pecado, y de esa manera, era como los sacerdotes y sacerdotisas los acogían. Tenían que confesar el amor que sentían el uno por el otro. Esa confesión no la hacían para que la oyeran los sacerdotes y sacerdotisas, era para Dios.

Todos los habitantes de la ciudad dorada querían participar y estar presentes en el enlace matrimonial de Rubén y de Rut. Como el templo no los albergaba a todos, decidieron celebrar la ceremonia al aire libre, y en la cima de la gran montaña.

Tanto Rubén como Rut radiaban de felicidad, sus miradas de recién casados delataban el amor que sentía el uno del otro.

Balac y Débora acordaron hacer todo el día de fiesta con los habitantes de la ciudad dorada. Por la gran montaña se estuvo repartiendo vino de los viñedos de Balac, queso que se hacía en su casa, de las cabras que poseía. Tortas de miel y de aceite de oliva, propiedad de Balac, de los olivos que poseía.

La boda de Rubén y de Rut fue celebrada por todo lo alto. Ese día hicieron sonar las siete trompetas.

Rubén Y Rut se quedaron a vivir en casa de Balac y Débora. Rubén quiso que así fuera, por seguridad de Rut. Él sentía miedo por la venganza que pudiese tener el rey contra ellos. Su temor no era por él, sino por Rut. Un rey tan malvado no dejaría pasar por alto un hecho que él, repudió.

Rubén se estaba preparando a todo. En lucha era el mejor, y también en fuerza, y además,

Gris que jamás se separaba de él, y dormía con ellos en el dormitorio.

El otoño estaba acabando, con sus fuertes lluvias para preparar la tierra y refrescarla, y que las hortalizas crecieran con más fuerza, y también todos los frutos que daba la tierra.

Rut era una mujer completamente feliz. Estaba esperando un hijo del hombre que amaba. Débora no se separaba de su lado. Tenía unas ganas enormes de conocer a su nieto, y de mecerlo entre sus brazos. Rubén compartía esa felicidad con su esposa Rut. Lo que pensaba se lo decía a ella.

- Cuando nazca nuestro hijo y haya crecido un poco, empezaré a enseñarle cómo se debe luchar. Haré con él, lo que mi padre hizo conmigo. Le transmitiré mis secretos para obtener la fuerza, y la habilidad.

Rut no tuvo más remedio que reírse, y le respondió.

- Si naciera una niña ¿También le enseñarías los secretos de la lucha?

- Si. Una mujer también debe saber luchar igual que un hombre, incluso es mucho más valerosa.

Rut se quedó pensativa y luego le dijo.

- Dudo que una mujer en la lucha pueda superarle al hombre, él, es más fuerte y puede con ella.

Rubén sonrió y seguidamente le respondió.

- No debes creerlo de esa manera, cuando se conocen los secretos de la habilidad, nada es un obstáculo.

Rut abrazó la cintura de Rubén y dijo.

- ¿Te imaginas a nuestra hija manejando una espada? ¿Y combatiendo con un hombre joven y fuerte?

Rubén acarició la larga cabellera de Rut, la besó en la frente, y mirándola a los ojos le respondió.

- Mi amada Rut. Eso no sería una lucha de combate, él se dejaría matar por ella.

Rut posó su cabeza en el pecho de Rubén, y riéndose dijo.

- Es cierto, no lo había pensado. La comparación que he puesto no es válida.

- ¿Te imaginas tú y yo luchando a muerte con espadas? ¿Piensas que yo iba a combatir contigo? - Dijo Rubén.

- ¿No lucharías para defenderte? - Preguntó Rut sin dejar de reírse.

- ¡Claro que lucharía, pero sería para robarte un beso!

Los dos rieron a la vez. Débora en esos instantes entraba por la puerta, con ropa que había comprado para la criatura que Rut esperaba. Era feliz de cómo los dos se amaban. Se quedó quieta para no hacer ruido, miraba con ternura, la dicha que Rubén y Rut vivían.

El rey malvado de la otra ciudad, maquinaba el modo de acabar con la felicidad de

Rubén y de Rut. Cada dos días un soldado le llevaba noticias de la feliz pareja. Y le contaba con todo detalle por qué lugares paseaban, y lo avanzada en gestación que se encontraba Rut. El malvado rey repetía una y otra vez - ¡Tienen que morir! - A su esposa la reina le reprochaba una y mil veces, el engaño que había recibido por parte de su doncella. Y la venganza de él, sería terrible, no pararía hasta ver destrozada la felicidad de la pareja. Si no había intervenido antes, era porque Rubén junto a Gris vigilaban las colinas. Los soldados que hacían vigilancia, retrocedían. El olfato de gris podía delatarlos, y en pocos minutos serían devorados.

Como el rey estaba enloquecido de no haber acabado ya con la vida de Rubén y de Rut. Decidió convocar a su gobierno, si así se podía llamar, porque ninguno pintaba nada, sólo se hacía, lo que el rey decía, pero quería hacerles participe de los asesinatos que tenía pensado llevar a cabo, y no sólo quería que murieran Rubén y Rut, también los habitantes que se negaran a abandonar la ciudad dorada.

En el concilio que se celebró a puertas cerradas, sólo habló el rey, para poner al corriente al gobierno de lo que quería que se hiciera lo más pronto posible.

El rey ese mismo día reunió a los soldados que tendrían que asesinar a Rubén y a Rut. Les dio instrucciones para que la muerte de él o de ella transcurriera en una semana de tiempo, si, así no

sucediera, él mismo con sus propias manos mataría a los soldados, temían por sus vidas, tanto si asesinaban a Rubén y a Rut o no, puesto que también contaban con la presencia constante de Gris, que cuando olfateaba el aire que venía de la cima, de las colinas, lanzaba fuertes rugidos. Sólo esperaba el animal recibir una orden de Rubén, para lanzarse corriendo a por las presas que seguían molestando con su vigilancia.

Rut se encontraba en el octavo mes de gestación.

Débora y Rut paseaban por las tardes no lejos de la casa, hacían unos paseos lentos mientras conversaban.

Todos los días a esta hora Rubén trabajaba las tierras y cada vez advertía a su madre que no fueran hacia las colinas, puesto que el peligro estaba a cada instante presente y sobretodo allí.

Débora y Rut habían cogido un camino estrecho de tierra que daba la vuelta a su casa y también a otras. Esta parte llevaba a la derecha, y a la izquierda todo estaba poblado de árboles y matorrales. Las dos mujeres hablaban sobre el poco tiempo que le quedaba a Rut para que pariera.

- El niño que nazca será precioso - Decía Débora - Rubén al nacer era grande y fuerte. Estoy segura que será como él, guapo y con la mirada transparente.

Rut que era la mujer más feliz del mundo, y que el embarazo la hacía aún más bella de lo que era, sonreía al escuchar las palabras de su suegra, estaba enamorada del bebe sin que todavía lo conociera. Rut le preguntó.

- ¿Porqué anuncias siempre que será un varón el que nazca?

- ¡Hija mía! - Contestó Débora! - Soy una mujer mayor, y estoy acostumbrada a ver barrigas a punto de parir, sé verlo en la forma del vientre, y te puedo asegurar, que dentro del tuyo vive un niño.

Rut posó sus manos sobre su vientre queriendo acariciar la cabecita y el pequeño cuerpo de su hijo.

Débora la miraba entusiasmada. Y sin que ninguna de las dos se lo esperara, de pronto, con la velocidad del rayo, el ruido del filo del aire, y ante sus ojos, una flecha se clavaba en el pecho de Rut. Ella dio un fuerte suspiro al tiempo que su mano derecha la ponía en su corazón. Se derrumbó y cayó al suelo. Débora la miraba gritando con los ojos desencajados. Llamaba a gritos a su hijo, pedía auxilio. Se hincó de rodillas junto al cuerpo sin vida de la dulce y bella Rut. Tenía que ponerse en pie, y correr en busca de su hijo, era necesario que estuviera allí lo más pronto posible. Era consciente de que el asesino las estaba observando y, que fue el

que envió la flecha clavándose en el corazón de Rut. Muchos pensamientos le vinieron a la mente. Si se marchaba para pedir ayuda, podrían venir esos traidores miserables y robar el cuerpo de Rut. Cogió la opción de quedarse junto al cuerpo de ella, y seguir llamando a su hijo a gritos.

Dos hombres que estaban cerca oyeron los gritos de Débora, y fueron a su encuentro. Uno de ellos al ver lo que ocurría salió corriendo anunciándole a Rubén la desgracia que le había sobrevenido. El otro hombre se quedó con Débora, y también lloraba la pérdida de Rut.

Rubén vio de lejos al hombre que corría a su encuentro. Tiró encima de la tierra la herramienta con la que estaban trabajando - Algo malo ha ocurrido - Pensó, y fue a encontrarse con él, seguido de Gris.

- ¡Rubén date prisa! - Dijo este buen hombre - Han herido a Rut.

Rubén no hizo ninguna clase de pregunta. Iba siguiendo a este hombre hasta llegar al lugar donde se encontraba Rut. La escena que vio mientras se iba acercando era sobrecogedora. La mujer que más amaba yacía tendida en el suelo con una flecha clavada en su pecho, y Débora su madre, de rodillas y llorando.

Rubén llegó a donde estaba Rut. La levantó del suelo. No derramaba una lágrima, con Rut en los brazos le dijo a su madre.

- Hay que sacar a mi hijo de su vientre, ella ha muerto, pero el niño tiene que vivir, porque está destinado para hacer grandes prodigios.

Aligeraron el paso hasta llegar a la casa. Pronto fueron avisadas las mujeres más experimentadas en los partos y cesáreas.

Rubén había depositado el cuerpo de Rut con mucho cuidado sobre la cama de ellos. La besó eternamente poniendo la misma pasión que cuando estaba con vida. Se quedó para ver nacer a su hijo. Fue Débora su madre quién se lo entregó envuelto entre pañales y ropas finas.

Rubén besó a su hijo en la frente. Parecía un muñequito de lo pequeño que era. Pidió Rubén que a su hijo lo amamantara una mujer que hacía poco había parido y que estaba amamantando al hijo de ella.

Muchas madres jóvenes que hacía un mes habían parido. Se ofrecieron al instante para alimentar al hijo de Rubén. Él dio la elección para elegir a su madre, fue Débora quién acogió en su casa, a la madre más joven.

Hacía varios días que habían enterrado el cuerpo de Rut. Tanto Balac como Débora tenían miedo de lo que pudiese hacer Rubén. Aparentemente se mostraba tranquilo, y aún más cuando cogía a su hijo entre sus brazos. Era diminuto, y cuando miraba su carita creía ver reflejado el rostro de su amada Rut. Se negaba a salir fuera de su casa, sólo quería estar con sus padres, su hijo y Gris.

Una noche acabando de cenar, Rubén comunicó a sus padres.

- Mañana al amanecer y después de orar en el templo, salgo de viaje, sólo con Gris.

Balac y Débora se miraron. Algo de esto esperaban que Rubén dijera un día u otro. Débora le preguntó

- ¿Cuántos días estarás fuera?

- Posiblemente cinco - Respondió Rubén.

- Nunca has estado tanto tiempo ausente - Dijo Balac.

- No preocuparos por mi - Dijo Rubén - Necesito ese tiempo y quizá más hasta que resuelva mis cosas.

Balac iba a responder, pero la mano de Débora cogiendo la suya, para impedirselo, se quedó

callado. De nada serviría preguntarle a su hijo donde iba, no lo diría, Rubén era reservado para sus asuntos, y aunque el matrimonio lo imaginaban, no querían alterar el estado de su hijo. Sólo quedarían con su temor e irían al templo hacer plegarias para que Dios no lo abandonara.

Rubén se puso de pie y fue hasta donde estaba su hijo en brazos de la joven madre que acababa de amamantarlo. Lo miró con cariño y ternura, y dirigiéndose a Débora, su madre, le dijo.

- Cuidar de mi hijo, es lo único que me queda de Rut.

Balac lo miraba con tristeza, y por las mejillas de Débora, resbalaban dos lágrimas. Rubén se aproximó a su madre y le dio un beso en la frente. Débora cogió la mano derecha de Rubén, la llevó hasta su boca y la besó, y luego dijo.

- Hijo, tu padre y yo te bendecimos.

Rubén llegó hasta donde estaba sentado su padre, le puso las manos en los hombros en señal de cariño, y sin mediar palabra, se dirigió a su dormitorio, y se encerró con Gris.

Antes de que amaneciera Rubén salió de su dormitorio acompañado de Gris. Débora lo esperaba sentada en una silla junto a la chimenea. Tenía la mirada baja y el semblante serio. Ella no hizo por hablar, era posible, que hubiese pasado la noche en el lugar que estaba. Rubén se acercó a ella, y besó su sien, luego le dijo.

- Madre, cuida mucho de mi hijo, eres la única mujer en que confío.

Débora no respondió. Miró a su hijo con los ojos encharcados en lágrimas. Vio como habría la puerta y salía de la casa.

Rubén subió la montaña, todavía siendo de noche, y cuando alcanzó la cima junto a Gris, entraron en el templo. Rubén se postró ante el altar y oró en silencio un buen rato.

Cuando salió del templo había amanecido, el sol brillaba con fuerza, mostrando el camino que cada hijo de Dios tiene que seguir.

No había tiempo que perder. Rubén se había propuesto llegar a la otra ciudad de madrugada, y para eso, no se tenía que detener para descansar, comerían los frutos que fuera encontrando en el camino.

Tal como Rubén lo había calculado llegó esa madrugada a la otra ciudad. En la puerta de Palacio habían dos soldados haciendo guardia, y los dos se habían dormido sentados en el suelo, con la espalda y la cabeza apoyada en la pared, la boca abierta y roncando. Este momento era el que Rubén esperaba, para introducirse sin ser visto en Palacio.

Fue directamente a los aposentos del rey. En la puerta había dos soldados en cada lateral haciendo también guardia, estos dormían como los de la entrada a Palacio. Era difícil que despertaran con el sueño profundo que tenían.

Rubén abrió la puerta del dormitorio, y acompañado de Gris, entró. El rey dormía a pierna suelta dando fuertes ronquidos. Con la luz de luna llena que entraba por la ventana, podía vérselo la cara roja e inflada de tanto comer. Rubén lo miró con desprecio, y seguidamente, lo agarró por el brazo izquierdo y lo arrancó de la cama. El único cobijo que tenía el rey era el suelo, que arrastrándose quería llegar hasta la salida del dormitorio dando grandes alaridos. Lleno de espanto alzó la vista y se fijó en el rostro de Rubén del modo que lo miraba, y peor fue al descubrir la figura de Gris que con su boca le agarraba un brazo para que no se pusiera en pie. El rey seguía gritando pidiendo auxilio a sus soldados. La puerta del dormitorio se abrió y aparecieron los dos soldados que montaban la guardia. Gris se lanzó a ellos y a tiempo estuvieron de escapar corriendo y gritando pidiendo auxilio. Gris volvió al lugar donde había dejado al malvado rey. No recibía ninguna orden de Rubén, y sin embargo sabía lo que tenía que hacer en cada momento.

El rey temblaba tirado en el suelo y llorando. Estaba sólo, tenía una gran escolta y servidumbre que lo servían a la hora que quisiera, y en esos momentos nadie le oía gritar pidiendo ayuda, todos habían escapado a esconderse al descubrir que Rubén lo tenía prisionero en su dormitorio, y un león que saltaba al menor movimiento que alguien hiciera.

Rubén en la oración que hizo en el templo, le pedía a Dios que lo perdonara por lo que iba hacer. La muerte y asesinato de Rut, no iba a quedar impune, el causante, tenía que ser castigado.

El rey seguía gritando pidiéndole a Rubén.

- ¡Quítame este animal de encima! ¡Me va a devorar!
- Repetía llorando.

Rubén que en esos momentos no tenía sentimientos, su corazón se había quedado negro como el carbón, hacía oídos sordos, y pena no sentía ninguna por lo que pudiese ocurrirle. El día que asesinaron a Rut, que él tenía entre sus brazos muerta, también él murió a partir de esos instantes. Ya no sería el hombre que era antes. Su vida y su amor, ese miserable que yacía tendido en el suelo temblando de miedo, se la había destrozado.

El rey estaba en camisón largo de dormir. Rubén le hubiese quitado la vida en esos instantes, pero no quería que fuera así, sería una muerte rápida la que tendría, y eso, Rubén no lo quería, era, como hacerle un regalo. Deseaba verlo sufrir mucho, para que pagara el horrendo daño que le hizo.

Agarró al rey por detrás del cuello de su camisón, y estiró de él arrastrándolo hasta la salida del dormitorio. En la galería continua se hallaba un escolta de él, empuñando una espada. Gris lanzó un rugido al tiempo que iba hacia ellos. Los soldados corrían para encontrar cobijo. La reina que dormía en la habitación continua, salió en camisón blanco de fina seda, y alarmada ante lo que sus ojos veían,

gritaba desesperadamente con las manos abiertas posadas en su rostro. Gris fue hacia ella, y rápidamente se encerró con llave en su dormitorio. Desde fuera se oían sus gritos pidiendo auxilio y perdón para el desdichado rey.

La salida de Palacio estaba libre, nadie que lo habitaba quería terminar como el rey, y todos huyeron.

Estaba amaneciendo cuando Rubén sacaba del cuello del camisón y arrastrando al rey. Gris vigilaba por todos lados para que ningún intruso se acercara.

De esa manera llegaron al campo. El rey pedía a gritos compasión, pero Rubén no lo oía, sus oídos también se habían endurecido, todo su ser, se había transformado en roca.

Dos soldados venían de lejos presenciando todo lo que ocurría, no podían aproximarse demasiado por el riesgo que le acechaban. El deseo de ellos era, rescatar al rey y ponerlo a salvo, pero ese deseo se quedó en eso.

La fuerza de Rubén en aquellos momentos era incontrollable, aunque hubiese aparecido un batallón de soldados, hubiera acabado con todos ellos.

En la explanada donde se habían quedado soltó al malvado rey, este lloraba sin que nadie le diera consuelo, y pedía piedad, con el rostro enrojecido y tembloroso, las piernas desolladas de

llevarlas arrastrando, los brazos ensangrentados de ir rozándolos por pinchos y piedras.

Rubén se apoyó en el tronco de un árbol, para pensar que fin le daría al miserable rey, que en aquellos momentos, era como un muñeco de trapo en sus manos.

El rey con su malicia observó que Rubén estaba ausente, y que Gris se encontraba a su lado, a cuatro patas quiso escaparse, y cuando había hecho cinco metros, Gris lo siguió, y lo llevó con su boca estirando de un brazo hasta el sitio donde Rubén lo había dejado. El rey daba fuertes chillidos de dolor, más que una persona parecía un animal rabiando.

El rey se hincó de rodillas delante de Rubén pidiendo clemencia.

- ¡No me hagas más daño y deja que me vaya! - Dijo.

- ¡Calla maldito! - Respondió Rubén - ¡Ponte de pie que tenemos que seguir, todavía hay largo camino que hacer!

El rey avanzaba de rodillas hacia Rubén.

- ¿A dónde me llevas? - Le preguntó, y con las manos cruzadas le suplicó - ¡Te lo pido por tu Dios deja que me vaya!

- ¡Ponte en pie! - Le ordenó Rubén.

El rey miró sus pies ensangrentados, y contestó.

- ¡Estoy descalzo, no puedo andar por este campo lleno de hierbas punzantes! ¡Ten compasión de mí!

- ¡He dicho que te pongas en pie! - Rubén volvió a repetirle.

El rey no podía andar. Trató de ponerse en pie, pero rápidamente cayó al suelo de dolor, las piedras que tocaban las plantas de sus pies, estaban ensangrentadas.

Rubén no sentía compasión por el desdichado rey, esperaba verlo todavía peor. Le había arrebatado la vida a la mujer que más amaba, a la madre de su hijo, también el rey deseaba verlo a él muerto, de hecho estaba en el punto de mira. Ahora no iba a ser misericordioso con él.

El rey no podía andar, Rubén arrancó cuatro ramas largas de un árbol, las fue uniendo y retorciendo, hasta que hizo una soga gruesa y fuerte, uno de los extremos lo ató al cuello del rey, y del otro extremo estiró de él, y lo llevaba como a un animal. El rey tenía que andar, de lo contrario, él mismo se ahorcaría. Los alaridos que daba eran grandes y también sus súplicas, aunque ya eran menos porque Rubén no le prestaba oído.

Llegó la noche y se quedaron debajo de un árbol de tronco grueso y copa ancha, dos horas para descansar. Rubén quería llegar a la noche siguiente a la ciudad Dorada, todo sería, si el cuerpo casi destrozado del rey aguantaba hasta entonces. Estas dos horas que cogió para descansar, no lo hizo por él, sino por el rey que no avanzaba dos pasos. Pasado este tiempo prosiguieron el camino.

Rubén andaba a paso largo, y como el rey no podía seguirlo, tuvo que cargar con él a sus espaldas igual que se lleva un saco lleno de cualquier elemento. No sabía exactamente qué iba hacer con él, deseaba su muerte en el transcurso de ese viaje.

A la mañana siguiente, ya cansado que no podía más con el cuerpo pesado y medio muerto del rey. Aparecieron en el cielo dos buitres que olían desde hacía rato a carne moribunda. El sol estaba calentando demasiado, el olor a carroña iba aumentando cada vez más. Aún quedaba mucho camino hasta llegar a la Ciudad Dorada.

Rubén se detuvo al escuchar las ruedas de un carro que se aproximaba. Miró hacia atrás, iban tirando del carro dos mulas, y las guiaba un hombre de mediana edad. Rubén agitó la mano para que se detuviera, y así lo hizo. Este hombre bastante extrañado por lo que estaba viendo preguntó.

- ¿Qué le ocurre a este desgraciado hombre?

- ¡Morirá pronto! - contestó Rubén - ¿Puedes llevarlo en tu carro hasta la entrada a la Ciudad Dorada?

El hombre se quedó mirando a Rubén, y luego le preguntó.

- ¿No eres tú hijo de Balac? ¿Al que llaman músculos de acero y cuerpo de hierro?

Rubén asintió.

Este hombre no hizo más preguntas y dijo.

- ¡Pon a este moribundo en la parte trasera del carro!

Rubén se echó al hombro al rey, y lo metió en la madera trasera del carro, luego le dijo al que lo conducía.

- ¡Sigue adelante!

El carro continuó. Rubén y Gris andaban a la par a paso ligero.

El rey no paraba de quejarse y con voz cansada seguía pidiendo clemencia.

Después de un largo día de trayecto llegaron a la Ciudad Dorada entrada la noche. Todos dormían, y nadie los vio llegar. Rubén llevó a arrastrando al rey hasta el árbol más cercano. Arrancó ramas del mismo árbol, y ató al desdichado al tronco del árbol, del cuello hasta los pies. La cabeza la tenía inclinada hacia el lado izquierdo de su hombro.

La luna llena era testigo de todo lo que estaba sucediendo. El rey abrió los ojos, y advirtió que estaba atado y no se podía mover. Con palabras débiles le preguntó a Rubén.

- Termina de matarme y no me hagas más sufrir, te lo pido por tu Dios.

- ¿Te has fijado en el sitio donde estás? - Le preguntó Rubén.

El rey miró sin ganas lo que había delante de él, y negó.

- ¡Este es el lugar donde tus soldados le quitaron la vida a Rut! - Dijo Rubén con voz de trueno - Y mi vida se ha ido con ella.

El rey ya no tenía sombra de lo que había sido. Los ojos los tenía rojos de tanto llorar, y apenas los podía abrir, los pies llenos de llagas, y de un color morado. Echó la vista hacia Rubén, y le pidió con voz temblorosa y medio apagada.

- Termina con mi vida lo más pronto posible, es un favor que te pido, es mi última voluntad.

- ¡Dime antes! - Dijo Rubén - ¿Por qué razón mandaste a que mataran a la mujer que yo más quería?

El rey tardó en responder, y luego dijo.

- Ella me traicionó, se burló de mí.

- ¿Tú llamas burla y traición al amor?

- De eso último que has mencionado no entiendo, lo que yo empleo es la fuerza, es lo que conozco, y que funciona. Esta vez me has ganado tú, es por eso que te pido que acabes pronto conmigo.

- ¡Todavía no sé lo que voy hacer contigo, eso lo tiene que decidir Dios! Él te dio la vida, y tiene que decidir cómo te la va a quitar - Respondió Rubén - ¿Te arrepientes de haber ordenado la muerte de Rut?

- Nunca me arrepiento de nada de lo que hago, recuerda que soy el rey, y como tal, elijo las condiciones más adecuadas, las más, convenientes.

Rubén preguntaba al rey mientras que andaba tres metros, y luego daba la vuelta y los volvía hacer de nuevo. Pensaba que era lo que podía hacer con el miserable rey. Alzó la vista para mirar a la luna. Por la posición que tenía debían de ser las tres de la madrugada. Le dio una orden a Gris.

- ¡Quédate aquí y no te muevas hasta que yo vuelva!

Gris se quedó sentado delante del rey, a un metro de distancia. Vigilaba las colinas, y las montañas, más altas. Olfateaba a los dos soldados que los habían seguido, y que se mantenían a una larga distancia de allí.

Rubén se dirigió al templo, subió la montaña, y al llegar a las puertas, se paró, y luego, las empujó con las palmas de las manos y entró. El resplandor de la luna entraba por el círculo que había en el techo, y también por la entrada. Se postró ante el altar, y con gran amargura lloró. No estaba conforme con lo que estaba haciendo, y estaba seguro de que Dios se lo estaría reprochando. No era digno de él, hacer un hecho semejante, estaba actuando como el maldito rey, como un tirano y despiadado ser. Pero no había otro camino si quería ser respetado y al mismo tiempo a los habitantes de la Ciudad Dorada. Que el destino lo tenían en manos del despiadado rey, que sólo conocía la fuerza y la traición para hacer el mal. Estaba dándole un escarmiento para que los dejaran vivir tranquilos y en sus tierras. Le había arrebatado a Rut, lo que más quería, y aunque lo estaba castigando muy severamente, no le importaba lo más mínimo que muriera, quedaría escrito para los demás reyes que subieran al trono, de la manera que había muerto, y la causa.

Rubén estuvo aproximadamente una hora orando en el templo, luego salió cerrando la puerta,

y bajó la montaña. Llegó hasta donde había dejado al rey atado, gris seguía sentado donde se había quedado.

El rey al verse cara a cara con Rubén le suplicó.

- ¡Mátame o déjame que me vaya! Ya no hay remedio de lo sucedido con Rut. Después me arrepentí de lo que hice, no supe ver en ella su gracia y bondad no era de esa clase de mujeres.

Rubén no soportaba por más tiempo oírlo, y gritó.

- ¡Cállate de una vez, se muy bien cómo era Rut!

El rey lloraba al tiempo que se quejaba de dolor de las llagas que cubrían todo su cuerpo. Y pregunto.

-¿Hijo que vas hacer conmigo?

- ¡No lo sé! - Dijo gritando - Sólo Dios lo sabe.

- ¡No me abandones aquí! Los buitres darán buena cuenta de mí, estando vivo. No quiero morir de esa muerte tan horrible y cruel. Está amaneciendo, el sol pronto cubrirá mi cuerpo, y se calentará, las llagas se infectaran, y la olor que desprenda será a podrido.

- Estoy esperando a que Dios me hable y me dé la solución.

- ¿Y si tu Dios no te habla, qué sucederá conmigo?

Rubén no pudo aguantar más y gritó entre sollozos.

- ¿Porqué tuviste que mandar a matar a la mujer que más quería? ¿Sabías que ella estaba esperando un hijo mío?

- Sí lo sabía - Contestó el rey apenas ya sin voz.
- ¿Tan cruel llegas a ser? ¿Ahora me pides que tenga compasión de ti? ¿Crees que debo tenerla?

El rey no contestó.

Al amanecer salían los hombres a trabajar las tierras. Se detuvieron al apercibir a Rubén algo más lejos. Hacía cinco días que había salido de viaje y todos lo creían fuera de la Ciudad Dorada. Dos de estos hombres volvieron para avisar a Balac, que Rubén se encontraba en el lugar donde mataron a Rut. Balac no se hizo esperar y fue al encuentro de su hijo. Al llegar, no podía comprender lo que sus ojos estaban viendo. Sorprendido mirando al rey atado al árbol, ensangrentado moribundo, le preguntó a su hijo.

- ¿Rubén quien es este hombre que espera la muerte?

Rubén miró a su padre de frente y contestó.

- Es el rey de la otra ciudad, el que mandó asesinar a Rut.

Balac miró al hombre con tristeza, y luego giró la vista hacia Rubén, y dijo.

- Este hombre ya ha padecido lo suficiente, para él, es mejor que lo mates a que siga viviendo de la manera en que está.

¿Padre estás diciéndome que lo deje libre?

- ¡Eso es! ¿Crees que no ha recibido un buen castigo? ¿Y que a partir de ahora lo pensará tres veces antes de cometer cualquier error?

- ¡Él mató a Rut! - Dijo Rubén con la voz medio cortada y los ojos llorosos - ¡Es como si la hubiese matado puesto que dio la orden!

El rey alzó la vista haciendo esfuerzo, y con los ojos bañados en lágrimas, le preguntó a Balac.

- ¿Quién eres para dar esos sabios consejos a un hombre roto por el dolor?

- Me llamo Balac, y este hombre al que estas refiriendo es, mi hijo.

- En mi ciudad se habla bien de ti - Dijo el rey.

Balac se compadeció, y se acercó al rey con intención de quitarle las ataduras que apenas lo dejaba respirar. Rubén fue rápido, y algo enfadado con su padre, le dijo.

¡No deshagas el trabajo que yo he hecho! ¡Tiene que pagar por su crimen!

Balac agarró a Rubén por los hombros, y con voz tranquila y pausada le dijo.

- Hijo, aleja la desgracia de la Ciudad Dorada, si este hombre muere aquí en estas circunstancias, el Altísimo nos lo tendrá en cuenta, no sólo sufrirás tú, sino todos, por traer el horror a estas tierras, la justicia de Dios se hará.

- ¡Ahora es cuando voy a descubrir lo justo que es Dios, y lo mucho que me quiere! - Contestó Rubén con rebeldía.

Balac se sorprendió al oír a su hijo hablar de ese modo, y exclamó.

- ¡Cómo puedes decir eso! ¡A ti que te ha dado la fuerza que ningún hombre tiene! ¡Que ha puesto en tu camino a Gris! ¡Que te ha otorgado un hijo hermoso, como los rayos del sol! ¿Cómo puedes tener dudas de Dios?

Rubén fijó sus pupilas en las de su padre y dijo.

- ¡Necesito ver a mi hijo!

Rubén dirigiéndose a Gris le ordenó -
Quédate aquí vigilando.

Se dio la vuelta y se alejó.

Dentro de la casa se hallaba Débora con el niño entre sus brazos. Ella al ver a Rubén se alegró, y fue a entregarle a su hijo - Rubén lo acogió en sus brazos mirándolo con ternura, cómo dormía. Besó su carita rosada como una manzana. Le recordaba el rostro de Rut, tenía con ella un gran parecido.

Débora se abrazó a su hijo, y a su nieto, y así quedó unos instantes, luego se separó y dijo.

- Hijo, han venido a decirme que tienes de rehén y medio moribundo al rey de la otra ciudad.

- Es cierto, madre - Respondió Rubén.

- ¡Déjalo que se vaya! - Le aconsejó ella.

Rubén fue a poner a su hijo dentro de la cuna, lo arropo, luego volvió junto a su madre, diciéndole.

- ¿Por qué estás tú también en contra de mí?

- ¡No es eso hijo! - Respondió Débora - Es que creo que no estás haciendo lo correcto. Tú no eres un asesino, sino un hombre hecho para hacer que la voluntad de Dios se cumpla.

Rubén miró fijamente a su madre tratando de entenderla, de comprender sus palabras, ella siempre había sabido cómo llegar a su corazón.

- Madre, voy al templo - Dijo Rubén - Necesito hablar con Dios, espero que responda a mis preguntas.

Débora acercó su boca a la mejilla derecha de su hijo y lo besó, luego le dijo.

- Te doy mi bendición.

Rubén salió de su casa, y se dirigió hacia la montaña, la subió rápidamente. Al llegar a la entrada del templo, respiró profundamente. La gran puerta estaba abierta, el resplandor de la luna entraba dentro.

Después de media noche Rubén seguía dentro del templo en silencio y en meditación. En la profundidad de la calma se oyó la voz suave y armoniosa de Rut dirigiéndose a él. Levantó la mirada buscando a su adorable Rut. La halló frente a él, con el rostro iluminado, y la sonrisa que en vida guardaba para él. La silueta de Rut, era lo más parecido a una diosa, vestida de finas sedas color malva, azul y violeta. Los cabellos le reposaban por delante de los hombros.

Rubén muy emocionado fue a ponerse en pie para acercarse a ella. Rut lo detuvo diciéndole.

- ¡Quédate donde estas, y pon atención a lo que te voy a decir!

Rubén obedeció sus palabras, y se quedó en estado de meditación. Por sus mejillas resbalaban dos lágrimas, el amor y la pasión que en esos instantes sentía hacia Rut, eran inmenso ¡Tenía delante a la mujer que supo entenderlo y amarlo!

Rut con voz casi infantil, la misma que tenía en vida, le dijo.

- Mis deseos son de que no estés triste sino todo lo contrario. Estoy observando desde el día que abandoné la tierra, que tu corazón se ha endurecido, el perdón que era un don de tus virtudes, ha desaparecido, y el amor que sentías por todo lo que te rodeaba, se ha transformado en odio y rencor. Desde aquí, las cosas se ven muy distintas que a donde tú estás. Todo es un fluir de colores que ellos mismos se van transformando haciéndose formas muy diversas. No saques el arma de la furia, eso, sólo te conducirá a la destrucción de tu propio ser.

Rut hizo una pausa. Con su mirada y su sonrisa envolvía el cuerpo de Rubén. Él sentía el amor de Rut como limpiaba su mente y su corazón hasta dejarlo transparente como el cristal.

Rubén la miraba sin lágrimas en sus ojos. Colocó su mano derecha en el lado izquierdo de su pecho, y dijo con voz serena.

- Hay una cosa que no entiendo ¿Por qué se llevaron tu vida cuando estabas en plena juventud?

Rut afirmó, y luego dijo.

- Se llevaron mi vida y te dejaron otra. Un hijo que hará la felicidad de la Ciudad Dorada. Cada mañana al empezar el alba lo voy a visitar, y lo colmo de alegría, y en su corazoncito introduzco paz. Ponle de nombre Samuel. Será rey de la Ciudad Dorada. Ocupa tú tiempo en él, y según vaya creciendo enséñale todas las maravillas que aprendiste de tu padre, y las tuyas propias. Haz todo lo posible para que sea feliz, porque de mayor será lo que tú le hayas enseñado.

Rut llevó su mano derecha a la boca, y echó un beso a Rubén. Él deseaba seguir más tiempo hablando con ella, pero el tiempo se había acabado. Rut desapareció de la misma manera que apareció.

Rubén se puso en pie, y avanzó unos pasos buscando a Rut, y cuando llegó al fondo de templo, se encontró con la pared. Levantó la mirada para encontrar el círculo por donde se introducía la luz de luna llena. Dio varias vueltas buscando a su dulce Rut. Sintió un peso en su pecho, y rápidamente comprendió que tenía que salir del templo, para dirigirse al campo, donde había dejado al rey de la otra ciudad atado al árbol, Balac haciéndole compañía, y Gris vigilando para que todo siguiera tal como él lo dejó.

Cuando llegó al sitio, Balac intentaba liberar al rey de las ataduras. Había perdido el conocimiento, y el pulso le iba lento. Balac no sabía qué hacer. Rubén se acercó con ánimos de ayudarlo.

Balac se sorprendió al ver la decisión que había tomado, y le preguntó.

- ¿Qué ha ocurrido? ¿Es tu madre quién te ha dicho que lo hagas?

- No padre - Respondió Rubén - Dios me ha respondido.

- ¿Has oído la voz de Dios? - Preguntó Balac emocionado.

- He oído a Rut, y también la he visto ¿No has reconocido la alegría en mi rostro?

Balac se abrazó a Rubén y le dijo.

- ¡Hijo! Esperaba que cogieras esta decisión, es la que corresponde a tu rango.

Al rey lo habían tendido en el suelo. Rubén echó la mirada hacia las colinas. Los dos soldados que lo habían seguido a distancia, seguían medio escondidos detrás de unos matorrales. Rubén les hizo un gesto con la mano para que se acercaran. Con mucha cautela los dos hombres bajaban la pendiente, no se fiaban del gesto que Rubén les había hecho, y aún menos de Gris que plantado frente a ellos, los observaba. Rubén tuvo que darles un grito diciéndoles.

- ¡Aproximaos sin miedo!

Cuando los dos soldados llegaron al sitio, lo primero que hicieron fue mirar al rey tendido encima de la hierba, con el rostro pálido, los ojos cerrados y casi sin vida. Los pies llagados, también las piernas y los brazos. El camisón que aún tenía

puesto, estaba hecho tiras y manchado de sangre. En el rostro de los soldados se manifestaba el miedo.

- ¡No temáis! - Les dijo Rubén - Coger al rey y llevarlo a mi casa, allí podéis limpiarle las heridas y darle de comer. También para vosotros habrá comida. Cuando el rey pueda andar, os lo podéis llevar.

Los soldados obedecieron a Rubén, y entre los dos se llevaron al rey, uno lo sostenía por debajo de las axilas, y el otro, por los pies. De esa manera lo introdujeron en la casa.

A la semana siguiente el rey estaba recuperado. Rubén hizo un pacto con él, de que dejara en paz a los habitantes de la Ciudad Dorada. Fue un pacto firmado por los dos.

A la mañana siguiente, Rubén les prestó tres caballos, para que llegaran a la otra ciudad, y que le devolvieran con un mensajero.

Al rey le había servido de escarmiento la decisión que Rubén había ejercido sobre él, y le dio las gracias de no haberlo matado.

Balac dio ropa al rey para que llegara a su palacio. Ahora estaba convencido de que iban a vivir en paz.

Una nueva vida empezaba para Rubén. Rut le había mostrado el camino para seguir adelante sin rabia ni rencores. Le había dejado un hijo con un gran parecido físico a ella, y además sería rey, el primer rey de la Ciudad Dorada, y por supuesto, elegido por Dios.

La ciudad Dorada había encontrado la tranquilidad. Los habitantes eran felices, no tenían ningún temor de que la otra ciudad buscara la guerra, el pacto estaba firmado para que los dejaran vivir en tranquilos.

Samuel había cumplido catorce años. Durante este tiempo Rubén no se separó de él. Le enseñaba cada mañana al amanecer en las altas colinas, la lucha que conlleva un gladiador frente a hombres duros y fuertes. Samuel había heredado el físico de Rut, y sus ojos color violeta, su sencillez, su humildad y su ternura. Con estas tres cualidades sería más tarde un rey justo y bueno. De Rubén había sacado el carácter firme y fuerte, también su corpulencia y sus cabellos negros y rizados, y de piel bronceada.

La Ciudad Dorada se había poblado más, las casas que se estaban construyendo sobre las montañas daban crédito a la gran población que había. Gente de muchos sitios iban a quedarse a vivir allí. Cada día llegaban gentes de otros sitios

con la intención de visitar la Ciudad Dorada y, quedaban encantados del modo de vida que había, de gentes buenas y cariñosas, todos los visitantes eran bien elegidos. También se había construido dos grandes albergues para que los viajeros pudiesen descansar de sus largos viajes. Estos albergues disponían de cocinas para que los viajeros se hicieran la comida, también de veinte habitaciones cada albergue, grandes y espaciosas, y cuatro camas sencillas para una familia, también para individuales que fueran en grupo. El coste de la estancia era simbólico, cada familia o grupo dejaban en la habitación, la parte que podían, no había un precio fijado. Como también había bastante gente que se quedaban para varios días, ayudaban por cuenta propia en las tareas del campo. Entre toda la gente que había llegado a lo largo de los años, habían construido dos norias para el regadío de los huertos y de los árboles frutales.

Habían hecho un consenso entre los hombres más ancianos de la Ciudad Dorada. Balac era uno de ellos y también Rubén. Cogían entre todos las determinaciones para que la Ciudad Dorada y sus habitantes vivieran mejor y sin problemas.

Samuel alcanzó la edad de dieciséis años. Era un muchacho alto, fuerte y además guapo. A esa edad sabía luchar y conocía los métodos que Rubén

su padre le había enseñado. Lo estaba preparando para cuando fuera rey. Dios era quién tenía la última palabra, y quién decidiría el día que Samuel fuera rey de la Ciudad Dorada.

Una vez al año hacían en el templo y fuera, porque dentro no cabían todos, una fiesta a Dios. Les daban las gracias por los frutos recogidos durante todo el año, también, por la salud y paz obtenida. Adornaban el templo con ramas de olivo, con palmeras, con ramas largas de laurel. Con esbeltos gladiolos rojos y blancos, también con los inconfundibles nardos blancos por su delicado aroma. Las rosas de todos los colores engalanaban el espacioso templo. Encima del altar eran depositados brazados de espigas de trigo enredados entre hermosas y brillantes amapolas. Hacían un camino de flores que salía del templo y bajaba la gran montaña y terminaba en la falda. Todos los habitantes de la Ciudad Dorada y los visitantes de ese día, salían en peregrinación al templo, todos podían entrar cuando otros iban saliendo. También tenían acceso animales, quién tenía un animal de compañía los acompañaban. Era lo que se puede decir el paraíso terrenal.

Este día era cuando hacían sonar las siete trompetas, unas notas gloriosas salían de cada trompeta, indicando que era el día de Dios. Los cánticos de la gente se esparcían por las alturas de las colinas y hasta el cielo llegaban.

Este día el templo estaba repleto de gente, no cabía ni un alfiler. El acto lo presidía Balac y, los demás sacerdotes y sacerdotisas. Rubén era el que se encargaba de todos los detalles, también del orden de personas que podían entrar.

El acto iba por la mitad, y de pronto se oyó la voz de Dios estremecer toda la gran montaña, hasta bajo. Dios Habló de este modo diciendo.

- ¡Yo Soy Dios, Todopoderoso! ¡A ti Samuel, hijo de Rubén y de Rut! Te hago rey por todos los siglos, de la Ciudad Dorada. Tú descendencia será grande y fuerte. Jamás olvides que Yo Soy Dios y hago de ti, un rey. Cumple con los mandatos a los cuales un rey se tiene que someter, y de esa manera verás crecer tu generación en la paz y en el amor. Yo te bendigo mandándote desde mi Reino, paz, amor y sabiduría, y la utilices para gobernar.

Un coro de cinco ángeles cantaba gloria a Dios en las alturas. Dos de los ángeles portaban en sus manos una corona de oro, y la fueron a poner en la cabeza de Samuel. Dos ángeles más llevaban en sus manos un manto verde de terciopelo, y con él, cubrieron los hombros de Samuel. El quinto ángel portaba un cetro de oro, y se lo ofreció a Samuel, él lo cogió, y al instante el coro de cinco ángeles desaparecieron. Los asistentes que eran muchos, pudieron presenciar la coronación de Samuel. Y todos gritaron.

- ¡Viva el rey! ¡Larga vida al rey de la Ciudad Dorada!

La multitud que se habían quedado fuera del templo oían vivas al rey, y también ellos lo repetían.

Todas las miradas estaban puestas en Samuel, el nuevo rey. Rubén miraba a su hijo coronado, y de la misma emoción lloraba. Y gritó.

- ¡Viva el rey de la Ciudad Dorada!

Todos gritaron.

- ¡Viva el rey!

Samuel seguía viviendo con su padre y con sus abuelos. Los habitantes de la Ciudad Dorada estaban orgullosos de tener a Samuel como rey, era todavía casi un niño, y las decisiones que fueran tomadas hasta que tuviera la mayoría de edad, las hacían Rubén y Balac, pero con Samuel delante para que aprendiera. Hacía la misma vida de antes pero sin dejar de aprender hechos que cada día sucedían en las vidas de toda la gente. Era un rey sabio que a su edad sabía aconsejar cualquier problema que le fueran a pedir para que resolviera. Dios lo había dotado de inteligencia y de mucha sabiduría, y el don del amor hacia las personas, los animales y toda la naturaleza.

Samuel tenía dos asnas, a las que les tenía mucho cariño. Todas las mañanas se las llevaba al campo para trabajar en la tierra. Una mañana a la

salida del sol, Samuel iba ayudando en el arado a las dos asnas. Dos ancianos bajaban por las colinas, y al llegar a donde estaba Samuel, lo saludaron.

- ¡Buenos días joven!

- ¡Buenos días! - Respondió Samuel - ¿Son viajeros?

- Sí, vamos de paso - Respondió uno de ellos - Hemos oído decir, que en el templo de la gran montaña, hace Dios milagros bastante a menudo.

- ¡Es cierto! - Respondió Samuel - ¿Vienen para visitarlo?

Uno de los ancianos desviándose del tema preguntó a Samuel con la vista puesta en las dos asnas.

- ¿No sería mejor para ti menos esfuerzo si en vez de dos asnas tuvieras un buey para trabajar la tierra y hacer los surcos mejor y más marcados?

Samuel miró a los dos ancianos, y luego dijo mientras que acariciaba la cabeza de los animales.

- Estas boriquillas son como mis hermanas, ellas necesitan sentirse útiles, y que alguien les ayude con el esfuerzo de la tierra. Un buey tiene mucha fuerza, y tranquilamente podría él solo desempeñar esta labor.

Ante la sorpresa de Samuel, los dos ancianos se transformaron en dos ángeles de gran belleza. Samuel hincó su rodilla derecha sobre la tierra y bajó la cabeza en señal de humildad. Los dos ángeles que vestían de blanco inmaculado, lo cogió

cada uno de un brazo, indicándole que se pusiera en pie. Uno de los ángeles dijo.

- Samuel, rey de la ciudad Dorada, nos envía el Altísimo Todopoderoso para que te probáramos, y ver cómo es tu corazón. En recompensa te traemos esta túnica de color escarlata carmesí, que llevarás siempre que tengas que dirigirte a tu pueblo.

Un ángel entregó la túnica color carmesí a Samuel, y dijo para despedirse.

- Tu fuerza y el amor que va contigo hará de ti un hombre y un rey justo.

Terminando de pronunciar estas palabras, los dos ángeles desaparecieron ante los ojos de Samuel que quedó medio hipnotizado. Cuando reaccionó creyó que había tenido un sueño, pero al mirar la túnica que prendía de sus manos, se dio cuenta de que todo había sido real.

Samuel estaba lleno de emoción, tenía que dar la noticia de lo ocurrido a su padre, y a sus abuelos. Dejó las dos boriquillas comiendo hierba, y fue para la casa.

Débora advirtió que algo bueno le había ocurrido a Samuel. Portaba la túnica abrazada y pegada a su pecho. Ella al verlo inmensamente contento y radiante de felicidad le preguntó.

- ¡Hijo del amor hermoso! ¿Qué te sucede para que traigas tanta alegría contigo?

- ¡Débora, mira el regalo que acaban de hacerme dos ángeles! - Dijo Samuel dirigiéndose a su abuela, el la llamaba por su nombre, y a su abuelo también, e

igual a su padre - Es una túnica para que me la ponga cuando me dirija a los habitantes de la Ciudad Dorada.

Débora cogió la túnica por los hombros y la estuvo mirando, luego la colocó delante de Samuel y dijo.

- Estarás maravillosamente guapo con ella puesta.
- ¿Dónde están Rubén y Balac? - Preguntó Samuel.
- Han subido al templo - Dijo Débora - Iban a darle gracias a Dios por todo lo bueno que hemos recibido de él.

Gris no había acompañado a Rubén esta vez, se hallaba sentado en el fondo del jardín. Se puso en pie, y sin desviar la vista de Samuel, se fue aproximando, cuando estaba delante dobló las rodillas, haciendo una reverencia a Samuel y a la túnica, luego se puso derecho y acercó su cara a la túnica, la olió, y seguidamente se colocó a la derecha de Samuel. Débora miraba con espanto y al mismo tiempo maravillada de poder ser testigo de ese prodigio. Con Samuel sucedía lo mismo, tenía los ojos como platos de la emoción. Era la primera vez que Gris adoptaba esa posición con él. Y dirigiéndose a Gris le dijo.

- Es Rubén tu amo ¿Por qué no estás con él?

Gris como respuesta bostezó, y siguió sentado junto a Samuel. Débora intervino para decir.

- Si Gris se ha quedado aquí es porque Rubén así lo ha querido, acepta lo que viene por orden de Dios.

Balac y Rubén hacía su presencia en la estancia. Al enterarse por boca de Samuel lo ocurrido con los dos ángeles, iniciaron para el día siguiente un encuentro con los sacerdotes y sacerdotisas en el templo.

A la mañana siguiente todos se habían reunido en el templo. Los habitantes de la Ciudad Dorada ocupaban la gran montaña, esperando ver a su rey vistiendo la túnica ofrecida por los dos ángeles.

Samuel salió del templo acompañado de Rubén y de Balac, de los sacerdotes y sacerdotisas. Estaba guapo vestido de carmesí, el color del amor. Los habitantes que lo querían como a un hijo, tenían los ojos húmedos, y deseaban que llegara el día que los mandara en la Ciudad Dorada.

Balac extendió las manos para pedir silencio, y rápidamente se hizo, sólo se oía el aire silbar cerca de ellos. Balac dirigiéndose a todos dijo.
- Samuel nuestro rey necesita un Palacio, y entre todos lo vamos a construir.

Un hombre de la gran muchedumbre gritó diciendo.

- ¡Desde luego, un palacio para nuestro rey!

- ¡Sí! ¡Sí! ¡Un Palacio para Samuel! - Repitieron muchos.

En la gran montaña no lejos del templo se empezó a construir el Palacio. Todos los que podían participaban, incluyendo también mujeres.

Traían todo el material de la ciudad donde José se había criado. El rey era ya anciano pero no olvidaba el cariño que sentía hacia Rubén, y les proporcionó por un precio módico todo el material necesario.

Muchos eran los que colaboraban a que el Palacio estuviese pronto edificado, trabajaban con alegría, siempre había una canción que cantaban mientras que colocaban ladrillos y baldosas.

Un año tardaron para construir el Palacio. La arquitectura era rústica y sencilla. Como Samuel sólo tenía diecisiete años, se trasladó a vivir con él, Rubén y Gris. Balac y Débora siguieron viviendo en su casa a pesar de lo mayores que eran.

En la ciudad habían mocitas casaderas. Pero ninguna se hacía ilusiones de poder conquistar el corazón del joven rey. Sabían que la joven que eligiera, tenía que ser una enviada y hacer el camino de Dios junto a Samuel. Al igual que Dios lo coronó estando todos presentes, también elegiría a la mujer que compartiría con él su vida.

Rubén no se separaba de Samuel, iban juntos a todos sitios acompañados de Gris. Desde que Samuel había sido coronado por Dios, la responsabilidad de Rubén había aumentado, y de esa manera estuvo hasta que Samuel cumplió veinte años de edad.

Era un hombre alto, fuerte y de gran musculatura, tenía la fuerza de Rubén cuando era joven, y su carácter.

Mara con una gran belleza exquisita, de cabellos negros, tez dorada y ojos azul cielo, pensaba día y noche en Samuel, sus sentimientos limpios y puros hacia él, su corazón sufría porque Samuel no se había fijado en ella. Sus padres padecían al verla, pues cada noche se sentaba en el jardín de su casa y hablaba con las estrellas, les contaba el amor que sentía por el joven rey. Ella ausente de que sus padres no la oían, se declaraba a las estrellas como si tuviera a Samuel delante. Sus padres estaban tristes pero ocultaban su pena a Mara. Una noche después de que Mara se declarara a Samuel mirando las estrellas, sus padres cogieron una decisión y al día siguiente fue el padre a hablar con Rubén y decirle lo que ocurría con su hija menor Mara.

Rubén sonreía mientras que escuchaba con suma atención el relato del padre de Mara. Conocía a la bella joven de asistir al templo acompañada por sus padres. Era realmente delicada, aparte de su belleza tenía un cuerpo bonito y elegante. Era preciso que hablara con Samuel, era él quien decidiera sobre su destino.

Entre Rubén y el padre de Mara decidieron hacer un encuentro casual entre la joven pareja.

La primavera estaba llegando a su fin. En la Ciudad Dorada en esa época del año tejían las mocitas sus propias telas y se hacían vestidos. Mara se tejió y se hizo uno de color azul cielo, haciendo juego con sus ojos.

Era por la tarde y con un tiempo espléndido, el sol había pasado por el otro lado del horizonte. A los alrededores de Palacio había jardines y bancos para sentarse. Los habitantes de la Ciudad Dorada tenían acceso a los jardines para pasear y descansar en un banco si lo deseaban. Fue en uno de estos jardines que Rubén y el padre de Mara habían concertado para que se produjera el encuentro de sus hijos.

Mara y sus padres paseaban, por los floreados jardines. Ella no era consciente del encuentro que pronto se iba a producir con el hombre de quien estaba enamorada. No lejos de ellos también paseaban Rubén y Samuel, también él desconocía lo que muy pronto iba a producirse.

Samuel hablaba con Rubén de los nuevos proyectos que tenía en mente. Mara y sus padres iban aproximándose a ellos. Al llegar frente unos de otros, se detuvieron y se saludaron. Samuel no se dio cuenta a quién saludó, puesto que sus ojos se clavaron en los de Mara. Ella tímidamente agachó la mirada, su cuerpo estaba temblando de verse frente a Samuel, ninguna palabra salía de su garganta. Fue su madre que cogiéndola de la barbilla le levantó la cara al tiempo que le decía.

- ¡Hija! Saluda a nuestro rey.

Mara miró a Samuel y le sonrió, procuró disimular su nerviosismo, pero Samuel era lo bastante inteligente cómo para que pasara eso por alto. Él al instante de ver a Mara quedó prendado de ella. Su corazón lo ocupaba de una bella flor con forma humana y que tenía delante sonriéndole.

El encuentro duró pocos minutos, pero los suficientes para que Samuel pensara en Mara.

En Palacio, Rubén no mencionó a Samuel el encuentro con Mara. Esperaba que fuera él quien dijera algo. Si elegía una mujer por esposa, quería que lo hiciera por amor, como a él, le sucedió con Rut, que la amó hasta el final de sus días, y aún seguía amándola hasta la eternidad.

Hacía una semana que Samuel y Mara se encontraron. Una noche, sentados en el jardín de Palacio, Samuel dijo a Rubén.

- Ha llegado la hora de que elija una esposa.

Rubén al escuchar decir esto, descartó de su mente la silueta encantadora de Mara, y le preguntó.

- ¿Amas a la mujer que quieres hacer tú esposa?

- Sí - Respondió Samuel muy seguro - Los dos nos amamos.

- ¿Quién es esa joven tan afortunada?

Samuel sin dejar de mirar a Rubén y sonriéndole le respondió.

- Mara la hija de Ocrán. Es la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida ¿No era esto lo que tu y sus padres buscabais?

Rubén quedó sorprendido, y le preguntó.

- ¿Cómo lo sabías?

- No era difícil de comprender. Tanto Mara como yo estábamos sorprendido, los únicos que estabais bien erais los padres.

Rubén intervino rápidamente diciendo.

- ¡Samuel! No tienes que casarte con ella si no la amas.

- ¡Rubén! Quiero casarme con Mara. Hace tiempo que la veo subir al templo acompañada de sus padres y hermanos, y desde el primer día que la vi, mi corazón se llenó de amor hacia ella.

Rubén se confesó diciendo.

- Samuel es cierto lo que dices. Ocrán y yo preparamos el encuentro que tuvo lugar en los jardines de Palacio para que Mara y tú os encontrarais.

Rubén se quedó aún más sorprendido cuando oyó a Samuel que le decía.

- Fija con Ocrán la fecha de la boda.

- ¿Estás decidido a casarte con Mara?

- Sí ¿Te extraña? - Contestó Samuel.

- Sí y no. Creía que esperarías a que pasara algo más de tiempo para conoceros.

- ¿Cuánto tiempo esperaste tú para casarte con mi madre? ¿Una semana? ¿Quizás dos?

Por las mejillas de Rubén resbalaron dos lágrimas. Samuel se compadeció de ver a su padre llorar, y con compasión dijo.

- ¡No pretendía arrancar la pena de tu corazón!

- No has hecho tal cosa - Contestó Rubén - Han sido los recuerdos que viven en mi y que han salido hacia fuera. Y deseo para ti, un amor tan inmenso al que tu madre y yo vivimos.

Samuel miraba fijamente a Rubén, y con algo de nostalgia, le dijo

- Hay veces que veo a mi madre, pero no en espíritu, es una imagen que se coloca frente a mí, y que yo trato de recordar por las veces que me has hablado de ella. De su belleza, sencillez y ternura, hago el conjunto de estas tres hermosas cualidades y saco su retrato.

Rubén llevó su mano derecha a la mejilla de Samuel, y lentamente lo estuvo acariciando. Luego le dijo.

- Son muchas veces las que te he hablado de ella. Cuando eras un niño el parecido que tenías con tu madre era mucho. Yo no me cansaba de cogerte en mis brazos y de besar tu carita de manzana. El parecido que te unía a ella era grande, después, con los años, tu físico ha ido cambiando hasta que te has hecho un hombre.

- ¿Ya no me parezco a ella? - Preguntó Samuel algo decepcionado.

- ¡Sí hijo! Sigues pareciéndote mucho, pero con los rasgos de un hombre.

Samuel asintió satisfecho.

Entre Rubén y Ocrán fijaron la fecha de la boda. Las muchachas de la Ciudad Dorada las que pretendían llegar al corazón de Samuel, al enterarse de que muy pronto Samuel y Mara iban a contraer matrimonio, estaban algo tristes de no haber sido una de ellas la elegida, pero en el fondo se alegraban y le deseaban a la joven pareja mucha felicidad.

El día tan esperado llegó. El templo estaba dispuesto para una gran ceremonia. Las siete trompetas empezaron a oírse desde por la mañana anunciando el enlace del joven rey. Todos los habitantes de la Ciudad Dorada estaban invitados a la boda, y se confeccionaron trajes para la ceremonia.

Mara lucía una túnica blanca de hilo fino, y en su mano izquierda sostenía una rama de girasol, con la flor grande y las hojas bien extendidas. Representaba al sol y al giro que hace sobre la tierra, también la cosecha, la abundancia y el esfuerzo. El tocado que llevaba en la cabeza era digno de una reina, el cabello recogido y entrenzado con perlas recogía alrededor de su cabeza dejando libre su esbelto cuello. Los pies estaban desnudos, digno de una diosa.

Samuel estaba encandilado ante tanta belleza, pero él, no era para menos. También vestía con túnica blanca, los cabellos negros y rizados hacían de su rostro un hombre de gran belleza. Él también iba descalzo, como van los dioses por caminos y montañas.

El templo estaba abarrotado de gente, y todos los que no cabían se quedaron alrededor de la gran montaña.

Rubén se encontraba entre los sacerdotes a la izquierda del altar, a la derecha se hallaban las sacerdotisas, todos serían testigos del enlace matrimonial.

Balac y Débora eran ancianos, y los tuvieron que ayudar a subir la gran montaña, no querían perderse un día tan especial como era ver casado al único nieto que tenían. Por supuesto, tampoco faltó Gris, que también tenía muchos años, y le quedaba poco de vida.

La ceremonia transcurrió como todas, y seguidamente después de declarar su amor el esposo a la esposa y luego ella a él, los sacerdotes y sacerdotisas los daban por casados.

A la salida del templo toda la multitud estaban esperando a los recién casados para felicitarlos al mismo tiempo que las siete trompetas hacían sus notas musicales.

En los jardines de Palacio se ofreció comida y bebida para todos los habitantes de la Ciudad Dorada.

Samuel y Mara vivían felizmente en Palacio, eran un matrimonio enamorado y con deseos de tener descendencia. Las chicas de la Ciudad Dorada iban a pasear por las tardes a los jardines de Palacio, con la intervención de encontrarse con Mara la joven reina, de poder hablar

con ella. Pensaban, que haciendo encuentros con ella y saludarla, les daría suerte para encontrar un buen esposo. Mara siempre que alguna joven la saludaba, ella correspondía con elegancia al saludo y les deseaba mucha dicha, la misma que ella tenía, que al cuarto mes de embarazo se encontraba muy bien y con deseos de conocer al hijo o hija que llevaba en su vientre.

Samuel pasaba la mitad del día con Rubén, entre los dos llevaban los asuntos de Palacio que cada vez eran más. Gris acompañaba a Mara a todos lados dentro de Palacio que era donde más tiempo pasaba.

A los nueve meses de gestación, Mara dio a luz a una niña. Le pusieron de nombre Rut en honor a su abuela la mujer de Rubén. La pequeña Rut había heredado la belleza de su madre, era exquisita, risueña y de grandes ojos azules, pero su salud era delicada. Mara tenía que tener con ella, mucho cuidado de que no cogiera frío y de que su alimentación fuera equilibrada, porque al menor descuido, la salud de Rut se ponía en peligro, y rápidamente había que recurrir a los conocimientos herbolarios de Rubén, para que fuera a buscar a las colinas la hierba adecuada para la dolencia que padecía.

Tres años más tarde, Mara dio a luz a un niño muy hermoso, era idéntico a Samuel su padre. Le pusieron de nombre Ocrán como el abuelo materno.

Samuel y Mara eran muy felices, el amor que sentía uno por el otro, y aún más dichosos de ver a su hijo e hija crecer a pesar del cuidado que Mara debía tener con la salud frágil de Rut, que a la menor cosa o cambio de tiempo, la niña empeoraba, y muchas veces tenía que guardar cama, debido a la fiebre alta que no se iba. Todo era cuestión de uno o dos días, Rut pronto se reponía de las recaídas.

La Ciudad Dorada era lo más parecido a un paraíso. Los habitantes eran felices viviendo en esta ciudad. Cada uno tenía su casa, sus tierras y sus animales, y el trabajo de ellos era de cultivarlo todo.

Un día llegó a la ciudad un joven apuesto. Lo primero que hizo fue ir a Palacio y presentarse al rey.

Samuel lo recibió como a otro habitante más, y le preguntó.

- ¿Cómo te llamas?

- Darío - Respondió el joven.

- ¿Qué es lo que te trae a la Ciudad Dorada?

- Mis deseos son los de quedarme a vivir aquí, y de trabajar en estas tierras.

Samuel afirmó al tiempo que sonreía, y dijo.

- Estas tierras son extraordinarias, y todos los que pasan por aquí se quedan a vivir para siempre.

- En otras ciudades se habla muy bien de esta ciudad.

- Si te quedas a trabajar aquí, salario no se te podrá dar puesto que cada familia comen de lo que les da sus tierras - Especificó Samuel para que Darío eligiera.

- No busco que me paguen por mi trabajo, sólo quiero tener un lugar para dormir y comer - Dijo Darío.

- Esta bien - Contestó Samuel - Voy a enviarte a casa de una familia que poseen más tierras por ser cinco de familia, son justos y te darán lo adecuado.

- Acepto lo que me den - Afirmó Darío - Estoy acostumbrado a realizar las faenas del campo, y también otros menesteres.

Darío salió contento y muy animado de Palacio. Realmente Samuel era un rey justo y bueno.

Darío fue a presentarse al lugar donde laboraban la tierra, Saúl y sus tres hijos.

- Me envía el rey para que me acojas en tus tierras y en tu casa - Dijo Darío al anciano Saúl.

- ¿Dices que te manda el rey a mi? - Preguntó algo extrañado el anciano.

- ¡Así es! - Contestó Darío - ¡Dime qué trabajo tengo que hacer!

Los hijos de Saúl intervinieron, y dijo el mayor a su padre para que rechazara al recién llegado.

- ¡Padre no hay trabajo para otro hombre!

- ¡No puedes aceptar que se quede! - Sugirió el mediano de los hijos.

El tercero y más pequeño de ellos no habló, sólo miró a su anciano padre y negó.

Darío advirtió que no era bien recibido en esa familia, y que iba a tener problemas con los tres hijos, y decidió marcharse sin mediar palabra.

Saúl lo retuvo cogiéndolo por la muñeca, y dirigiéndose a sus tres vástagos les dijo.

- ¡La voluntad del rey es de que se quede con nosotros, y la cumpliremos!

Los hijos no respondieron y siguieron trabajando.

Saúl soltó la muñeca del joven, y seguidamente le preguntó.

- ¿Conoces el trabajo de la tierra?

- Sí. También se hacer cestas de mimbre, y cántaros de arcilla.

- ¡Muchacho cómo te llamas! - Le preguntó Saúl.

- Darío.

- Coge el pico que estoy utilizando y continúa tú, ya soy viejo para este trabajo. Te quedarás trabajando las tierras con mis tres hijos, dijo Saúl.

Él sitio que le ofrecieron a Darío para dormir en casa del viejo Saúl, era una tarima de madera, y la comida abundante al igual que todos.

Gris había alcanzado llegar a 24 años al lado de Rubén, dormía en el dormitorio con él, y una mañana al despertarse Rubén bajó de la cama y se acercó a Gris para acariciarlo como hacía cada mañana, y notó que no se movía, y cuando lo miró bien comprobó que había muerto. A Rubén no le cogió por sorpresa puesto que hacía tiempo que Gris no le acompañaba a sus paseos por las colinas.

Rubén quiso que Gris fuera enterrado en uno de los jardines de Palacio y junto a un grueso árbol, cavó el mismo la fosa, y dentro lo depositó derramando lágrimas que enternecieron toda la existencia de sus días al lado de ese animal tan amado como había sido para él y para todos.

Samuel preparaba a su hijo Ocrán para que un día fuera rey, puesto que había cumplido catorce años de edad. Era un muchacho fuerte y valeroso, con gran parecido a Samuel, le enseñaba todo lo que aprendió de Rubén, para mantener el coraje y el valor en cualquier circunstancia que se encontrara en la vida.

Rut había cumplido diecisiete años, era una muchacha encantadora, con gran parecido a Mara, su

madre. La fragilidad en ella la seguía, su salud con sus altos y sus bajos, pero seguidamente se reponía.

Rut había visto en dos ocasiones a Darío, ella se había enamorado de ese hombre alto y bien formado, de tez morena, cabellos negros y largos y de ojos grandes y negros, de pestañas largas y onduladas.

Hacía varios años que Darío había llegado a la Ciudad Dorada. Seguía trabajando para Saúl y su familia, pero pronto murió el anciano y su esposa. Los tres hijos después de la muerte de sus padres no quisieron dejar a Darío que trabajara sus tierras, por el temor de que les pidiera su parte de terreno, y hablaron con él. El mayor de los hermanos dijo.

- He decidido con mis hermanos de no darte más trabajo en nuestras tierras, pero puedes seguir viviendo en nuestra casa.

Darío que era un bendito de Dios, no dijo nada, y siguió trabajando en la puerta de la casa haciendo cestas de mimbre y cántaros de arcilla.

Llegó a los oídos del rey lo ocurrido entre Darío y los tres hermanos. Samuel los llamó para que se presentaran en Palacio. Cuando los tuvo frente a él, les preguntó.

- ¿Por qué no aceptáis que Darío trabaje con vosotros?

El mayor de los hermanos que era el que llevaba la voz cantante, respondió.

- Esas tierras son nuestras, y si Darío trabaja en ellas tendremos que darle una parte proporcional, y eso es a lo que nos negamos a hacer.

- ¿Cuántos años hace que Darío trabaja para vosotros?

Los tres hermanos se sorprendieron al oír al rey preguntarles esto, y tardaron unos instantes en responderle. El mediano de los hermanos se adelantó diciendo.

- No lo sabemos con exactitud, pero creo que ocho o diez años.

- ¿Qué salario ha recibido Darío por trabajar vuestras tierras?

- El trato que nuestro padre hizo con él, no le permitía salario alguno, sólo, se le daría comida y cobijo.

Samuel guardó silencio, y dio unos pasos por la instancia. Se dio la vuelta y miró a los tres hermanos y luego les pregunto.

- ¿Por qué decís que esas tierras son vuestras?

Los tres quedaron pasmados ante esta pregunta, fue el mayor que respondió.

- Tu abuelo Ocrán se las ofreció a mis padres al venirse vivir aquí. Mis dos hermanos y yo nacimos aquí, no conocemos otras tierras que estas.

Samuel señalando a los tres con el dedo les dijo.

- Eso no quiere decir que esas tierras os pertenezcan, ¿Habéis pagado por ellas?

- No - Respondió el mayor de los tres - Pero hemos dejado nuestro esfuerzo y nuestra sudor en las tierras que a mis padres le ofrecieron.

- Darío lleva años trabajando con vosotros, y no ha recibido nada ¿Creéis que es justo?

Los tres hermanos se encogieron de hombros.

Samuel siguió diciendo.

- ¡Darío merece también ser recompensado!

- ¡Él es forastero y no sabemos de dónde viene!-

Replicó el mayor de los hermanos ¡Tampoco habla de quién son sus padre, ni de la tierra en que nació!

- ¡Yo conozco el proceder de Darío! - Dijo Samuel.

- ¿Lo conoces y no lo has dicho?

- ¿Es necesario que lo sepáis?

- ¿Quién es Darío? - Preguntó el mayor de los tres.

Samuel hizo una pausa y luego dijo.

- Darío es el pan de cada día, es la bondad perfecta. No importa que no haya nacido aquí o entro lugar, lo que realmente importa es que es, hijo de la tierra.

- ¡Sabemos que es hijo de la tierra, también lo somos todos! - Contestó el mayor de los tres - Pero no sabemos de que mujer ha nacido.

Samuel que era pacífico y no acostumbraba a enfadarse, esta vez sucedió. Y elevando la voz dijo.

- ¡No merecéis de que esté viviendo con vosotros! Él es la flor y el grano de trigo, mientras que vosotros sois las ortigas que se enredan en la buena

hierba, y hay que cortarlas de raíz para que no sigan haciendo daño.

Los tres hermanos jamás habían visto al rey enfadado de esa manera. Los tres estaban atemorizados, y decidieron marcharse. El rey los detuvo diciéndoles.

- ¡De las tierras que tenéis hacer cuatro partes, una de ellas se la entregáis a Darío porque se lo ha ganado trabajando todos estos años!

Los tres hermanos cedieron ante la furia de Samuel, cogieron miedo de que les quitara a ellos las tierras que les habían sido otorgadas a sus padres.

Se fueron de Palacio muy enfadados en secreto. Y cuando llegaron a su casa, encontraron en la puerta sentado, en el escalón a Darío haciendo cestas. Al pasar por su lado le echaron una mirada de curiosidad ¿Quién debía ser?

Esa misma noche los tres hermanos hicieron la repartición que Samuel les había pedido para darle una a Darío. Y decidieron de darle la parcela que estaba a los pies de la gran montaña. Ese lado daba menos frutos, pero Darío podía construirse una casa.

A la mañana siguiente los tres hermanos cogieron a Darío para decirle que le entregaban una parte de sus tierras para que se las quedara.

- ¡Te regalamos la parcela que está junto a la montaña!

Darío manifestó la alegría con una sonrisa, pero, no dijo nada. Los tres hermanos se ofendieron ante este gesto y el mediano dijo con enfado.

- ¿Es de esta manera como nos agradeces la tierra que te hemos regalado?

Darío sin perder la sonrisa le respondió.

- No me habéis regalado nada. ¿Pagasteis vosotros algo por obtenerlas? Es el altísimo quien ha intervenido para que me la deis, puesto que la tierra es de todos.

Los tres hermanos se miraron sin apenas comprender las palabras de Darío. El mayo le pregunto.

- ¿De donde eres?

- Soy de todos los lugares y naciones.

El más pequeño de los hermanos que no había abierto la boca para dirigirse a Darío, le preguntó para humillarlo.

- ¿Por qué hablas de esa manera? Apenas entendemos tu lenguaje ¿Habláis así los que sólo sabéis hacer cestas, cántaros y no sabéis trabajar las tierras?

Los otros dos hermanos se rieron ante esta humillación del más pequeño hacia Darío. Darío agachó la cabeza y respondió.

- Tienes razón, no se hacer nada, sólo cestas y cántaros de arcilla.

Los tres hermanos se miraron extrañados ante la respuesta de Darío. De antemano sabían que Darío había demostrado en vida del padre saber

trabajar perfectamente la tierra, incluso, habían aprendido reglas de él, que ellos no sabían.

Darío se fue a vivir a la parcela que los tres hermanos le dieron. Poco a poco iba construyéndose su casa. Con el poco dinero que le daban con las cestas y cántaros que hacía, iba comprando cemento y ladrillos. Esta parcela también le daba para un huerto donde había sembrado hortalizas para su consumo.

Todas la tardes, subía a la gran montaña y entraba en el templo para orar, y alguna de esas veces se encontraba con Rut, acompañada de su madre Mara.

Los habitantes de Ciudad Dorada, los últimos que iban naciendo estaban perdiendo las reglas de vida de sus antepasados, de sus padres, abuelos y tatarabuelos. Rubén y Samuel hacía un tiempo que se habían dado cuenta de este cambio de la juventud.

Tanto Rubén como Samuel la desconformidad que tenían era grande y querían acabar con esos sentimientos de jóvenes desgarradores que sólo buscaban el lucro para ellos mismos. Si no lo cortaban de inmediato la Ciudad Dorada pronto estaría contaminada por el egoísmo y malas acciones.

Entre Rubén y Samuel estudiaron la estrategia para acabar con toda esa ruina espiritual que empezaba a azotar la Ciudad Dorada.

Las tierras empezaron de nuevo a distribuirse y quién tenía más de una o dos parcelas, se las quitaban, y las daban, a quién apenas tenían. Esto hizo que la juventud se sublevara contra el rey y su padre.

Samuel puso un estatuto. Todos los habitantes tenían que cumplir y obedecer la ley puesta. Cada familia y los hijos que tuvieran, tenían que ir a inscribirse a Palacio, y decir las casas y tierras que poseían. La familia que tenía más tierra de lo permitido, se le retiraba la parte que no les era necesaria, y se le cedía a gente nueva que llegaba a la Ciudad Dorada a vivir. Los pozos de agua y albercas construidas para el consumo de agua y regadío, también habían sido verificados, para que todos se pudieran beneficiar.

La gente mayor esta ley la creyeron justa, pero había algunos jóvenes que se manifestaron gritando a la puerta de Palacio su disconformidad.

En vista de lo ocurrido, Samuel puso otra ley a cumplir, que se trataba de enseñar a los jóvenes varones como hembras a defender la Ciudad Dorada y sus habitantes. Muchos chicos y chicas se apuntaron. Entre Rubén, Samuel y su hijo Ocrán, enseñaban a toda la juventud que se apuntó, para enseñarles las artes de defensa que ellos sabían.

Cuando los jóvenes aprendieron las artes secretas, se pusieron a trabajar por toda la ciudad, que se había hecho grande en habitantes. Estos jóvenes, que todavía no tenía nombre del trabajo que realizaban se paseaban por la ciudad para mantener el orden. Cobraban un pequeño salario que salían de las arcas de Palacio, de todos los habitantes. Ninguna familia podía comerse al año los frutos que las tierras le daban, ni tampoco el queso que hacían de las cabras y ovejas. Vendían mucho a las otras ciudades, y de este recaudo iba una parte para las arcas de Palacio, que también, habían creado escuelas y parques para que los niños jugaran.

Darío subía todas las tardes al anochecer al templo, y muchas noches las pasaba dentro en meditación. Algunos curiosos que lo vieron salir al amanecer fueron a contárselo al rey, diciéndole lo extraño que era ese forastero.

Samuel mandó un mensajero a Darío, para decirle que quería hablar con él, y se presentara en Palacio. Al día siguiente Darío entró en Palacio donde el rey lo estaba esperando. Samuel al verlo, lo recibió con un abrazo. Se sentaron uno frente al otro, los dos se miraron fijamente. Samuel le preguntó.

- ¿Estás bien en donde vives?

- Muy bien - Respondió Darío. Te doy las gracias por haberme dado esa parcela. Soy feliz viviendo ahí.

- Te mereces mucho más - Dijo Samuel - Sé de donde procedes y quién eres.

- ¿De veras sabes quién soy? - Preguntó Darío con una sonrisa.

- Te vi. en una visión que tuve, y oí la voz de Dios que me dijo.

- Trátalo bien, porque es especial - Alguien te ha visto entrar al anochecer al templo y salir al amanecer. Tienen algo de reparo contigo porque eres diferente a los demás. Pero yo sé que eres un Iniciado.

- Es cierto lo que dices, pero soy Iniciado por segunda vez.

- ¿Puedes hablarme de la primera? - Le sugirió Samuel.

- ¿Has oído hablar de José?

- Samuel pensó unos instantes y luego dijo poniéndose en pie - ¿Estás refiriendo a nuestro padre y fundador de la Ciudad Dorada?

Darío también se había levantado de su asiento y con los brazos abiertos para recibir a Samuel dijo.

- ¡Exactamente, Yo soy José!

Samuel y Darío se dieron un abrazo.

Al salir Darío de Palacio acompañado de Samuel se encontraron con Rut que estaba sentada en un banco del jardín. Ella que hacía tiempo estaba

enamorada de Darío, no escondió su mirada ante su presencia. Samuel que ignoraba esto de Rut, pasó a presentárselo. Darío dijo.

- Tienes una hija muy bella. Hace tiempo le he visto acompañada de su madre, que también es otra belleza. Eres un hombre con suerte.

Samuel y Darío se despidieron, y quedaron en el jardín Samuel y Rut. Samuel había advertido el modo de mirar su hija a Darío, y pasó a preguntarle.

- Hija ¿Amas a Darío?

Por las mejillas de Rut resbalaron dos lágrimas.

- ¡Si lo amas! - Dijo Samuel - ¿Cuánto tiempo hace que estás enamorada de él?

- ¡Bastante! Y no deseo más en la vida que ser su esposa.

- ¿Estás segura de lo que dices?

- ¡Sí padre! ¿Dónde vive? - Preguntó Rut.

- Tiene un solar, y una pequeña casa que se ha construido a los pies de la gran montaña.

Mara iba acercándose a ellos, y cuando estuvo delante, Samuel le preguntó.

- ¿Querida estás al corriente de los sentimientos de Rut hacia Darío, el que acaba de construir su casa cerca de la montaña?

A Mara le cogió por sorpresa la pregunta, y buscando unos instantes en quién podría ser, dijo.

- ¡No sé nada sobre el asunto! ¿Rut se ha enamorado?

Rut miró a sus padres y les dijo.

- Sé que buscáis mi felicidad, y la encontraré al lado de Darío.

Cuando Samuel escuchó esto, no medió más palabras, y entró en Palacio para atender a sus deberes.

Rubén cada mañana iba a casa de sus padres para ver cómo se encontraban, ya eran muy mayores, y de salud ninguno de los dos estaban bien. Esa mañana se llevó una gran sorpresa, no los encontró desayunando como cada mañana. Puesto en lo peor se dirigió a la alcoba, y los descubrió metidos en la cama y abrazados. Los fue a separar y descubrió que habían muerto. Rubén besó la frente de los dos. Al estar recién muertos sus oídos aún oían, Rubén acercó su boca a los dos oídos de sus padres y les dijo.

- Los dos vivisteis para amaros de tal manera que habéis decidido iros juntos, tal como estáis se os enterraré. Os doy las gracias por haberme dado la vida y, de haber sido tan buenos padres conmigo. Dios omnipotente estará esperándoos, para que residáis en una de sus moradas.

Rubén salió de la casa, y se dirigió a Palacio para dar la noticia, y de ahí, se extendiera por la Ciudad Dorada.

Los habitantes lloraron la muerte de Balac y de Débora, pues, también habían sido los pioneros en levantar la Ciudad y el templo seguidamente de José.

Había transcurrido un mes de que fueran enterrados los padres de Rubén, y todo volvió a la normalidad.

Samuel había esperado este tiempo para hablar con Darío en relación a Rut. Deseaba su felicidad, y al lado del hombre que ella amaba, la iba a encontrar.

Esta vez también se reunieron en Palacio. Darío sospechaba para qué había sido requerido puesto que le gustaba Rut, él no tenía nada que ofrecerle, sino su amor. Vivía en una casa humilde y sin comodidades, Rut sin embargo era la hija del rey, y en Palacio de nada de faltaba.

Samuel recibió a Darío en su despacho personal. Sentados frente uno del otro Samuel le dijo - De quién te quiero hablar es de mi hija Rut. Ella es transparente como el cristal, delicada y exquisita como el rocío de la mañana ¿Sabías que ella te ama?

Darío asintió, y luego respondió.

- También yo la amo a ella, pero, es una princesa auténtica, hija de un rey elegido y coronado por Dios. Yo no poseo bienes, ni una casa con comodidades. Esa es la razón por la que estoy siempre en silencio y no le declaro mi amor.

- ¿Conoces la delicada salud de Rut? - Dijo Samuel.

- No estoy al corriente, pero su dulce y suave silueta delata algo de esto.

Samuel estaba seguro de que Rut sería feliz junto a Darío. Ella tenía razón y el corazón no la engañaba al querer contraer matrimonio con él.

- Estoy dispuesto a entregarte a Rut por esposa - Dijo Samuel - ¿Qué dices a esto?

- Yo la acepto - Contestó Darío - Pero recuerda no tendrá el confort que aquí tiene en Palacio.

- Pronto se anunciara los esponsales - Declaró Samuel.

El dormitorio de Rubén se había quedado en silencio y triste desde que sus padres murieron, y también Gris.

Rut iba cada noche a la alcoba de su abuelo y le hacía compañía. En el rato que estaba le hacía preguntas que a Rubén le gustaba responder por los recuerdos que le traían. Le preguntó.

- Abuelo, amaste mucho a la abuela Rut ¿No es cierto?

Rubén acarició los cabellos de su nieta recordando la caballera larga y sedosa de su esposa, y seguidamente respondió.

-¡Hija mía! El amor que yo sentía por tu abuela Rut era muy grande. Jamás pude amar a otra mujer. Su recuerdo lo sigo llevando hasta el fin de mis días, su perfume aún lo siento, y creo que eso ha sido lo que ha hecho que yo viva hasta el día de hoy.

Rut cogió la mano derecha de Rubén, la llevó a sus labios y la besó. Luego le dijo.

- ¡Abuelo! Estoy enamorada de Darío, lo amo mucho.

- Tu padre me lo ha contado todo. Estoy seguro que serás muy dichosa con él. Pero tu madre tiene miedo debido a tu salud que dos días estas bien y al siguiente has recaído.

- Cuando esté con él nada de eso me sucederá ¡Lo amo tanto!

Rubén atrajo con su mano la nuca de su nieta y besó su frente diciéndole.

- El va a cuidar de ti. Darío es un hombre maravilloso.

Esa noche Samuel subió la montaña y entró en el templo para orar. Hacía rato que estaba en meditación y una luz hizo que levantara los ojos. Vio como los sacerdotes y sacerdotisas estaban casando a Darío y a Rut, era una visión que muy pronto iba a realizarse. En esos instantes fue cuando decidió la fecha y dijo en voz alta - En quince días sucederá.

A la mañana siguiente convocó en Palacio a los más ancianos sacerdotes. Ellos no sabían cual era el motivo por lo que les habían hecho ir. Y cuando estuvieron delante de Samuel, él dijo dirigiéndose a todos.

- Os he mandado a llamar para fijar la fecha de la boda de mi nieta Rut con Darío.

Por un espacio de tiempo los sacerdotes guardaron silencio y pasado dos minutos uno de ellos dirigiéndose a Samuel le preguntó.

- ¿Darío no es el hombre solitario que vive a los pies de la montaña y que hace cestas y cántaros?

- ¡Exacto! - Respondió Samuel con el ceño fruncido.

Los ancianos se miraron sin dar crédito a lo que estaban oyendo. Samuel advirtió lo sorprendidos que se habían quedado y echándole una mirada a todos, les preguntó.

- ¿Por qué ponéis esa cara? ¿Hay algo de extraño en eso?

- Es que a Darío apenas lo conocemos, aunque haga años que vive aquí - Dijo uno de los ancianos.

Samuel paseó por el recinto, y luego se detuvo delante de los sacerdotes y les dijo.

- Sois ancianos y también sacerdotes ¿Decidme con qué ojos habéis mirado a Darío?

Los ancianos quedaron sorprendidos ante la pregunta puesta por Samuel, no comprendían que era lo que quería decir con esa observación, uno de los ancianos preguntó.

- ¿Rut ama a Darío?

- ¡En efecto lo ama! - Contestó Samuel.

El murmullo de los ancianos se hizo inevitable.

- ¡Haz que venga aquí Rut! - Inquirió uno de los ancianos.

Samuel clavó la mirada en la de los sacerdotes y algo molesto les preguntó dirigiéndose a todos.

- ¿Creéis que no estoy diciendo la verdad?

Todos clamaron a la vez.

- ¡No estamos diciendo eso! ¡Queremos oírlo decir de los labios de tu hija!

Samuel hizo que fueran a buscar a Rut. Cuando estuvo delante no sabía por lo que iba a ser interrogada.

Uno de los ancianos sacerdotes le preguntó.

- ¡Rut, hija de Samuel y de Mara! ¿Amas a Darío?

Rut miró a su padre, él le hizo un gesto con la cabeza para que respondiera a la pregunta.

- ¡Amo a Darío con toda mi alma! - Respondió Rut con la vista levantada hacia la de los sacerdotes.

Los ancianos guardaron silencio sin dejar de observarla. Uno de ellos le dijo.

- ¡Eres hija de un verdadero rey! ¿Qué es lo que has visto en Darío para que te enamores de él?

Rut no pudo más aguantar la presión y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero aún así respondió.

- En Darío he visto el amor crecer dentro de mí. La humildad que lo acompaña, la bondad reflejada en su rostro y muchas más cosas que no sé decir.

Los ancianos quedaron en silencio unos instantes, pasado este tiempo uno de ellos se dirigió a Samuel, diciéndole.

- Estamos preocupados por la felicidad de Rut. La hemos visto nacer y crecer con sus dificultades y la

queremos como hija nuestra ¿Qué has visto tu en Darío para no rechazarlo como yerno tuyo que pronto puede ser?

Samuel echo la vista por todo aquél gran recinto buscando las palabras adecuadas para identificar a Darío, cuando las encontró, fijó su mirada en los ancianos sacerdotes, y respondió.

- ¡Yo quisiera ser como es Darío, pero es imposible! ¡Soy rey y coronado por Dios, pero Darío es mucho más que yo! El reino de él, jamás tendrá fin, y reinará por los siglos de los siglos.

Al oír esto, los ancianos se quedaron mudos, no se oían ni la respiración de uno sólo. Samuel siguió diciendo.

- Este Palacio le pertenece a él. Es Darío que debería vivir dentro y reinar como rey.

Uno de los ancianos aclarando su garganta preguntó.

- ¿Por qué nos hablas de ese modo de él? ¡La razón que tienes debe de ser grande! ¿Nos lo puedes explicar para que mejor lo entendamos? Todos los habitantes de la Ciudad Dorada lo conocemos de que hace años llegó de un lugar y se quedó a vivir aquí. Cada día lo vemos sentado en la puerta de su casa haciendo cestas y cántaros que luego regala...

Samuel no dejó terminar de hablar al anciano y cortándole la palabra dijo.

- ¡En efecto! Darío siempre se dio a los demás y se conformó con lo que le daban. Rut lo ha retratado bien, él y la bondad van juntos.

Los ancianos sacerdotes se preguntaban ¿Darío quién podría ser para que Samuel lo pusiera más alto que él?

Uno de los ancianos se giró para mirar a Samuel y le preguntó.

- ¿Vas a dejarnos en la incógnita de quién es Darío?

Samuel de una mirada revisó a todos los sacerdotes y sin querer responder a la pregunta, por que no la iban a comprender, paso a decirles.

- ¡Os he hecho venir aquí para fijar la fecha del enlace de Darío y de mi hija Rut! ¡Será pasado dos sábados del mes en que estamos! Ese día tiene que estar preparado el templo para la boda. También serán invitados los habitantes de la Ciudad Dorada. Yo me ocuparé con el refuerzo que tengo de vigilancia para que nadie se salga de las normas.

Uno de los ancianos dijo con pesadumbre.

- Recuerdo en mi juventud los habitantes eran pacíficos y todos nos ayudábamos a construir nuestras casas y a labrar las tierras. Esta última generación que ha nacido es distinta y poco sociable. Aunque tengo que decir, que no toda es de esa manera.

Al día siguiente Samuel se presentó en casa de Darío para anunciarle el día que contraería matrimonio con Rut. Sólo faltaban dos semanas y en ese tiempo había muchas cosas que hacer. Prepararle a Rut todo el ajuar. Poner en orden y mejor amueblada la casa de Darío para que Rut viviera con más comodidades.

Los dos carpinteros que había en la ciudad Dorada se pusieron manos a la obra para trabajar en los muebles que Mara había encargado para su hija.

Las modistas y bordadoras también empezaron a confeccionar el vestido de novia de Rut, y varios juegos de cama y toallas. Todo tenía que estar listo en una semana y media.

Darío y Rut se veían todos los días, él era invitado todas las noches para cenar en Palacio.

El día de la boda había llegado. De buena mañana estaban entrando gente en el templo, querían ver como casaban a la hija del rey.

Los sacerdotes y sacerdotisas ocupaban cada uno su puesto. Rubén que ya tenía bastantes años también quería participar en el enlace de su

nieta, ocupando el sitio que le correspondía junto a los demás sacerdotes. Su emoción era grande y aún más cuando vio a Rut y a Darío delante del altar vestidos con túnicas escarlata. Le hizo recordar el día que se estaba casando él y Rut. Y sus ojos se bañaron de lágrimas.

La ceremonia estaba a punto de empezar. Las siete trompetas habían anunciado el nuevo enlace. Samuel al lado de Rut y Mara al lado de Darío.

Empezó a oírse música de arpa y unas notas con mucha armonía. En el templo no había tal instrumento. Y cuando los asistentes pusieron oído, comprobaron que esas notas musicales procedían del cielo. Y con esos acordes casaron a Darío y a Rut. Seguidamente se oyó una voz que todos escucharon y que dijo.

- ¡Darío mi bienamado! Ama a Rut como me amas a mí. Yo soy el Altísimo el que te habla. Rut es también la primera, y ahora es la segunda vez que viene para dar más descendencia.

Darío y Rut se miraron, ella observó a su padre que estaba a su lado. Por las mejillas de Samuel resbalaron dos lágrimas, todo no quedó ahí, Rubén que había colaborado en el casamiento de su nieta, cayó al suelo de bruces. Los demás sacerdotes corrieron para levantarlo y advirtieron que había dejado de respirar. La voz de Dios se lo llevó para que viviera en la eternidad con los demás dioses.

Samuel pidió a todos, calma y tranquilidad, y dirigiéndose a todos dijo.

- Nada ocurre porque así, todo tiene un por qué, y una explicación. Y lo que acaba de sucederle a mi padre la tiene, Dios ha venido para casar a Darío y a Rut y se ha llevado con él el alma de Rubén para que viva en el paraíso de los dioses.

Rut que siempre estaba delicada de salud, cayó enferma y desde ese día apenas salía de la casa. Darío que era un encanto de marido y de hombre, cubría de atenciones a su esposa, y cuando ella salía lo hacía con él y siempre era para ir a Palacio.

Estaban cenando Darío y Rut. Él le anunció.

- Mañana tengo que estar en la cima de la montaña a la salida del sol.

- ¿Por qué tan temprano? - Preguntó Rut.

- Anoche oí la voz de Dios y me lo pidió.

Rut se animó y dijo.

- ¡Quiero ir contigo!

Darío mirándola sorprendido respondió.

- Tú no puedes todavía subir la montaña cuando te encuentres mejor me acompañarás.

Rut no dijo nada. Terminaron de cenar y se fueron a dormir.

Todavía no había amanecido, Darío se levanto de la cama y empezó a vestirse, Rut lo

observaba, y cuando Darío estuvo vestido se acercó al rostro de Rut y besó su mejilla.

- Amor hasta luego - Le dijo Darío.

Rut cogió la mano de él y la besó - Diciéndole.

- Hasta pronto mi amor.

Darío quedó algo sorprendido por lo que dijo Rut, pero no le dio mayor importancia, y se dirigió a la puerta de la casa, la abrió, y salió, cogió el camino que conducía a la gran montaña.

Rut rápidamente se vistió y se calzó con sandalias suaves y que no presionaban sus pies, salió de la casa. El sol estaba a punto de salir por el horizonte, se encaminó hacia la montaña y la fue subiendo con esfuerzo y peligro, pero que ella no era consciente de lo que estaba haciendo. Su único deseo era encontrarse con su amado esposo y seguir juntos el sendero de Dios. Su corazón así se lo dictaba.

Hacía media hora que el sol había salido dando su resplandor en la Ciudad Dorada, que se llamó de esa manera por el color dorado que iluminaba esa tierra.

Darío esperaba en la cima de la gran montaña una señal de Dios, sentado sobre la hierba con los pies cruzados miraba al cielo y todo lo que podía alcanzar su vista esperando una señal. La noche anterior le había anunciado que estuviera allí antes de la salida del sol. Sintió que no muy lejos alguien se agotaba y respiraba con dificultad. Miró

para todos lados y su sorpresa fue enorme al descubrir unas manos finas de mujer que trataba de alcanzar la meseta de la montaña. Cuando comprobó que se trataba de Rut, corrió para ayudarla. Pronto la tuvo en sus brazos, y con ella abrazado y bastante asustado le preguntó.

- ¿Cómo has podido subir hasta aquí?

Rut no tuvo tiempo para responder, porque de inmediato, una luz blanca y brillante se puso delante de ellos, esta luz cogió forma de un bello ser que vestía con ropas largas y doradas.

Darío y Rut seguían abrazados, e iluminados por ese gran resplandor. Este bello ser se acercó a ellos, sus finas manos las colocó en cada hombro de los esposos, y luego les dijo.

- A partir de estos instantes, Rut es una mujer fuerte, y su salud será buena. Dará a luz doce hijos. Cuando sean mayores partirán a los cuatro continentes de la tierra, y serán llamados hijos de Dios. Tres irán al norte, otros tres al sur, los otros tres al este, y los restantes al oeste. Los doce irán representando a Dios. Nadie podrá nada malo contra ellos, y aunque se vean en situaciones desesperadas, Dios estará a su lado y de todo saldrán bien. Los doce hijos que nazcan de Rut, serán iniciados del Todopoderoso. Ahora os dejo y os bendigo.

Terminando de decir esto, ese bello ser desapareció.

Darío y Rut seguían abrazados, y ante tanta dicha, sus labios se besaron. Y comprendieron que

esa era la razón por la que Darío oyó la voz de Dios para que esa mañana subiera a la montaña. Y también el deseo que Rut tuvo de seguirlo.

Bajaron de la montaña cogidos de la mano igual que dos niños. Se dirigieron a Palacio para dar la noticia a los padres de Rut. Ellos manifestaron su alegría. Ese día se quedaron a comer Darío y Rut en Palacio, y se celebró que Rut estuviera curada y nunca más su frágil cuerpo sufriera de dolencias.

En la primavera nació el primero de los hijos. Le pusieron de nombre David. A los seis meses de nacer David, Rut se quedó embarazada, y nueve meses después dio a luz a otro niño, tan guapo y hermoso como el primero. De esta manera fue hasta dar a luz a sus doce hijos.

David había cumplido veinte años, y junto a sus otros dos hermanos que lo seguían, Daniel y Dionisio subían todas las mañanas al templo acompañados de su padre que desde que eran pequeños los estaba preparando para el combate más fuerte que un ser humano puede tener en la vida, llevar la palabra de Dios por los cuatro continentes. Y al mismo tiempo estar preparados físicamente para todas las adversidades con las que se iban a encontrar.

Los doce hermanos habían estado educados en el amor, primer fundamento que Darío y Rut les enseñó, y que veían cada día en ellos.

Samuel y Mara eran ya mayores, pero la salud de Samuel se había quebrado, y cada día iba empeorando más. En la juventud de su hijo Ocrán lo estuvo preparando para que un día lo reemplazara y fuera Rey de la Ciudad Dorada. Hacía poco que había contraído matrimonio con una bella y dulce joven de la Ciudad Dorada. El matrimonio se había quedado a vivir en Palacio, por deseos de Samuel y de Mara.

Samuel sufría continuamente fuertes dolores de cabeza que le impedía llevar su trabajo como rey. Los sacerdotes más ancianos le aconsejaban de dejar de ejercer de rey, y le pasara el mando y la corona a su hijo Ocrán, puesto que estaba preparado para que ocupara su lugar.

La coronación de Ocrán se celebró en el templo, se convirtió en rey de la Ciudad Dorada.

Los tres hijos mayores de Darío y de Rut una mañana se despidieron de sus padres y se fueron hacia el norte.

Rut al momento de despedirse de sus tres hijos, no podía contener las lágrimas, los besaba una y otra vez, y asumía el trabajo que Dios le había dado en la tierra.

Los tres hermanos llegaron a una gran ciudad. La gente de aquél lugar era distinta a lo que ellos estaban acostumbrados a tratar. Los nativos de esa ciudad pronto se percataron de que habían llegado tres forasteros, y que además eran algo raros en el modo en que vestían. Al enterarse el rey hizo que se presentaran ante él.

El rey observaba a los tres hermanos que eran altos, guapos y fuertes. El rey les preguntó.

- ¿Tenéis padres?

- Sí - Respondió David

- ¿Cómo se llaman? - Siguió inquiriendo el rey.

- Darío es el nombre de nuestro padre, y Rut el de nuestra madre.

El rey hizo un desplante con la mano de no entender bien. Y siguió preguntando.

- ¿Tenéis abuelos?

- Sí - contestó David.

- ¿Son conocidos? - Pregunto el rey - osea, ¿Tienen otros nombres?

- Nuestro abuelo durante muchos años, fue rey de la Ciudad Dorada - Siguió respondiendo David - Ahora es el rey nuestro tío Ocrán.

El rey sacudía la cabeza cómo si le hubiera entrado un rayo en ella, y luego dijo:

- ¡Acercaos más!

Los tres hermanos avanzaron y se quedaron a un metro de rey. Este les preguntó.

Vosotros sois nietos y sobrinos de Reyes ¿Qué hacéis en esta Ciudad hablando de Dios?

David dio la explicación, diciendo.

- Somos doce hermanos, y todos tenemos el mismo destino o deber.

¿Por qué dices eso? - Pregunto el rey.

- Antes de que mis hermanos y yo naciéramos. Un Ángel de Dios, les habló a mis padres. Y les dijo que naceríamos doce varones y cuando fuéramos mayores nos repartiríamos por toda la tierra, para hablar de Dios.

- ¿Dónde están el resto de vuestro hermanos?

- Con nuestros padres, todavía no tienen edad para lanzarse al mundo.

El rey asintió y luego dijo.

- El resto de vuestros hermanos no los conozco, pero de vosotros puedo asegurar, de que sois reyes.

El rey dio órdenes para que se les diera en Palacio habitaciones para dormir, y comida.

Los tres hermanos llevaban en Palacio tres días. No podían por más tiempo quedarse allí.

Por la mañana dieron las gracias al rey por su generosa hospitalidad, y se marcharon de allí, a excepto Daniel, que el rey se había fijado en él, y advirtió dotes de clarividente y otros dones más. Necesitaba a su lado a alguien cómo Daniel para que lo aconsejara en sus decisiones.

Daniel era un gran clarividente. Acordó con el rey que sólo se quedaría en Palacio dos o tres meses, puesto que se debía a mucha gente más.

Pasado este tiempo, Daniel comunicó al rey que tenía que marcharse. El rey representaba ser una cosa, y luego era otra. Mandó a que arrestaran a Daniel, pero antes de que esto ocurriera, saltó por el balcón de su dormitorio y se escapó de Palacio.

Daniel se dirigió a otra ciudad, allí se encontró con sus dos hermanos. Se unió a ellos y siguieron hablando de Dios.

Cada día que pasaba Rut estaba más triste, hacía un año que no sabía nada de sus tres hijos. Ella lloraba a escondidas de Darío, la pérdida de sus tres hijos mayores. Y pensaba que, nunca más los volvería a ver. Y pronto también se irían los tres siguientes hijos menores. Ella los colmaba de cariño

y de besos, esos besos serían los que después no podría darles.

Llegó el día que los tres siguientes hijos tuvieron que marcharse, y una mañana, Deseo que era el nombre del cuarto hijo. Dolio y Dionisio se despidieron de Darío y de Rut, su madre, y se marcharon hacia el sur. Llevaban con ellos la Palabra de Dios.

Samuel que ya tenía muchos años, la enfermedad que sufría, acabó una noche con él. Y murió en brazos de su esposa Mara. Ocran, su esposa y sus dos hijos, también estaban presentes. Mara era ya bastante mayor, y aunque vivía en Palacio con su hijo Ocran y su esposa que cuidaba de ella como de su propia madre, y también sus dos nietas que la llenaban de atenciones. Le faltaba lo más importante de su vida, su esposo que nunca se separó de ella. Rut iba muy a menudo a pasar largos ratos con ella, pero también Rut tenía un trabajo impresionante y doloroso, aunque fuera Dios que se lo pidiera. Que día a día esperaba con tristeza que se marcharan los otros tres hijos siguientes.

Pocos años pasaron que Darío y Rut tuvieron que ver como se desprendían de sus otros tres hijos, los nombres eran. Dosanio, Dabel y Dagso. Ellos se marcharon por el este.

Poco después terminaron por irse los tres últimos. Diesuro, Donne y Daverso, ellos por el oeste.

Darío y Rut se quedaron solos, y mayores que ya eran. Pasaba Rut muchas horas del día haciéndole compañía a su madre. Y aunque Mara apenas distinguía a nadie, escuchaba a Rut, hablarle de sus nietos, los hijos de ella, recordándolos desde el instante en que nacieron, y luego fueron creciendo hasta que se marcharon de su casa. Todas las tardes las dos se sentaban en un banco del jardín principal de Palacio. Rut mantenía con su madre largas conversaciones, hasta que llegaba Darío y se marchaban juntos a su casa.

David nació para ser rey, en una ciudad en la que estuvo lo coronaron. La ciudad de luz, fue el nombre que David llamó a ese hermoso lugar lleno de espléndida vegetación.

Daniel se había quedado en otra ciudad importante, donde el trabajo no faltaba. Reclamaban su presencia los escribas, para que los ayudaran a resolver mucho trabajo y problemas que se les acumulaban. Daniel era respetado y querido por todos.

Donisio fue diferente a ellos. Él era trovador y poeta. Escribía hermosas poesías que luego cantaba él sólo, daba conciertos, y como era muy conocido por su talento y canciones espirituales que hablaban de Dios, gente de muchos sitios iban para oírlo cantar interpretando sus propias melodías. Económicamente vivía bien, por todo lo que la gente le daba al final del concierto. Su vida la hacía en la naturaleza, ella también le enseñó todo lo que sabía y mucho más.

Los otros nueve hermanos anduvieron toda la tierra, llevando la Palabra de Dios. Jamás nadie les hizo daño, por donde pasaban eran bien recibidos tal como el ángel de Dios anunció a Darío y a Rut.

Mara acabó sus días rodeada de toda su familia. Ocran le pidió a Darío y a Rut que se fuera a vivir a Palacio para que estuvieran todos juntos, ya que eran mayores y habían criado a doce hijos.

Estaba anocheciendo. Darío y Rut se habían quedado sentados en un banco de uno de los jardines de Palacio. Desde esa altura podía verse bien el filo de las praderas y sus llanuras. Darío observó que por una de las praderas avanzaban en dirección a Palacio un grupo de hombres. Darío cogió con su mano derecha el rostro de Rut para que mirara en esa dirección, al tiempo que le dijo. - Rut mi amor ¿Quién pueden ser esos hombres que se aproximan?

Rut observaba con atención el grupo de hombres que se iban aproximando. La vista de Darío y la de Rut ya no era buena, pero Rut sintió como su corazón se aceleraba y dentro sentía el amor de sus hijos. Rut se puso en pie, y Darío la siguió. Ella muy emocionada dio un grito, diciendo.

- ¡Son nuestros hijos que vuelven! ¡Dios es misericordioso con nosotros!

Darío y Rut se apresuraron a salir de Palacio. Los doce hermanos corrían para abrazar a sus padres, que el tiempo, los había envejecido.

Rut abrazada a sus hijos lloraba mientras decía. - ¡Gracias Dios mío por habérmelos devuelto!

Los doce hermanos encontraron a sus padres muy envejecidos, de hecho eran ya ancianos. Los dos tenían los cabellos blancos y la frente arrugada.

Esa noche en Palacio toda la familia reunida comentó muchas cosas que les había sucedido. En la cena, Darío les preguntó a sus hijos.

- ¿Volveréis a marcharos?

- No - Respondió David.

- ¿Y tú reinado en la otra ciudad?

- Lo he pasado a un hombre justo, y sabrá hacer la ley con toda seguridad.

Ocrán que llevaba toda la conversación de Darío y de David, dijo.

- Aunque yo soy rey de la Ciudad Dorada será David quién me suceda, ninguna de mis dos hijas quieren esta misión y por orden, es David quién tiene que llevar el relevo. A la mañana siguiente, Ocrán dio en Palacio una gran fiesta para festejar el regreso de sus 12 sobrinos.

El Palacio se hizo más grande, o sea se construyeron más dormitorios y salones para que hubiese sitio para todos.

En el templo también los sacerdotes, sacerdotisas y toda la familia de Darío y de Rut ofrecieron cánticos a Dios, dándoles las gracias de que Rut tuviera con ella a sus doce hijos sanos y salvos.

Las jóvenes casaderas de la Ciudad Dorada habían puesto sus ojos en los doce hermanos. Y

todos los días paseaban por los jardines de Palacio, para que se fijaran en ellas. Se ponían los vestidos más bonitos que tenían, y junto a sus padres, los lucían.

Un año más tarde los doce se casaron con espléndidas jóvenes, y tuvieron hijos.

El templo fue reemplazando por otro que construyeron tres veces más grande y el anterior lo dejaron de ermita, para que la gente fuera a rezar como seguían haciendo.

Con los años la Ciudad Dorada se hizo muy grande. Era extraordinario ver calles anchas y en los laterales una gran fila de palmeras que se alzaban majestuosas queriendo tocar el cielo.

Grandes jardines con bancos donde grandes y pequeños podían disfrutar de sus encantos, y aromas que regalaban las diversas clases de flores que vivían en ellos.

Hacían paseos para disfrutar la brisa del atardecer, y el vuelo de bandadas de pájaros haciendo la corte con su baile a la hembra que era la que dominaba la bandada.

De la ciudad Dorada salieron muchos iniciados, desde muy jóvenes aprendieron, que lo mejor que había al nacer era, consagrar a los hijos en la iniciación para que Dios enriquecieran sus vidas, y también las de sus familias. Cogieron el ejemplo de Darío y de Rut.

Estaban seguros que ese era el mejor camino para que las cosas le fueran bien y sin problemas.

Los doce hijos de Darío y de Rut tuvieron descendencia. A los varones se les prepararon para que fueran hombres fuertes y sin que tuvieran temor a nada, osea, a ningún ser viviente de la tierra. Esta labor la llevaban a cabo el propio padre y llegó a ser una tradición de familia, que todos los hermanos respetaron y contribuyeron para que vivieran en un mundo mejor, lleno de amor y de comprensión.

Darío y Rut eran muy ancianos. Nunca se habían separado y vivían constantemente en el amor y para el amor. Eran un ejemplo a seguir para todas las jóvenes parejas que se casaban.

La salud de los dos era buena, porque siempre habían manifestado su ternura y cariño a todo lo creado por Dios. Era por esa razón que estaban bendecidos por él, al igual que sus doce hijos y treinta nietos.

Ocran murió antes que Rut, y como estaba escrito David subió al trono y fue rey por segunda vez. La ciudad Dorada era un paraíso de amor y de tranquilidad.

Darío y Rut se fueron los dos al mismo tiempo, igual que ocurrió con Balac y Débora. Que el uno sin el otro no sabrían vivir.

CLARA EISMAN